

*NO TODOS LOS  
PRÍNCIPES  
HAN SIDO RANAS*

SWEET MELIBEA



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.  
Todos los derechos reservados.

*Título original: Sweet Melibea©, No todos los príncipes han sido ranas.*

*Diseño de portada: Melibea Ramos*

*Maquetación: Melibea Ramos*

A mi hijo, para que lo lea cuando sea mayor.

No todos los príncipes  
han sido ranas

# Capítulo 1

—¡Ay, mi madre! —Me llevé las manitas a la boca, asombrada ante la belleza de aquel vestido que me iba a prestar mi amiga Cayetana.

Cayetana tenía un vestidor de envidia y yo, lo cierto es que, en los últimos años había tenido que renunciar a ciertos caprichos, pues Carmen, mi pequeña hijita de tres años, se había convertido en mi prioridad en todos los sentidos.

—¿Te gusta? —me preguntó Cayetana, sonriendo.

—¿Que si me gusta? —pregunté yo, emocionada—. ¡Es una preciosidad!

La verdad es que lo era. Era un vestido precioso de seda color marfil con ribetes dorados y sisa.

—Quedará perfecto con una americana —me aconsejó Cayetana.

Asentí, haciendo mover así mi larga coleta de caballo de color rubio.

—De eso sí que tengo —dije poniendo morritos, después cogí el vestido de las manos de Cayetana, el cual estaba metido en una funda de plástico y lo admiré de nuevo.

—Es un Dior, querida, cuídalo.

—*Is in Diiir, quirida, ciidili* —se burló Alejandra de Cayetana para después guiñarme un ojo.

Ahí estábamos de nuevo las tres, como las tres mosqueteras, solo que, sin espada, pero siempre dispuestas a ayudarnos las unas a las otras.

Le saqué la lengua a Cayetana.

—Te lo cuidaré genial —le aseguré convencida.

Aquel día era especial, pues Carmencita empezaba su primer día de colegio, al igual que yo, ya que había encontrado una plaza en la bolsa de trabajo en la que me había apuntado y, además, tenía una cita.

Hale, hale, alegría, todo junto.

Lo último es lo que más preocupada me tenía, pues Carmencita era una niña muy extrovertida y estaba segura de que su adaptación al colegio no sería un gran problema para ella, y en cuanto a mi nuevo trabajo, estaba encantada, pues además era en el mismo centro educativo al que iría Carmen y estaría cerca de ella, a pesar de que no pudiera verla.

En efecto, me dedicaba a la docencia y había tenido la suerte de poder dedicarme a ello nada más terminar la carrera, algunos años atrás. Estudié un doble grado de magisterio infantil y primaria y, si bien había trabajado ya con los niños y niñas más mayores, en primaria, aquel año me había tocado infantil.

Pero mi gran drama era que, en aquel momento, en el que tenía casi veintisiete años, para mi desgracia, todavía no había encontrado a ese hombre que sería para mí un príncipe azul, porque, por supuesto, yo sí creía en aquellos seres de cuya existencia han dudado la mayoría de las mujeres, así que lo que más angustiada me tenía era eso: la búsqueda.

No quería darme por vencida, pues Dani, el padre de Carmen y mi primer novio formal, perdió el azul de su capa de príncipe, así que ansiaba encontrar un nuevo amor que tuviese aquellas características.

Mi relación con Dani se había convertido en algo un tanto tóxico, pues tantos intentos nunca son buenos, por lo que hacía tiempo que había decidido cortar de raíz cualquier lazo amoroso y tener una relación meramente cordial por Carmen, la única unión que teníamos.

Si había tardado tanto tiempo en hacer aquello había sido porque Dani era demasiado. Chupa de cuero, pelito de punta, algún que otro tatuaje escondido, chico de gym... tú ya me entiendes. Además, a todos esos atributos se sumaba el tiempo que habíamos estado como pareja y todos los momentos que habíamos pasado juntos. Pero, pese a todo eso, no dejábamos de ser incompatibles y eso yo lo sabía de sobra.

Por supuesto, mis amigas Alejandra y Cayetana, habían decidido tomar partido en aquel asunto y, con fin de aportar su granito de arena, presentarme un par de chicos para que tuviera algunas citas. Nunca se sabía dónde se podía encontrar el amor verdadero.

—Seguro que impresionas a Miguel —dijo Cayetana.

Asentí con la cabeza, aunque no las tenía todas conmigo, pues los nervios solían jugarme a menudo malas pasadas.

Miguel era una de aquellas citas, amigo de Cayetana, y con el que quedaría para cenar aquella noche.

—Y él a ti —añadió Alejandra sonriendo.

—¡Ya me dirás! Alto, guapo, rubio como tú, nena. Y piloto. —Cayetana me guiñó un ojo.

—Me estáis poniendo nerviosa —admití borrando toda sonrisa de mi cara—, y cuando me pongo nerviosa me hago *cacota*, así que, por favor, os pido que...

—Uy, *cacota*, dice —se carcajeó Alejandra interrumpiéndome—. Cariño, tranquila, todo va a salir bien. Eso no sucederá hasta esta noche, primero tienes que llevar a Carmen a su primer día de escuela.

Tragué saliva, un ápice más tranquila, Alejandra tenía razón, aunque...

—Un momento, ¿me estás diciendo que esta noche sí me cagaré encima? —pregunté con la ceja arqueada.

Alejandra soltó una risotada.

—¡No! —exclamó—. Solo era una forma de hablar. Tengo que irme, mi turno en el hospital comienza en nada.

Alejandra besó nuestras mejillas y se marchó de mi casa.

Habíamos quedado pronto, justo antes de que me marchase al colegio con Carmen, porque durante el día, entre unas cosas y otras, nos sería imposible vernos.

—Yo también me voy —dijo Cayetana.

—¿Tienes algo que hacer? —le pregunté interesada al tiempo que cogía el babi del colegio de Carmen y lo metía en su mochila de *Peppa Pig*, la cerdita rosa de dibujo animado que traía loca a mi hija.

—Lo cierto es que no —contestó Cayetana mirándose una uña—, así que supongo que iré un rato al spa.

Arrugué el ceño. Cayetana era así, tenía dinero y solamente se dedicaba a actuar en recitales de piano. Menos mal que desde que Alejandra recuperó su buena suerte, una vez la hubo perdido por haber interrumpido un ritual, nosotras también sufrimos el rebote de la buena fortuna y la habíamos recuperado también, y Cayetana había logrado de nuevo subirse a un escenario y yo que me hija comiese como antes, ya que me escupía el puré en la cara y, por supuesto, volver a tener citas.

Me encogí de hombros y Cayetana se levantó del sofá para marcharse, haciendo resonar por las baldosas del suelo sus caros zapatos de tacón.

—Llámame cuando Miguel te haya traído a casa.

—De acuerdo.

—Un besito, cielo. —Cayetana se despidió con la mano antes de salir del apartamento y después cerró la puerta.

Fue en ese momento, cuando me quedé sola, con Carmen un tanto adormecida en el sofá como única compañía, que tuve que respirar para controlar los nervios.

«Todo saldrá bien», pensé.

—Carmen, bonita, ¿al cole? —pregunté a mi niña con una sonrisa, conteniendo aquellas tontas ganas de gritar que habían aparecido de pronto.

La pequeña me miró a los ojos y asintió sin rechistar.

—Perfecto. Vamos a ello.

Y así, comenzó mi día, como también el resto de mi vida, aunque yo todavía no era consciente.

## Capítulo 2

Como había esperado, la puerta del colegio estaba abarrotada de mamás y papás emocionados por el primer día de colegio de sus retoños, sobretodo en el área de infantil.

Los futuros compañeros de clase de Carmen lloraban desgañitados, tornándose así rojas como los tomates sus caras; otros soltaban algún que otro gemido lastimero al tiempo que los moquillos salían de su nariz. Y luego estaba Carmen, que parecía totalmente impasible a lo que sucedía a su alrededor.

—Mira todos tus amigos, Carmen —le dije agachándome para ponerme a su altura.

Ella miró a su alrededor y después mordió una de sus uñitas, algo que había heredado de mí.

—Están llorando, mamá —dijo con la boquita pequeña.

—Sí, tienen un poco de miedo, pero no va a pasar nada —le dije sonriendo, no fuera a ser que se pusiera a llorar ella también, con lo que bien que iba todo—. Tú no lloras, eres muy valiente.

Ella me miró y me sonrió ladeando un tanto la cabeza, haciendo que sus dos coletitas se movieran.

—¿Me tengo que ir con la profesora?

—Claro, aunque esta profesora es de niños y niñas mayores, como tú.

—Es verdad.

—Vas a jugar un montón —le recordé acariciándole la pequeña espalda con la palma de mi mano.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

En ese momento, la atención de las madres se desvió hacia una persona que venía hacia el lugar en el que nos habíamos concentrado; suponía que sería la profesora, que venía a por sus pequeños alumnos, por lo que no presté demasiada atención.

Suerte que, al principio, durante algunas semanas, entraban de forma escalonada para que la adaptación fuera menos dura.

—¿Es mi profe, mami? —preguntó Carmen, estirándome de la camiseta.

Arqueeé mis cejitas.

—Pues...

Entonces, de entre todas las miradas que tenía a su alrededor, se centró en la mía, como si la estuviera buscando, como si realmente esperara encontrarme ahí.

—¿Nerea?

Parpadeé un par de veces, un poco aturdida. ¡Menuda casualidad!

—Sí —atiné a decir, nerviosa.

¿Por qué? Pues no sé, si no pasaba absolutamente nada, pero yo era así, así que vete acostumbrando a mis meteduras de pata por ponerme taquicárdica.

—Nerea Robles, sí —dijo el chico, abriéndose paso entre las mamás y papás, que comenzaban a mirarme con mucho interés.

Sonreí.

—Nacho, ¿qué haces aquí? —pregunté.

Nacho, Nacho Marín, era él y estaba imponente.

Hicimos juntos la carrera, aunque no íbamos al mismo turno. Además, también solía salir en el grupo de amigos de Dani.

La verdad es que era muy muy majo y las veces que habíamos coincidido lo habíamos pasado bien, aunque lo cierto es que tampoco le prestaba demasiada atención.

No, no soy estúpida, y tampoco quise hacer de aquella pregunta una pregunta de esas tontas que se hacen para salir del paso, para decir algo porque el silencio se hace incómodo. Realmente, no sabía qué hacía ahí, más que nada porque, días atrás, tuvimos las primeras reuniones en el cole toda la plantilla de profesorado, y Nacho no estaba entre nosotros.

—Pues me llamaron de la bolsa. Por lo visto, Vanesa, la chica a la que tengo que sustituir se va a tirar bastante tiempo de baja. ¿Y tú?

«Vaya, ¿en serio? ¿Y yo por qué no estoy al tanto de esto?», pensé.

«Quizá porque no das abasto y tienes un millón de mensajes de WhatsApp pendientes por leer», me recordó mi subconsciente.

—Te vas a reír... —dije con una risita, presa de los nervios.

Y qué nervios más tontos, de verdad. Si ya ves tú, solo era Nacho, Nacho Marín, quien parecía ser como el buen vino, porque mejoraba con los años.

Que no es que antes el chico fuera feo, solo que ahora estaba realmente irresistible.

—Carmen —dije agachándome de nuevo hasta que estuvimos a la misma altura—, él es tu nuevo profè. Te divertirás un montón.

Pero Carmen, en aquel momento, no las tuvo todas con ella y se escondió detrás de mi pierna.

—Cielo, mamá ha de entrar al trabajo —le rogué de forma cariñosa.

Fue entonces cuando Carmen entró de nuevo en sus cabales y volvió a ser la niña obediente y tranquila de siempre.

—Perdona, Nacho, tengo que preparar mi aula —le dije—. Carmen, haz caso a tu profe.

—¿Tu aula?

Asentí con la cabeza y me marché de allí cuanto antes.

Piernas, para qué os quiero.

Y lo hice así por dos motivos: el primero porque no quería alargar la agonía de mi hija al separarse de mí, sabía que los primeros minutos serían malos, pero era mejor que me marchase rápido para no alargarlo más; el otro era que volver a ver a Nacho me había turbado, y bastante tenía yo aquel día como para añadir más nervios a mi estado mental.

Entré en mi aula y apoyé las manos en la mesa, agachando la cabeza a continuación.

Primer día, siempre el más difícil. Conocería a mis veinticinco pupilos: pequeños, tan diferentes los unos de los otros, grandiosos a su manera.

El aula estaba limpia, recogida y tenía un deje de desinfectante en el ambiente.

«Felicitaré a la señora de la limpieza», pensé, pues ya habría tiempo para ponerme mala con tanto niño y tanto constipado por el cambio de tiempo.

Cinco mesas en forma de pentágono con cinco pequeñas sillas de distintos colores estaban distribuidas por todo el espacio.

En frente, mi mesa, y la pizarra justo detrás. A un lado los pequeños aseos.

Cinco años, veinticinco monstruitos de cinco años pasarían a ser mi responsabilidad desde aquel día.

Dejé el bolso y la chaquetita de punto fino en mi casillero, en el departamento que había al lado del que estaba habilitado para los folios blancos.

Después de preparar el proyector con un enlace a una canción de Youtube para comenzar enseñándoles la canción de “Buenos días”, salí a buscarlos, nerviosa e ilusionada a partes iguales, como también pensando si me cruzaría con Nacho de nuevo.

«Céntrate, es tu primer día».

Me acerqué a la puerta de entrada y los vi, allí estaban, ilusionados, jugando unos con otros, pues se conocían del curso pasado, corriendo por el patio y riendo.

Risas matutinas, contagiosas y alegres.

Risas de niños, de pequeñas personas esperando a que alguien les enseñe todas las cosas divertidas que sabe, todos los juegos y canciones habidos y por haber.

Y ese alguien era yo.

—¡Infantil de cinco años! —exclamé dando palmas.

Al instante, con la ayuda de las mamás y papás, estuvieron ante mí.

—¿Hacemos una fila? Me llamo Nerea y seré vuestra profesora este curso.

—Hola, *seño*, me llamo Lucas —dijo un pequeño de gafitas redondas. Era la versión en miniatura de Harry Potter, el niño mago.

—Hola, Lucas, tú serás el maquinista de la fila. ¡Chicos! ¡Nos despedimos de mamá y papá, el tren se va!

*Este es el tren de la risa, ja, ja, ja.*

*Este es el tren del amor, chu, chu, chu.*

*Este es el tren de la fantasía, de la fantasía.*

*Este es el tren de la ilusión.*

En aquellos instantes, donde la entrada me pareció de lo más fácil, deseé que Carmen también estuviera igual de contenta que mis alumnos.

## Capítulo 3

—Espero que Carmen haya estado bien —le dije a Nacho acercándome por detrás, a la salida del colegio.

Carmen había salido bastante antes, la había recogido mi madre, pues solían estar pocas horas los primeros días de colegio.

No obstante, yo tenía que quedarme hasta terminar mi jornada laboral, al igual que Nacho, que se había quedado más tiempo a pesar de que sus alumnos ya habían salido.

Nacho se dio la vuelta, estaba sonriendo.

—Vaya, hola. Sí, tranquila, ha estado bien.

Suspiré, aliviada, aunque todavía seguía en mi cabeza la turbación por haber visto a Nacho de nuevo. Y haberlo visto tan bien, por supuesto.

—Me alegro mucho. Es muy independiente, pero no las tenía todas conmigo —admití haciendo una mueca.

Nacho soltó una risita.

—Así que era verdad lo que contaban.

Arrugué el ceño.

—¿Qué contaban? ¿Y quién? —pregunté, confundida.

—La gente. Tú y Dani... bueno, ya he visto a Carmen, no se puede negar que Dani es su padre, son iguales.

Lo dijo sin acritud, por eso no entendí por qué no me sentó demasiado bien aquel comentario.

—Ah, sí. Dani y yo hemos estado juntos muchos años. Siempre lo hemos intentado por Carmen.

—¿Hemos?

Tragué saliva.

—Hace un tiempo que ya no lo intentamos.

—Vaya, lo siento —se disculpó rascándose la barbilla, la cual tenía poblada con una fina barbita castaña.

—No, tranquilo, son cosas que pasan —le dije haciendo un gesto con la mano, como quitándole importancia. —¿Vas a quedarte todo el curso? —le pregunté, cambiando de tema.

—Sí, tengo que entendido que sí. Iré poniéndome al día con el proyecto educativo y todo lo que Vanesa tenía pensado, estaré en contacto con ella.

Sonreí.

—Genial, no me gustaría que Carmen cambiara de referente a mitad de curso.

Y tampoco que la única persona a la que conocía y me podía apoyar de la plantilla de profesores, se marchara. Eso último no se lo dije, claro, pero sí que lo pensé y di gracias por ello.

—No lo hará o, al menos, eso espero —dijo volviendo a sonreír.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, he de marcharme, tengo que recoger a Carmen de casa de mi madre. Nos vemos mañana.

—Claro, hasta mañana.

Nacho se marchó hacia la izquierda y yo lo hice hacia la derecha.

Decidí no coger el metro, estaría a rebosar, pues era hora punta en Madrid y, además, podía ir caminando desde el colegio a casa de mi madre.

De paso, aclararía un poco mi cabeza y templaría mis nervios.

El día no había ido mal, mis alumnitos y alumnitas se habían portado bien y eran bastante obedientes, pero aquel iba a ser un día bastante emocionante y no podía evitar estar un poco alterada. Además, haberme encontrando con Nacho, no ayudaba en absoluto a encontrarme tranquila.

—¡Hola, hola! —canturreé cuando entré por la puerta de casa de mis padres.

—Hola, cielo, ¿cómo ha ido? —Mi padre me saludó desde su butacón, moviendo su incipiente bigotillo blanco, al tiempo que apartaba un periódico abierto para asomar la cabeza y mirarme.

Era su hora preferida, la de antes de comer, justo cuando se relajaba leyendo en su butacón.

—Hola, papá. Ha ido bien, se han portado genial. ¿Dónde está Carmen?

—En la cocina, con tu madre. Se ha empeñado en ayudarla a hacer pastel de manzana.

Me reí, mi hija podía llegar a ser muy persistente cuando quería.

—Hola, pequeño ratón —la saludé llegando hasta ella con los brazos abiertos, quien estaba subida a un taburete para llegar a la encimera.

Las últimas láminas de manzana, y el pastel estaría listo para meter en el horno.

—¡Mami! —Alzó sus manitas para que la cogiera en brazos.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido tu primer día de cole? —le pregunté con ella en brazos.

—¡Bien! Mi profe *ez* guay.

Me reí.

—Sí que lo es. ¿Sabes que tu profe es compañero de mamá? Es muy divertido —le dije recordando lo bien que lo habíamos pasado en alguna que otra ocasión.

—¿Qué me he perdido? —preguntó mi madre, mirándome.

—Nacho, Nacho Marín, ¿te acuerdas de él? —le pregunté dejando a la niña en el suelo—. Dile al abuelo que vamos a comer ya.

Carmen se marchó corriendo de la cocina.

—Ah, sí, qué chico tan mono era aquel.

Puse los ojos en blanco.

—Hemos coincidido en el colegio, es el profesor de Carmen.

—Vaya, pensaba que sería esa tal Vanesa, me hablaste de ella después de que tuvieras las reuniones de claustro.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo cierto es que se ha cogido la baja, tengo que mirar el WhatsApp, tengo muchos mensajes por responder. Seguro que alguien me ha contado el motivo y yo sin saber nada.

Mi madre se rio, sabía lo desastre que era para ese tipo de cosas, ya podía caer una bomba nuclear, que nunca miraría el móvil como algo prioritario.

—Ya me contarás.

El vestido me quedaba como un guante, Cayetana y yo usábamos la misma talla. La muy asquerosita siempre me decía que cómo me había podido quedar tan bien después de tener a Carmen sin tener que hacerme ni una sola sesión de presoterapia.

¡Era tan precioso!

Lo combiné con unas sandalias de tacón y finas tiras negras con adornos dorados y un bolso de mano de charol.

No sabía dónde iba a llevarme ese chico, el tal Miguel, amigo de Cayetana, pero quería estar elegante y resplandeciente.

Recogí mi cabello rubio en un moño alto y saqué del armario mi americana negra, por si por la noche refrescaba.

—Por Mickey Mouse, nunca me había sentido tan guapa —murmuré para mí misma delante del espejo de pie de mi habitación.

Tenía a Carmen tumbada en la cama, con un cuento de *Vaiana* entre las manos.

—¿Qué dices de Mickey, *mamocho*? —preguntó con su dulce voz.

—Nada, cielo. ¿A que está guapa mami? —le pregunté poniéndome ante ella.

Me miró y me sonrió, enseñando sus pequeñas paletas separadas, como los ratoncillos.

—*Chi*.

—Vendrá Ale a cuidarte, ¿vale?

—¿*None vaz* tú?

—Mamá tiene... eh... una reunión del cole.

—Ah. ¿Con mi *profe Naxo*?

Parpadeé un par de veces, aquella pregunta me había pillado completamente desprevenida; con los nervios de la cita, había conseguido quitarme aquella sensación del cuerpo tan tonta desde que lo había visto.

—Pues... su... supongo que estará, claro —le mentí.

Pobrecita de mi vida, mi pequeñita, qué inocente. ¿Ella qué sabía?

Si es que...

—Ah, pues entonces lo pasarás súper bien, mami —dijo levantándose de la cama—. Ya no quiero más cuento.

Asentí con la cabeza, casi petrificada. Desde luego, aquella hija mía me dejaba loca, loquita.

«Sí, como te ha dejado Nacho esta mañana», dijo mi subconsciente.

Zarandeeé la cabeza, intentando librarme de aquellas palabras.

—Miguel, piloto. Miguel, piloto —dije para mí, enfocándome en mi cita y en cómo sacar de nuevo mis armas de mujer.

Hacia tiempo que no tenía una cita y, la verdad, he de ser sincera, normalmente entre cita y cita se colaba Dani y me hacía de nuevo caer en sus redes.

No obstante, la última vez me había prometido a mí misma que aquello no volvería a suceder, por lo que me centraría en encontrar un nuevo amor.

Tal y como parecía haber vaticinado Carmen al levantarse de mi cama y marcharse al sofá del salón a esperarla, Ale tocó al timbre.

—Lo siento, nena, no encontraba mi pantalón de chándal —dijo al entrar—. Hola, Carmencita, guapa. Ves eligiendo peli.

—¿Para qué querías el chándal? —le pregunté cerrando la puerta una vez ella se vio dentro de mi casa.

—Pues para... vaya, estás radiante. Ese Miguel va a flipar en colorines —me dijo mirándome de arriba abajo.

Sonreí, modesta, intentando disimular que mis mejillas se habían sonrojado un poco.

—Ha cenado ya, solo ha de lavarse los dientes y ya os ponéis con la peli.

Alejandra asintió.

—Reinita, a lavarse los piños —le dije cogiéndola de la mano.

—Yo me marcho, ¿vale? —dije después de comprobar, como pocas veces en la vida, mi teléfono móvil y leer un WhatsApp del tal Miguel en el que ponía que estaba llegando a mi portal para recogerme.

—De acuerdo. Pásalo bien y no te preocupes por nada. Te esperaré aquí.

—¿Has venido en el coche? —le pregunté tras retocarme los labios en el espejo del recibidor y metiendo mi teléfono móvil en el bolso de mano.

—Sí, tranquila. Si no, llamaría a Víctor para que viniera a buscarme.

—Bien —sonreí—. Pues ahí te dejo, a practicar, a practicar.

Ambas nos reíamos, pues Alejandra y su pareja Víctor, tras haber decidido de una vez por todas darse una segunda oportunidad, estaban en busca de un bebé.

—Dile adiós a tu madre —le dijo a Carmen y esta me tiró un besito y me dijo adiós con su pequeña mano.

—Adiós, corazón mío —le dije, después cerré la puerta.

«Bien, Miguelito, a ver cómo te portas», pensé una vez dentro del ascensor, a escasos minutos de reunirme con él.

## Capítulo 4

Un Lamborghini Huracán Evo de color azul metalizado me esperaba aparcado unos metros más allá de mi portal.

Cuando veías aquel coche, solo se te ocurría una palabra: *Wow*.

Deportivo, poderoso, casi sentí un cosquilleo al escuchar el rugir del motor.

Esperaba que el interior fuera de la misma categoría, y no hablo solamente del control de mandos, el que, por cierto, era una auténtica pasada, con un sistema con pantalla táctil en la consola central que permitía de esa manera controlar las funciones del coche y también las de entretenimiento.

Los acabados del interior, fabricados con materiales de una calidad envidiable, eran de diseño auténticamente italiano.

No obstante, a pesar de que el coche estaba muy bien y todas esas cosas que, lo queramos admitir o no, ayudaban un poquito a subir el caché de una primera cita, el conductor también hizo que de mi boca saliera un: *wow*.

—Vaya, vaya —dijo Miguel nada más subirme al coche, mirándome de frente—, Cayetana no me había dicho que eras tan guapa. —Sonrió.

Solté una risita y bajé la cabeza, un tanto avergonzada por su piropo.

—Supongo que es recíproco. Soy Nerea, encantada. —Le di dos besos después de aquel comentario tan atrevido.

A ver, es que, entiéndeme, aunque hubiera estado buscando a mi príncipe azul, estaba un poco desentrenada para ligar.

Inhalé su perfume cuando besé sus mejillas. Olía a masculinidad, a hombre, a depredador. Intenso, casi peligroso.

Miguel era rubio, con el pelo engominado hacia atrás. Manos impolutas, una de ellas decorada con un sello dorado en el dedo corazón.

Llevaba un traje de color café encima de una camisa blanca, abierta en los primeros botones, dejando así entrever un torso firme y de piel dorada.

Ojos marrones, aunque con una picardía que los hacía especiales.

—¿Dónde vamos? —pregunté abrochándome el cinturón de seguridad.

—Espero sorprenderte. Quiero que esta noche acabe muy bien —dijo sonriendo.

Después posó su mano derecha en mi muslo y yo observé aquel gesto.

«Cuidadito, Nerea, parece que quiere ir un poco rápido».

El establecimiento contaba con dos estrellas MICHELÍN, imagínate. Me sentí por un momento como una princesa de cuento.

El restaurante Santceloni, ubicado en el Paseo de la Castellana, me pareció muy lujoso además de encantador, pues el trato estaba siendo exquisito y la comida todavía más.

Apartó mi silla hacia atrás para que me sentara primero, y después tomó asiento frente a mí, no sin antes quitarse la chaqueta del traje.

Gomet verde para Miguel por su caballerosidad.

A través de la camisa blanca se entreveía que se cuidaba y hacía ejercicio.

Suspiré, porque lo cierto es que con esa planta y ese físico hacía suspirar a cualquiera.

«Nereita, relájate. No le conoces todavía, no sabes si es tu príncipe azul».

Cierto, todavía tenía que, al menos, cruzar un par de palabras con él.

Miguel no escatimó y ordenó que nos sirvieran el gran menú gastronómico para compartir, además de uno de los mejores vinos del restaurante.

—Te encantará, es delicioso —comentó al tiempo que el camarero llenaba mi copa del líquido granate.

Sonreí.

Una vez el camarero se hubo retirado, bebí de mi copa y lo saboreé.

—Es cierto, está realmente bueno.

—Yo no fallo. —Me guiñó un ojo.

Sonreí.

«Venga, no seas tímida, dile algo para entablar conversación».

—Me ha dicho Cayetana que eres piloto. Me parece fascinante.

Soltó una carcajada, jactándose.

—Y, ¿a quién no se lo parece? Es a lo que siempre me quise dedicar —contestó.

Arrugué un poquito el ceño, aquel comentario me había parecido de alguien un tanto creído, pero no dije nada.

—Claro. Yo soy maestra, hice un doble grado de infantil y primaria —le dije contenta, ya que amaba mi trabajo y me parecía muy agradecido. Además, estaba muy orgullosa de aquel logro.

—Vaya, chica lista, te fuiste a hacer collares de macarrones a la universidad —bebió de su copa y yo arqueé una de mis cejas—. Que no te juzgo, ¿sabes? Yo, si hubiese sido un estudiante mediocre, también hubiese optado por esa carrera.

«¿Disculpa?».

—Perdona, creo que no...

En aquel momento llegaron dos camareros a nuestra mesa.

Platos de tartar de buey con maíz; sopa de mejillón de roca y ñámaras; erizo de mar con hinojo, naranja, butifarra negra y aceituna; angulas con sopa de trufa, ajo y habas; fideos de celerí con yema de huevo, anchoa y trufa negra y cocochas y judías de ganxet al pilpil de zanahoria y cítricos.

—Dios mío, qué manjares. No podrás quejarte, cariño.

Ignoré su comentario y me decidí a probar algunas pinchadas de los diferentes platos.

Lo cierto es que todo estaba buenísimo y muy bien presentado y no tardamos en dar cuenta de ello, hablando sobre cosas realmente banales.

—Con tu sueldo de maestra dudo que puedas frecuentar sitios tan exquisitos como este, así que he acertado al traerte aquí —comentó tras limpiarse con la servilleta, una vez terminados los platos, muy seguro de él mismo. Algo que, en otras personas no estaría mal, pero viniendo de él no me sentó bien.

Parpadeé un par de veces, sorprendida ante aquel atrevimiento.

—La verdad es que no puedo quejarme, soy una persona muy sencilla. Me encanta mi trabajo —le dije comenzando a estar un poco molesta.

Miguel se rio.

—Ya... Llevas un Dior, cariño, Cayetana ha hecho muy bien su trabajo. Estás perfecta para esta noche.

Iba a rechistar, lo juro, pero de nuevo vinieron los camareros a traer más manjares como los anteriores.

En esta ocasión, bogavante con endivias al vapor, coliflor y ajo negro; rodaballo con ceps, manzana, mostaza y mojo canario; sopa de liebre con patata mortero, brandy y pimienta negra y una selección de quesos de la casa.

Respiré, respiré profundamente porque no quería contestarle de malas formas, no quería montar ningún espectáculo y menos en un lugar como aquel.

«Tranquilízate, pregúntale cualquier cosa. Terminas de cenar y te vas a casa».

—Y... ¿Qué tal tu vida sentimental? —le pregunté, más nerviosa que tranquila, al tiempo que cogía un trocito de queso.

—¿Sinceramente?

—Por supuesto, estamos aquí para conocernos, supongo.

Fui falsa, fui falsa con ese comentario, porque yo ya no estaba tan interesada en conocer a ese chico, distaba de ser mi príncipe azul, de primeras porque estaba menospreciando mi profesión, y eso no debería consentirlo nadie.

Y, para continuar, porque me estaba mostrando una forma de ser que, la verdad, poco pegaba con la mía. No me gustaba.

Sonrió, aunque de forma maliciosa.

—Paso de los sentimientos, la verdad.

—¿Nunca te has enamorado?

Dio una pinchada de rodaballo y se lo metió a la boca, masticando unos segundos.

—Oh, por supuesto, hace años, pero la chica me mintió y lo pasé mal. Desde ese momento me prometí a mí mismo no volver a enamorarme.

—Vaya, lo siento.

—¡No! —exclamó haciendo un gesto chulesco con la mano, quitándole importancia—. No me importa en absoluto, paso de eso.

—¿No quieres formar una familia? —le pregunté intrigada, solo me faltaba que dijera que odiaba a los niños y ya sí me daría un *parrús*.

—¿Yo? ¿Una familia? Nena... soy piloto. ¿Crees que tengo tiempo para esas tonterías?

—Pensé que...

—Además, no se me dan bien los niños. Lloran mucho y... —alzó los brazos al aire—... en fin. Ding, ding, ding. ¡BINGO!

La cara tuvo que cambiarme, aquello me había fastidiado. Desde luego, cualquier hombre que no aceptase que tenía a Carmen, podía irse mucho a la mierda.

Carmen era lo primero para mí.

«Lo siento, Miguel, pero te quedas sin gomet verde».

—¿Pedimos los postres? Creo que si como más, reventaré —le dije disimulando mi malestar, para después beber un trago de vino.

—Claro, como gustes, no queremos que revientes ese precioso vestido —dijo mirándome de forma lasciva, para sonreírme un instante más tarde.

Me dio asquete, lo admito. Aquel chico no me gustaba en absoluto y sabía que tendría que hacer de tripas corazón el tiempo restante de la velada.

Granizado de zanahoria con lima, eneldo, avena y jengibre; blinis de plátano con helado de chocolate blanco y sésamo negro y, por último, crema de café con la mousse de chocolate cocida.

Comí rápido, tanto, que cuando volvimos a subirnos al coche, temí vomitarle en la tapicería de

su caro vehículo.

—No te preocupes, reina, pago yo —me había dicho cuando pedimos la cuenta y saqué mi cartera del bolso.

Aquello me hizo arrugar el ceño un poco más, lo que te digo, dentro de nada tendría que inyectarme un poquito de ácido para eliminar las arrugas que estaba haciendo que nacieran en aquella zona de la cara esa noche de tanto fruncirlo.

Había pensado en pagar a medias, pero me había resultado tan estúpido que por mi *chuminito* pagaría él la estúpida botella de ese vino tan caro.

—Ay, pues gracias —dije poniendo morritos.

—No hay de qué, mujer, a mí no me cuesta nada —dijo alardeando, al tiempo que ponía un billete de quinientos sobre la cajita en la que habían traído la cuenta.

Sonreí, sonreí con acritud, porque el golpe final, estaba segura de que lo iba a dar yo.

Me dejé poner la americana y apartar la silla de nuevo, incluso me dejé agarrar por la cintura de camino al coche.

—¿Quieres tomar la última? Ya casi hemos llegado a tu casa —me dijo nada más frenar por un semáforo en rojo.

—¿La verdad, Miguel?

Aceleró al cambiar a verde y pronto pude vislumbrar mi calle.

—Claro, nena, con total confianza —dijo posando su mano de nuevo en mi muslo.

Sonreí y luego le miré.

Si pretendía acostarse conmigo, lo llevaba claro. No sabía a qué tipo de chicas estaba acostumbrado ese imbécil, pero desde luego, yo no me iba a acostar y mucho menos a seguir conociendo a alguien tan estúpido como él.

Aparcó en un hueco libre, y ahí es cuando vi el momento perfecto para soltarle todo lo que pensaba.

—Pues la verdad, cielo, es que eres un patán. Eres un chulo que va alardeando de su dinero, pero, en el fondo, estás vacío y solo, y lo sabes. Me voy a casa, pero me voy a ir sola, tengo alguien que me espera, ¿sabes? Se llama Carmen y es mi hija. Ah, y que sepas que con mi sueldo de maestra puedo permitirme lo que quiera, lo único que, ya que es la única cita que vamos a tener, mejor que seas un caballero y me invites tú.

Miguel me miraba estupefacto, no supe descifrar con seguridad el gesto que tenía impreso en su cara, pero me encantó, me encantó porque le había dejado sin palabras, eso seguro.

Y se lo merecía, por idiota.

—Pero...

—Distas mucho de ser un príncipe azul, corazón.

Abrí la puerta del coche y me apeé, hincando el tacón de mi sandalia firmemente en el asfalto.

Me giré y le lancé un besito.

Después entré a mi portal, nerviosita perdida, pero con un poderío en mi *chuminito metío*, que no te imaginas.

Cuando Alejandra se fue, dormí abrazada a Carmen, valorando tenerla, valorando tenerme a mí misma a pesar de que aquella primera pesquisa de mi príncipe azul me hubiera salido fallida.

No obstante, no me rendiría, pues el caballero que quería para mi vida, podía estar a la vuelta de la esquina.

Estaba segura de que no habría nada que pudiera hacerme dudar de que el amor verdadero existía.

## Capítulo 5

—No, es que no puedo creerme que me concertaras una cita con un tipo tan imbécil como Miguel, Cayetana, por el amor de Goofy —le increpé paseando de forma nerviosa por la sala de profesores al día siguiente.

Lo cierto es que me había dormido muy convencida y muy bien, como ya sabes, pero cuando desperté, el enfado con Cayetana se había apoderado de mí.

¿Cómo me planeaba una cita con ese idiota? Se suponía que éramos amigas, ¿no?

Escuché de refilón la puerta de la sala de profesores cerrarse mientras mi amiga parloteaba.

—Que no, que no, Caye, tía, que no me cuentes tu vida. —Puse los ojos en blanco, pues me estaba dando todo tipo de contestaciones como, por ejemplo, que no sabía que iría tan a saco, que sabía que era un poco cínico, pero que pensó que podíamos llevarnos bien—. Tengo que colgarte, voy a terminar un par de cosas y me marcho a casa. Adiós.

Gruñí levemente a la pantalla de mi teléfono móvil una vez hube colgado la llamada de la traidora de mi amiga.

—¿Un mal día? —Nacho se sentó en la silla que había libre al lado de la mía.

Supo que era la mía o, pienso que lo imaginó, porque tenía esparcidas sobre la mesa mi carpeta y las fichas individuales de cada alumno y alumna en las que iba a apuntando las observaciones para poder hacer la evaluación trimestral una vez llegasen las vacaciones de Navidad.

Impregnó la estancia de su perfume, una fragancia fresca y elegante al mismo tiempo.

Tiempo después descubrí que su colonia favorita era *Invictus*, pero en aquel momento todavía no lo sabía.

Le miré y anduve hacia mi silla de nuevo para sentarme a su lado.

Bufé al tiempo que me senté.

—Bueno, ayer tuve una cita.

Asintió al tiempo que abría una libreta de color rojo.

—Vaya, no pareces demasiado contenta —comentó ojeando el cuaderno.

Apoyé el mentón sobre mi mano derecha, un tanto derrotada.

—¿Vosotros tenéis prototipo de chica? Digo, ¿hay algún estilo de chica que sea el más adecuado? —le pregunté de repente, pues era una duda que necesitaba ser resuelta en mi cabeza.

En aquellos momentos solamente pasaba por mi mente la premisa de que todos los tíos eran iguales, ya que había pasado de Dani a Miguel y... bueno... ya puedes imaginar lo que podía llegar a pensar.

Así que necesitaba saber si nosotras también podíamos ser especiales para alguien por ser de alguna manera concreta o les daba exactamente lo mismo.

Nacho me miró y parpadeó un par de veces, perplejo seguramente por el hecho de que hiciera ese tipo de preguntas así, tan repente.

—Perdona, olvídalo, ha sido una pregunta absurda.

Cerró entonces su cuaderno.

—No, tranquila, en absoluto —dijo girando su cuerpo hacia mí y mirándome de frente.

—Es que... —lloriqueé un tanto.

«Cuéntaselo, quizá te pueda ayudar».

—¿Quieres hablarlo?

—¿Hablarlo?

—Sí —asintió con la cabeza—, ¿quieres contarme qué pasó en esa cita?

«Vaya, menuda compenetración, chica».

—No quiero... rayarte con mis cosas. Tendrás... tendrás cosas que hacer, y...

Nacho se rio y algo se activó en mi cabeza. Un recuerdo. Uno de tantos que teníamos en común y que con el tiempo se habían ido borrando.

Mi relación con Dani, supongo, había acabado con todo y, a la vez, me lo había dado todo también, pues había tenido a Carmen y me había enseñado a enamorarme por primera vez.

Aunque, a esas alturas, llegaba a pensar que eso podía conseguirlo cualquiera.

Nacho tenía la risa muy bonita, hasta aquello había olvidado.

—Seguro que es más interesante que lo que tengo que hacer.

—¿Qué es?

—Tengo correos de los progenitores de mis alumnos en los que me cuentan con detalle las alergias, cómo llevan el tema de los objetos de apego...—dijo haciendo un gesto con sus manos, como indicándome sin hablar que tenía bastantes más cosas pendientes aparte de aquellas.

—Uy, sí que tienes trabajo —dije con una sonrisa.

—Aunque la madre de Carmen todavía no me ha enviado el correo.

En aquel momento me cambió la cara. Era cierto. Lo había olvidado por completo entre unas cosas y otras.

—Oh, Dios, joder... lo siento. En llegar a casa te lo mando.

Volvió a reírse y me contagié.

—Es que...

—Es que tenías una cita. Desastrosa, por cierto.

Agaché la cabeza, avergonzada.

Nacho no solo era un antiguo amigo y compañero de estudios, sino también el profesor de Carmen. Hacía que lo olvidara por completo, y yo ahí, quejándome de mi desastrosa cita.

—¿Hablamos?

Asentí con la cabeza.

—¡Y se atrevió a menospreciarme así! —exclamé un rato después de haberle relatado todo.

—No puedo creerme que le dijese aquello justo antes de marcharte. —Se carcajeó enseñando sus blancos dientes.

—¿Te parece mal? —le pregunté, riéndome también.

—Para nada, me encanta que te hayas valorado ante ese tío —me dijo mirándome fijamente a los ojos, con una sonrisa pintada en sus labios.

Observé entonces sus ojos del color del mar y sus pequeños rizos castaños, como también su barbita recortada y arreglada.

Tragué saliva. No obstante, la puerta de la sala se abrió de par en par y desperté de aquella especie de ensoñación.

Un par de profesores entraron riéndose a la sala.

—¿Todavía aquí?

Miré mi reloj para disimular mi turbación.

—¡Uh! ¡Qué tarde! He de marcharme —comenté recogiendo rápidamente mis cosas, de repente

tenía muchas ganas de salir de allí.

Nacho también recogió las suyas de manera un tanto torpe.

—Nos vemos mañana —le dije antes de marcharme.

Observé cómo tragó saliva y su nuez subió y bajó.

—Claro —dijo con un hilo de voz.

Corrí hacia la puerta.

—¡Gracias! —exclamé antes de salir por ella.

## Capítulo 6

Los días siguientes hasta el fin de semana los pasé sin pena ni gloria, intentando estar lo más centrada que pude en preparar mis clases, elaborando juegos divertidos y dinámicas atractivas para mis alumnos, como también enseñando mediante fichas las letras y números.

Carmen había superado la primera semana de colegio de manera satisfactoria y, he de admitir, que Nacho también, pues se había ganado rápidamente a los más pequeños del centro educativo, como también a los demás compañeros.

Aquel último encuentro más cercano que habíamos tenido me había dejado una sensación en el cuerpo que no sabría cómo explicarte, al menos no hasta más tarde, cuando esta historia esté un poco más avanzada. Pero sí te diré que me resultó muy satisfactorio, tanto que, supuse, me dio miedo.

Entiéndeme, jolines, me miró con esos ojos que podrían incendiar cualquier océano, de aquella forma, comprensiva e intensa al mismo tiempo, que yo... yo tuve que salir corriendo.

Tenía claro que el maldito Miguel me había trastornado y me hacía ver cosas que no eran.

Pero, por fin llegó mi oportunidad de echárselo en cara a Cayetana.

Habíamos quedado en La Latina para tomar algo el viernes por la tarde, a finales de aquella semana, después de que llevase a Carmen con Dani, pues le tocaba pasar el fin de semana con él, su papá.

—Eres idiota, Cayetana —le recriminé un poco enfadada, aunque ya no tanto como los primeros días, mientras ella se reía—. Deja de reírte.

Entonces ella se rio más fuerte.

—Deja de beber —dijo Alejandra quitándole el tercio de cerveza de delante.

—¿Qué haces? Trae, no me quites esto —le dijo recuperándose del ataque de risa y recuperando al mismo tiempo su cerveza—. Es que me hace muchísima gracia imaginarme la cara que se le tuvo que quedar a Miguel. Él no está acostumbrando a que le rechacen, ¿sabes?

Abrí los ojos por la sorpresa.

—¿Que no está acostumbrado? —pregunté.

Alejandra puso los ojos en blanco.

—A mí no me mires, yo tampoco lo entiendo —añadió.

—Evidentemente, Nerea, querida, no —dijo Cayetana como si aquello fuera lo más obvio del mundo.

—Pues no lo entiendo. —Me crucé de brazos.

Me hervía la sangre al pensar en ese tío, lo juro por Winnie the pooh, ese maldito oso insoportable.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Cayetana, sorprendida.

—¿Qué le ven? ¡Es un payaso! —exclamé toda airada.

—Relájate, te va a dar algo —me dijo Alejandra poniendo una de sus manos sobre mi antebrazo.

—No, es que, ¿me explicas? ¿Me explicas? —pregunté indignadísima, señalando con la mano a

Cayetana. No entendía aquello que decía.

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

Cayetana dio un trago a su cerveza y se recolocó el vestido.

—Veamos... Piloto, guapo, con dinero, huele rico y folla más —dijo enumerando aquellas cualidades con los dedos de una de sus manos.

Tenía las uñas pintadas de color chocolate y le quedaba tremendamente bien en contraste con su piel bronceada.

Enarqué una ceja.

—¿Y? —pregunté con cinismo.

¿Me estaba diciendo, en serio, que las chicas que nunca le decían que no a ese rufián buscaban en los hombres aquellas cinco cualidades?

—Esta chica no está bien —le dijo a Alejandra.

—Estoy delante de ti, pánfila.

—Pánfila tú, que no ves lo que tienes delante, cielo —dijo toda digna mirándose las uñas.

—Y dale perico al torno... Es que a mí todo eso me da igual. Además, ¿tú cómo sabes cómo es en la cama?

Cayetana carraspeó y bebió otro trago de su cerveza.

—Bueno, no sé para qué pregunto, mejor no saberlo —dije cogiendo un quico picante del pequeño cuenquito que nos habían servido para acompañar a la cerveza.

—Pues eso digo yo —dijo Alejandra.

—Tienes que espabilar, Nere, ningún hombre es perfecto —dijo Cayetana.

«Nacho sí. Al menos, lo parece».

Zarandé la cabeza para quitarme aquel pensamiento que, por cierto, no sabía a qué venía.

—Pues que sepáis que me voy a apuntar a Tinder, hale —dije toda decidida.

—Nena, no, ahí solo hay depravados. Nosotras te presentamos a gente —dijo Alejandra en seguida, quitándose el teléfono de las manos.

Cayetana soltó una carcajada y la miré con odio.

—¿De qué te ríes, pelleja? —le pregunté—. Estás hoy muy graciosa.

—¿Te piensas que ahí vas a encontrar a tu príncipe azul? Por el amor de Dios, Nerea...

—En eso tiene razón. ¿Y si le das otra oportunidad a Miguel? —dijo Alejandra.

—¿Qué? No, ni de coña, no quiero seguir conociéndole. Que se coja su avión y se vaya al espacio, ahí, a asfixiarse por la falta de oxígeno —dije muy convencida.

—Uy, qué mala puta. ¿No quieres seguir conociéndole? Esto parece *Mujeres y Hombres y Vic mierda* —dijo Cayetana riéndose de nuevo de su propia ocurrencia.

Puse los ojos en blanco.

—Desde luego... pídete un refresco, estás fatal.

Miró entonces su reloj de pulsera de *Tous* y se levantó rápidamente.

—Ay, cielos, que me tengo que marchar, ¿vale?

—Pero ¿ya? ¿Dónde vas? —le preguntó Alejandra toda intrigada.

—Tengo que hacer un par de cosas en casa. —Se encogió de hombros y se marchó sonriendo

—. ¡He dejado la ronda pagada!

Bufé.

—Dime que tú me entiendes —le dije con un mohín a Alejandra.

—Sí, cariño, claro que te entiendo. ¿Qué tal si te planeo una cita con Ramiro?

—¿Quién? —pregunté intrigada, aunque ya solo el nombre, pobrecillo, echaba un poco para atrás.

—Es un compañero de Víctor, del gimnasio.

Víctor, la pareja de Ale, y amigo nuestro en común, trabajaba como entrenador personal en un gimnasio.

—Bueno, ¿es majo?

—Víctor dice que sí y, lo más importante, está soltero.

Lo medité unos instantes, pero finalmente acepté y le dije que sí, aunque no las tenía todas conmigo.

—Podría funcionar —dije a media voz, un tanto insegura.

—¡Claro, cielo! Todo es probar, hay muchos peces en el río, seguro que alguno es tu príncipe azul. —Sonrió.

Siempre solía pensar que, aunque no éramos iguales en muchas cosas, nos complementábamos a la perfección, sobre todo cuando nos apoyábamos de aquella forma tan incondicional.

De alguna manera, aquellas palabras me sentaron muy bien y me devolvieron la motivación que me había arrebatado la cita con Miguel y la forma de tomárselo de Cayetana, quien parecía ser alérgica a los sentimientos románticos desde unos años atrás a aquella parte, y pasaba de tomarse en serio los míos algunas veces.

Cayetana tenía un carácter difícil, pero la queríamos mucho, porque siempre estaba dispuesta a echarnos una mano en lo que hiciera falta cuando las cosas ya no tenían ese color de rosa que todos ansiamos y se tornaban negras.

—Tienes razón —le dije con una sonrisa.

—Lo sé —dijo ella, sonriendo también—. Puede salir bien.

Asentí con la cabeza, esperanzada.

—Hablo con Víctor y te digo algo.

—De acuerdo. Por cierto, ¿cómo vais?

—Pues... ayer me hice un test —me dijo, aunque no la noté del todo contenta y me temí el resultado.

Víctor y Alejandra tenían muchas ganas de ser padres y, aunque no llevaban demasiado tiempo buscando, cada vez que el test de embarazo salía negativo, Ale se ponía triste.

—Ajá. ¿Y? —pregunté un poco esperanzada, porque quizá hubiera salido positivo y todavía lo estuviera asimilando.

—Negativo —dijo encogiéndose de hombros al tiempo que se llenaban los ojos de lágrimas.

—Ya decía yo que estabas bebiendo cerveza... —comenté abrazándola—. No pasa nada, lo intentáis de nuevo. Sois jóvenes, estáis sanos y tenéis buenos hábitos. Si Dani pudo fecundarme en nuestros años mozos, fumando un cigarrillo tras otro, Víctor te hace madre de gemelos. ¿Que no? No me llores, amiga.

Y así, consolando a mi amiga, me lancé a las expectativas de la segunda cita, en busca del príncipe de mi cuento de la misma manera que ella buscaba su guisantito.

# Capítulo 7

*Mediados de septiembre*

Resultó que Ramiro no pudo quedar hasta el fin de semana siguiente, por lo que el anterior lo pasé en casa, sola, ya que Carmen estaba con Dani.

Me puse al día con las fichas y las hojas de registro y observación del trabajo, pasé el polvo, la escoba, fregué el suelo, limpié el baño y, cómo no, bien de lavadoras, porque un día de limpieza general sin lavadoras no tiene valor.

Toda esa semana la pasé súper centrada en el trabajo o, al menos, aquello era lo que pretendía. No es que no quisiera entablar conversación con mis compañeros —sobre todo con Nacho—, es que notaba que estaba un poco perdidita con tanta búsqueda.

A ver si realmente no iba a existir tal príncipe.

Maldita sea... Como no existiera me daba un *frus*.

Realmente estaba muy rayadita con todo aquello y el síndrome de la impostora, ese que dicen tener bastantes escritoras al menos una vez en toda su carrera literaria, me embargó. Pero no por pensarme yo que no fuera una escritora de verdad, no. ¿Qué iba a ser escritora yo? Tampoco me pasó con mi carrera profesional, el magisterio, pues me consideraba una buena maestra. Yo, lo que llegué a pensar, es que quizá no era digna de un príncipe azul de los pies a la cabeza, con capita y todo, y por eso no lo encontraba.

Quizá no era tan buena persona como yo pensaba, o quizá no lo merecía. No lo sabía.

Pero toda aquella tontería se me pasó a la semana siguiente, en la que estamos situadas ahora, cuando tuve la genial idea, nótese la ironía, de pedirle un súper favor a Dani.

—¿Dónde vamos, mami? —preguntó Carmen por el camino.

—A casa de papá —le contesté mientras caminaba con ella cogida de la manita.

—*Vaz muy buapa*—me dijo al tiempo que sus coletitas titilaban en el aire, moviéndose como flores.

Sonreí, Carmen siempre tan cumplidora, soltando halagos por su boquita, aunque la verdad es que me tenía devoción y se notaba, porque tampoco es que me hubiera puesto mis mejores galas.

Unos vaqueros pitillo con unas manoletinias de color negros, un top granate y la americana a juego con las manoletinias. Una coleta alta y tirante, máscara de pestañas y brillo de labios transparente.

Algo sencillo, pero que esperaba que fuera efectivo.

Aquel día tenía mi ansiada cita con Ramiro, el compañero de gimnasio de Víctor y, aunque estaba emocionada, íbamos a ir a un Starbucks, por lo que tampoco es que hubiera sacado del armario mis mejores galas o, mejor dicho, del de Cayetana.

—¿Carmen? Nerea, ¿qué hacéis aquí? —dijo Dani al abrir la puerta de su casa, una vez hubimos llegado y hube picado a su timbre.

—Hola, Dani, verás...

—Hola, *papocho*. —Carmen se lanzó a sus brazos y Dani, solamente vestido con un liviano pantalón de paño de color negro, la cogió en brazos.

—Ey, princesa, ¿qué tal? —La besó la mejilla.

Tenía el pelo de punta y revuelto. Tragué saliva. Quisiera reconocerlo o no, Dani me seguía imponiendo, a pesar de los años, de nuestros problemas, de los daños...

Daniel era guapísimo y, aunque fumaba como un carretero, también se machacaba en el gimnasio.

—Pasa —me dijo, y le hice caso.

—¿Sabes que tengo una amiga nueva, papá? —le dijo Carmen tirando de su pantalón, cuando la dejó en el suelo.

—¿De verdad? ¿Quién es? —Se acuclilló para estar a su altura.

—Se llama Sara y su papá es *polisía*.

—Anda, qué guay.

—*Zi*. ¿Qué peli vamos a ver? —dijo dando saltitos hasta llegar al sofá.

—¿Peli? —preguntó Dani perplejo—. Nerea, ¿qué pasa?

—Necesito que me hagas un favor —le dije casi en un murmullo, apartándole del salón, donde estaba Carmen, para llevarlo a la cocina.

Aquello me costaba la vida, porque yo era la primera que respetaba los turnos como la que más.

—¿Qué favor? —Dani arrugó el ceño.

—Necesito que te quedes con la niña esta tarde, es solo un rato.

—Pero creía que te tocaba a ti.

—Y me toca a mí, pero he de hacer una cosa y necesito que te quedes con ella.

—¿Estás bien? ¿Qué es lo que tienes que hacer?

Resoplé. Por eso precisamente no me gustaban ese tipo de cosas. Dani, como es normal, quería saber el motivo de quedarse con la niña, pero yo no tenía por qué darle ningún tipo de explicación.

Tardé en contestar y él arrugó todavía más el ceño.

—¿Tengo que darte explicaciones de todo? —le pregunté a la defensiva, cosa que él no se esperaba, pues su ceño volvió a la normalidad y abrió los ojos por la sorpresa.

—No, pero me gustaría saber qué es lo que ocurre para que no puedas quedarte con Carmen. —Se cruzó de brazos.

Otra cosa no, pero la verdad es que Dani, sin yo dar dos duros por él, me estaba demostrando ser un padrazo.

—Si lo que te molesta es quedarte con ella, no importa, me la llevaré.

Dani soltó una carcajada.

—Eh, no, no vayas por ahí, yo no he dicho eso. Sabes que nunca he tenido problema en quedarme con Carmen, es mi hija.

Suspiré y me sentí horrible, porque aquello había sido un golpe bajo para él, encima siendo una completa mentira. Había decidido en un segundo hallar mi vía de escape con ese comentario, pero ahora me sentía fatal.

—Joder...

Dani se acercó a mí.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? No entiendo nada, Nerea. ¿Por qué no quieres decírmelo?

—Tengo una cita, ¿vale? —le solté al fin, desviando mi mirada de la suya.

No dijo nada, así que le miré de nuevo.

Le había cambiado el semblante y no pude asegurar con exactitud que lo que vi en él fue tristeza, pero al menos eso me pareció.

Su nuez subió y bajó cuando tragó saliva.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con un hilo de voz, el rostro serio.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Supones que sí? Nerea, ¿tú qué es lo que quieres? —me preguntó—. Joder, son muchos años, muchas cosas juntos. Tenemos a Carmen. Ya te he dicho que puedo cambiar, puedo... no sé...

«Quiero un príncipe azul», pensé, pero no lo dije, porque todas las veces, anteriormente, que sí lo había dicho, Dani se había reído de mí diciendo que no existía.

Pero yo creía que sí y por eso lo estaba buscando.

—Yo no quiero que cambies, ya lo hemos hablado, Dani —le dije de forma seria.

Con Dani era como en aquella canción de Morat con Aitana: con él siempre volvía a caer y con él, también, perdía más de lo que apostaba.

No negaba que todavía quedaba algo de lo que sentía por él, por eso me imponía, por eso se me revolvió el estómago, pero no funcionaba, y tenía que aceptarlo.

—Muy bien.

—¿Te quedas con ella? —le pregunté.

Asintió, serio.

—Gracias —le dije acercándome a él. Le di un abrazo escueto y un beso en la mejilla.

—Solo...

Le miré interrogante.

—Ten cuidado, Nerea, hay mucho imbécil por ahí.

Asentí.

—Lo haré. Adiós, Dani. ¡Carmen, mamá viene luego a buscarte!

—Vale, *mamocha*, adiós —la escuché decir desde el sofá, donde estaba viendo en el televisor el canal de dibujos animados.

—Hasta luego, Dani.

—Hasta luego —dijo con la mirada triste.

Cuando cerró la puerta me concentré en no sentirme culpable, ni sentirme mal por intentar hacer mi vida paralelamente a lo único que nos unía a Dani y a mí, que era Carmen, por lo que respiré profundamente y comencé el camino hacia la parada de metro más cercana para llegar al Centro Comercial Príncipe Pio, justo donde se encontraba el Starbucks en el que había quedado con Ramiro.

Sí, se me pasó la tontería y decidí ir a por todas, ignorando lo que podía encontrarme.

Deséame suerte, [querid@lect@r](mailto:querid@lect@r).

## Capítulo 8

El local no estaba concurrido por demasiadas personas, no obstante, había unas cuantas y me entró paniquito solo de pensar que la cita pudiera salirme mal y que la gente lo viera.

«Ay, Dios mío, qué difícil es esto de ligar. No entiendo cómo puede todo ser tan fácil es las películas de Disney».

Alejandra me había dicho que Ramiro llevaría una camiseta roja, por lo que nada más llegar me senté en una mesita arrinconada que invitaba a un ambiente íntimo y acogedor, y me entretuve mirando la carta.

No era la primera vez que iba a aquella franquicia, por lo que tenía mi merienda predilecta, pero me apetecía probar algo nuevo, así que comencé a leer todo lo que servían.

Algunos minutos después, cuando ya me había decidido por un *Frappuccino* de crema de fresa y un pedazo de *cheesecake* de frambuesa para acompañar —todo muy rosita—, y me levanté para que me lo fueran haciendo en lo que esperaba a Ramiro, vi a un chico con camiseta roja entrar al local.

«Santa Cenicienta bendita», pensé en un primer momento.

Pedí mi comanda de forma rápida y volví a mi sitio, tragué saliva y me limpié las palmas de las manos, todas sudaditas, en el pantalón, al tiempo que lo observaba otear el local.

«Me está buscando, es él. ¡Ay, señor!».

Nuestros ojos se encontraron, desvió hacia abajo su mirada, concretamente hacia la pantalla de su teléfono móvil, y después volvió a mirarme a mí y sonrió.

«Sálvese quien pueda».

—Hola, ¿Nerea? —preguntó acercándose a mí.

Asentí con la cabeza.

—¿Ramiro? —pregunté yo a mi vez, con un hilito de voz, no fuera a ser que lo dijera un poco más alto y fuera real.

—¡Sí! —exclamó contento. —¡Qué gusto conocerte!

Se acercó más a mí y me dio dos besos.

—Lo mismo digo —dije sonriendo con la boquita pequeña.

«Falsa, más que falsa. Admite que la primera impresión ha sido nefasta».

Ramiro llevaba la camiseta roja, sí, tal y como me había advertido Alejandra.

Lo que no me había dicho es que iría completamente con un *outfit* deportivo.

«Con lo que a ti te gustan los chicos que visten al estilo *Cayetano*», me silbó mi subconsciente al oído.

«Cállate, seguramente sea majísimo», le increpé enzarzada en aquella batalla mental conmigo misma.

Unas mallas negras ciclista combinadas con unas zapatillas de correr de color rojo vestían su tren inferior.

—¿Has pedido ya? —me preguntó feliz, cuando se sentó frente a mí.

—Sí, sí, lo cierto es que sí —le contesté un poco nerviosa.

Su cabeza calva brillaba y presentí que no era por su piel tersa.

—De acuerdo, miraré a ver si tienen aquí algo fresquito. He venido haciendo footing, ¿sabes? Necesito hidratarme.

Asentí con la cabeza.

—Ajá.

—En seguida vuelvo.

—De acuerdo.

Se acercó al mostrador para pedir su merienda y yo me quedé sola.

*Voy a matarte cuando te vea. Lo sabes, ¿no?*, le escribí a Alejandra en un mensaje de WhatsApp.

No tardó en contestarme, pues estaba en línea.

*¿Qué dices? ¡No exageres! Ramiro es muy majo.*

Puse los ojos en blanco.

*Sí, será muy majo y lo que quieras, pero ha venido sudado a una primera cita y tiene alopecia precoz.*

Alejandra me mandó varios emoticonos con caras de risa.

*Eres Maléfica, tecléé.*

*Sí, mi Bella Durmiente. Disfruta de tu cita, me voy al hospi. Besitos.*

«¿Besitos? Menuda descarada».

—Ya estoy aquí —dijo Ramiro, llegando hasta la mesa.

Con la bandeja llena de nuestras comandas, hizo cinco sentadillas, las cuales conté una por una, anonadada, y después la posó sobre la mesa.

«¿Acaba de hacer lo que creo que acaba de hacer?».

Se sentó de nuevo frente a mí y estiro el cuello, suspirando.

—Fantástico —comentó—. Me he decidido por un *Mint Blend* con hielo y una ensalada *Fusilli Caprese*, tengo que reponer fuerzas.

—Vaya, qué bien —dije.

—He pagado, por cierto —añadió pinchando con el tenedor un trocito de mozzarella de su ensalada.

—Ah, pues no era necesario —le dije con el ceño arrugado.

¿Por qué todos se empeñaban en pagar? ¿Hola? ¡Estamos en el maldito siglo XXI!

—A la próxima me invitas tú. —Guiñó su ojo derecho y casi sentí un escalofrío—. Solo espero que te pidas otra cosa.

Detuve mi tenedor, decidido a partir un pedacito de mi porción de *cheesecake* de frambuesa.

—¿Y eso? No lo he probado, pero tiene pinta de estar delicioso —le pregunté interesada.

—Tía, ¿en serio? ¿Sabes el azúcar que tiene eso? —me preguntó con una mueca.

—Pues...

«¿Qué se contesta a esto? Jamás me han dicho algo así en una cita».

—De verdad te lo digo. Que tienes un cuerpazo y todo eso, pero, esto no es sano. ¿Y el batido? Deja que lo pruebe —dijo alargando su mano hasta mi batido.

No me dio tiempo a frenarle y decirle que no, que era mi batido y no me gustaba que nadie lo probara, y menos alguien a quien acababa de conocer.

—Está rico, pero, ya te digo, nada sano.

Enarqué una ceja.

«Ahora es cuando tú tienes que chupar de la pajita».

Reprimí una mueca, o no, yo ya no sé, porque lo cierto es que no sabía dónde narices meterme

con aquel chico.

Primera pinchada de pastel que me llevé a la boca, en algo tenía que ocupar mi tiempo además de escucharle, porque solo hablaba él.

—¿Haces deporte? —me preguntó tras dar un trago de su infusión con hielo.

«Vaya, si se interesa y todo».

—La verdad es que no, casi no me da el día. Tengo a mi hija y...

—Eso lo podemos arreglar cuando quieras. Te monto una tabla de entrenamiento en un momento y empezamos. Fui campeón, ¿sabes?

Pinchazo de pastel. Trago, muy a mi pesar, de batido, con la pajita chupada y todo, pero me estaba entrando una ansiedad con ese tío...

—La verdad, no me hace demasiada gracia el deporte —le dije con la boquita pequeña, después partí otro trocito de mi pastel, gesto que él desaprobó con la mirada.

Su mitad de ensalada ya estaba ingerida y tenía el vaso de infusión medio vacío. Sí, medio vacío, tal y como estaba viendo yo el vaso de mi vida en aquellos momentos.

¿Tan difícil era encontrar alguien que cumpliera mis expectativas? O, al menos, que fuera medianamente normal.

Ordinariamente ordinario, como diría Cayetana.

—Definitivamente, eso no puede ser. Has de...

—¿Campeón? ¡Qué interesante! ¿De qué? —le pregunté con la intención de cortarle.

Último pedazo de pastel en mi boca, esperando a que contestase.

No solo había venido sudado a nuestra primera cita, cosa que dejaba ver el poco interés que tenía en darme una buena impresión.

También había pagado, demostrando de alguna manera su hombría conmigo, no vaya a ser que, si pagamos a medias o, de lo contrario, me decidía a invitarle yo, fuera menos hombre.

Me daba la impresión de que estaba un poco obsesionado con los hábitos saludables que, oye, estaban bien, pero en cierta medida, porque todo en exceso es malo, y él superaba ese exceso hasta el punto de decirme lo que tenía que comer o no.

Bebió de un trago prácticamente todo lo que quedaba de infusión y dejó un culito.

—De atletismo. Fui campeón de España de atletismo. Me flipa. Me flipa correr. Me flipa. Bueno, el deporte en general. Es genial, me hace desconectar. Y, además, es tan fácil de coger una rutina —me dijo de forma rápida, casi atropellada, mientras yo asentía con la cabeza.

«Y el batido, acuérdate de lo del batido. ¡Ha chupado tu pajita!».

Me aturulló, me aturulló tanto que mis nervios se desquiciaron y no pude evitar exclamar:

—¡Y has chupado mi pajita! ¡Y me da muuuucho asquito, jolín!

Ramiro abrió mucho los ojos.

—Madre mía, Nerea, madre mía, te preocupas por nimiedades como la pajita y no por tu salud bebiendo esa terrible ingesta de azúcares y calorías. De verdad, no me esperaba esto. Víctor no me había avisado de esto.

Pinchó uno de los últimos trozos de lechuga de su ensalada y se los metió a la boca, masticando como una vaca el pasto.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué estás...? Víctor no debe decirte nada.

Tragó la lechuga, se bebió lo que quedaba de su infusión y dijo:

—Me marchó, Nerea. No puedo. Es más, me niego a seguir conociendo a alguien que no se cuida nada en absoluto.

—¿Cómo? —le pregunté estupefacta al tiempo que él se levantaba de la silla y comenzaba a hacer estiramientos de lado a lado con su cuerpo, como si fuera un junco movido por el viento.

Comenzó a trotar en el sitio, sin moverse.

—Lo siento, Nerea.

—Ramiro, ¿dónde vas? ¡Ramiro!

Pero Ramiro se fue trotando del Starbucks y me quedé sola una vez más, porque me había plantado.

El calvo con vigorexia me había plantado.

Encima.

«Pero nunca olvides que chupó tu pajita».

## Capítulo 9

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó Dani cuando volví a su casa para recoger a Carmen.

Le miré con los ojos un tanto achinados.

—De acuerdo —dijo poniendo las manos a la altura del pecho, con las palmas hacia fuera, en señal de paz.

—Hola, mamá. —Carmen me saludó con la manita de arriba abajo.

—Hola, cielo. ¿Qué tal?

—Hemos visto *Froden* y papá me ha dado de merendar un *yobur* con pavo —dijo mi pequeña. Se refería a Frozen, por supuesto.

—Pues qué merienda más rica —le dije apretándole las coletas.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué has merendado?

—A mí también me gustaría saberlo —dijo Dani, divertido, con los brazos cruzados.

Resoplé, evitando mirarle y rodando los ojos hacia arriba.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó conteniendo una carcajada.

—¿Disfrutas con esto o qué? —le pregunté de malos modos.

—¿Con qué *disbrutas*, papi? —preguntó Carmen de manera inocente.

—No, no, de verdad, es solo que... no sé, traes una cara...—se excusó Dani de la mejor manera que pudo.

«Estúpido Dani».

—Pues no es lo que piensas, ha sido magnífico —le dije fingiendo un orgullo que, por supuesto, no sentía.

Dani soltó una risita y se llevó una de sus manos a la boca, mirándome fijamente.

«Jodido condenado, qué guapo es», pensé maldiciendo todo lo que sentí por él.

«Sí, pero recuerda que salió rana, princesa».

«Gracias, subconsciente, siempre estás ahí cuando te necesito».

—Nerea, te conozco, vienes jodidilla...—dijo, el muy chulito.

Chasquéé la lengua contra el paladar, mirando hacia otro lado.

Tenía razón, toda la razón. Me conocía y sabía que le estaba mintiendo, además, solía notárseme todo en la cara.

Mi madre siempre me decía que era como un libro abierto.

—Vamos, Carmen —le dije a la niña, agarrándola de la mano.

—¡Nere! Oh, vamos, no te enfades —me suplicó Dani una vez estuvimos en la puerta para marcharnos.

Le miré y él hizo un mohín.

—¿Quieres hablarlo?

Resoplé con frustración de nuevo.

—Un vigorético, Dani. Alejandra me planea citas con un vigorético. ¡Con lo que odio el maldito deporte! —me llevé la mano a la frente—. Y calvo.

—¿Qué es un *piñoreco*, mami?

—¿Calvo? —Dani soltó una carcajada.

—¿Qué es calvo, papi?

—Deja de reírte, no tiene ni pizca de gracia.

Dani siguió riéndose hasta que los ojos se le aguaron de lágrimas.

—¡Dani! Encima me ha plantado, maldita sea. ¿Tú lo ves normal? ¡Tan fea soy?

—¿Fea? ¡Nerea, por favor! Ese tío es tonto, no dejes que te hunda —me dijo poniendo una de sus manos sobre mi hombro derecho. —Y, cuando quieras —añadió remolón— sabes que aquí estoy para ti. —Levantó las cejitas repetidas veces, haciéndose el interesante.

Puse los ojos en blanco.

—Eres idiota.

—Pero tengo pelo —dijo señalando con sus dos dedos índices su cabeza—y estoy cañón, rubia.

Suspiré, dándole por perdido. Así era Dani.

—Cielo, dile adiós a tu padre.

—Adiós, *papocho*, el *proximo* día vemos Tiana.

—Vemos lo que tú quieras, princesita —le dijo poniéndose de rodillas para abrazarla—. Pórtate bien, te quiero.

Carmen le dijo adiós con la manita.

—Nos vemos, *Danielo*.

—Con los ojos, rubia.

Carmen se terminó la tortilla francesa con tomate a rodajas que le había preparado de cena y le di un cuento de texturas para que se entretuviera un rato antes de ir a la cama.

Menudo sábado tan desastroso, la verdad.

Lo de Ramiro me había dejado tocada y ver a Dani semidesnudo también me afectaba.

Maldita sea, estaba muy desesperadita últimamente.

¿Estaría volviéndome majara con tanto tío a mi alrededor?

Seguramente, pero tenía claro que no pararía hasta encontrar al que me hiciera feliz, aunque tuviera mil citas como la de Ramiro, algo que, por cierto, tenía que hablar con Alejandra muy seriamente.

O mejor, con Víctor, porque él había sido el culpable de decirle a Alejandra que me preparara aquella cita.

Así que una vez Carmen estuvo acostada, decidí llamar a mi amiga.

—¿Digaaaaaaaaa? —dijo haciendo la payasa una vez descolgó mi llamada.

—Tú, traidora, ¿sabes lo que ha sucedido? ¡Lo nunca visto en mi historial de príncipes azules!

La escuché reírse a través del aparato.

—¿Tú también te ríes? —le pregunté, arqueando una ceja—. Como esto haya sido una broma pesada, te juro que...

—¿Qué? ¡No! ¿Qué broma, Nerea? No ha sido ninguna broma pesada, solo me hace gracia cómo te pones —me contestó—. ¿Quién más ríe?

—Pues Dani. ¿Quién va a ser? —le pregunté como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Dani? ¿Qué pinta en todo esto? Pero ¿qué ha pasado? ¿Y Ramiro?

—He tenido que dejar a Carmen con él para acudir a la cita. Y maldita la hora... ¡Menudo personaje, Ale! Todo esto es culpa vuestra.

—¿Nuestra? Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

Suspiré. Desde luego, había días que era mejor no levantarse de la cama. Como aquel, por ejemplo.

—¿Que qué ha pasado? —le pregunté indignadísima. —Tiene vigorexia, Ale. ¡Está obsesionado con el maldito deporte! Ha venido haciendo footing a nuestra cita, todo sudado. Hasta su calva brillaba.

Alejandra se carcajeó por el otro lado de la línea.

—No te rías. Encima se ha estado metiendo conmigo por pedirme una porción de cheesecake de frambuesa que estaba delicioso, por cierto.

—¿Va en serio?

—Y tanto, pero es que eso no es lo peor —le dije toda airada.

—Ah, ¿todavía hay más?

—Por supuesto —le dije súper segura de mí misma, poniéndome de pie—. Me ha dejado plantada.

—¿Que ha hecho qué? —dijo Alejandra. Mi amiga estaba alucinando pepinillos y yo lo sabía, la conocía perfectamente—. Víctor, que Ramiro la ha dejado plantada.

Arrugué el ceño.

—No le dirijas la palabra a ese traidor, dijo que era majo.

—Dijiste que era majo, Víctor.

—Y que era un buen partido —añadí.

—Y que era un buen partido —repitió Alejandra, molesta.

—¿Cuándo dije eso yo? —se indignó Víctor, su voz un tanto distorsionada, pues sonaba más lejos que la de Alejandra.

—Uy, Nere, ¿Víctor dijo eso? —me preguntó confundida.

Apreté los labios.

—Ah, pues eso me lo he inventado —dije con la boquita pequeña.

—Ya decía yo que no me sonaba.

—Bueno, pero ¡chupó mi pajita! —exclamé.

Alejandra ahogó un grito.

—¿Qué dices, tía? ¡Víctor, que chupó su pajita, joder!

—Pero ¿a mí qué me contáis? —preguntó él, seguramente harto de nosotras.

—Hombre, pues es tu amigo.

—Compañero de trabajo, compañero de trabajo —respondió él, lavándose las manos.

—Lo que sea. Ha sido un zorro. Y tú también —le dijo Ale.

—¿Yo? Pero ¿qué he hecho yo? —respondió indignado.

—Mira, Nere, no hagas caso de ese idiota. Entiendo que te haya molestado todo eso y, mira, si él decidió marcharse primero, su problema es.

—Hombre, es que si no se marchaba tampoco pensaba volver a quedar con él —le dije.

—Es que, vaya tela, amiga...

Suspiré larga y profundamente.

—Lo sé, supongo que ha sido una cita fatídica más y ya está.

—No quiero que te rindas —me dijo ella.

—No lo haré, solo... ¿por qué es tan difícil? —le pregunté, aunque era algo que me cuestionaba bastante durante los últimos días.

—Porque todo lo que merece la pena lo es —me contestó muy segura.

—Eso espero.

Aquel día me acosté pensando en lo que mi amiga me había dicho e hice introspección,

pensando si acaso yo era demasiado exigente.

Al fin y al cabo, quizá me topaba con algún híbrido entre príncipe y rana y me parecía maravilloso.

## Capítulo 10

Octubre comenzó un lunes en el que tuvimos reunión de claustro de profesores en el colegio, por lo que acabamos más tarde y, de paso, comimos allí.

Desde luego, no entendía de qué se quejaban tanto los niños en cuanto a la comida del comedor, era totalmente comestible y, además, estaba muy buena.

Por lo menos yo, comí bastante bien aquel día.

Nacho se acercó a mi mesa cuando estaba recogiendo mis cosas y metiéndolas en el bolso.

—Hola —me saludó sonriente.

He de admitir que después de un mes trabajando en el mismo centro de estudios, todavía no me entraba en la cabeza que Nacho, Nacho Marín, el chico más popular de la facultad que, además, era de los mejores amigos de Dani, fuera el profesor de Carmen y uno de mis compañeros de trabajo.

Cuando Dani se enteró de aquello, lo cierto es que me pareció que no le hizo demasiada gracia. No obstante, tampoco me dio su opinión al respecto, alegando que estaba seguro de que Carmen aprendería mucho en el colegio.

La segunda mitad de septiembre no tuve más citas, no al menos fuera del colegio, pues con Nacho solía coincidir a menudo en nuestra sala de profesores y comentábamos cosas relacionadas con el colegio, pero nada más lejos de un trato cordial, así que tampoco sé a ciencia cierta si a eso se le podía llamar citas.

Nacho era magnético, y no me acordaba de ello hasta que le conté el desastre de mi primera cita, de ahí a que saliera toda turbada de aquello.

Pero también había sido amigo de Dani, era mi compañero de trabajo y, además, el profesor de Carmen, por lo que quedaba vetado en todos los sentidos.

Además, tampoco había tenido demasiado trato con él. No hasta ese día, cuando no tardó en hacer algo que, hasta el momento, no había hecho.

—Hola, ¿qué tal? —le contesté, sonriendo también.

—Menudo día, ¿eh?

—Agotador. —Me reí.

—¿Un café?

Parpadeé varias veces.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros e hizo un gesto con la cabeza, como quitándole importancia, algo muy suyo que tampoco recordaba.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Conmigo?

Asintió con la cabeza.

Suspiré.

—De acuerdo, pero, por favor, no me invites.

Nacho se rio.

—Tranquila, ¿pagas tú, entonces?

—¡Ey! —golpeé su brazo de forma cariñosa con mi puñito cerrado—. Tampoco te pases.

Fuimos a una cafetería cercana al colegio y nos sentamos en una mesita para dos que daba a un gran ventanal, desde el que se veía la calzada y a los transeúntes caminar por la acera.

Pedimos un par de cafés con leche humeantes y agradecimos que estuvieran tan calentitos, pues en Madrid ya se notaba en el ambiente que había refrescado y habíamos sustituido la manga corta por los jerséis finos de punto.

—Tú dirás —le dije con las manos abrazando mi taza de café.

—Tengo... —comenzó titubeante —la sensación de que me evitas, y no sé por qué. Quizá... no sé, haya hecho algo mal.

«¿Cómo?».

Solté una risita, incrédula.

—¿Qué? Perdona, es que no... no te entiendo. No sé por qué dices eso, la verdad.

—Pues no lo sé, me da esa sensación. —Dio un trago a su café y, por un momento, pensé cómo sabría su boca después de haber bebido.

«¿Qué estás haciendo? ¡Cochina! No pienses esas cosas».

—¿He hecho algo que haya podido sentarte mal? —le pregunté interesada.

Sus palabras me habían dejado muy confusa. Sí es cierto que, el día que le conté mi cita, me noté un tanto desesperada porque alguien a parte de mis amigas me escuchase, y después de aquello no habíamos vuelto a tener una conversación personal, como ya he dicho anteriormente.

Pero, de ahí a evitarle...

—No, no. Es solo que, me hablas de tu cita y luego nos limitamos a los saludos cordiales. Quien se pregunta si ha hecho algo mal, soy yo.

—No, para nada, de verdad. Solo que pienso que hay demasiados hándicaps para tener una relación de amistad más allá de ellos.

Arrugó el ceño, parecía no comprender lo que estaba diciendo.

—Bueno, es que somos compañeros de trabajo —dije casi en un susurro, intentando explicarle mis razones de una manera que no malinterpretara, para nada quería acabar discutiendo con él, ni muchísimo menos.

Nacho prometía ser encantador y eso había sido una sorpresa para mí, pues tampoco lo había conocido más allá de Dani. Quizá por eso me atreví aquel día a compartir con él la experiencia con Miguel.

—¿Y? —preguntó.

—Eres el profesor de Carmen.

—No suelo mezclar lo profesional con lo personal —dijo seguro de sí mismo.

—Dani y tú...

Se removió entonces incómodo en la silla.

—Eso es el pasado —me contestó serio, después dio un trago a su café, supongo que para ganar algo de tiempo en la conversación.

Cuando Nacho se marchó del grupo, Dani nunca quiso dar a nadie ninguna explicación, ni siquiera a Víctor, con el que también se llevaba muy bien.

Ni mucho menos a mí, pero a todos nos sorprendió.

No llevábamos demasiado tiempo saliendo, y a partir de ahí el grupo se dividió, Víctor y Dani, por un lado, junto a Alejandra, Cayetana y yo, y Nacho y los demás por otro.

Nacho carraspeó.

—Nunca supe...

—Solo quería saber si había ocurrido algo que te hubiera molestado, simplemente —me cortó.

—Pues has de quedarte tranquilo, porque no ha sucedido nada —le dije seria, aunque no molesta.

—Teníamos buen rollo, ¿te acuerdas?

Era cierto, las veces que habíamos coincidido, nos habíamos llevado bien.

Para nada me esperaba que detrás de aquella fachada, hubiese un ser tan sensible como Nacho o, al menos eso me parecía.

—Sí, es verdad —dije asintiendo con la cabeza.

—Podríamos recuperarlo. Es más, podríamos superarlo.

Me reí.

—¿Acaso no has escuchado nada de lo que te he dicho? —le dije.

Él sonrió.

—¿Acaso no me has escuchado tú? Somos compañeros de trabajo y soy el profesor de Carmen, sí, pero te estás olvidando de lo más importante.

Le miré intrigada.

—¿De qué?

—De que somos personas, Nerea. Y, ¿qué más da?

Asentí con la cabeza levemente, pensativa. Muy pensativa, pues con aquella última frase me había dejado noqueada.

Además, no había mencionado aquel pasado en el que Dani tuvo un papel importante, lo había omitido.

¿Qué había querido decir con aquello? Desde luego, Nacho me estaba pareciendo una caja de sorpresas, y dudaba de si tendría el valor para poder abrirla del todo.

# Capítulo 11

Nacho apartó el auricular de mi oído izquierdo y lo llevó al suyo.

¡Qué invento! ¡Qué maravilla aquellos audífonos sin cables!

Di un respingo sobre mí misma, un poco asustada, la verdad es que no me esperaba que hiciera eso. Bueno, ni que hiciera eso, ni tampoco que apareciera de repente a mi lado, estaba demasiado ensimismada en lo que estaba haciendo como para prestar atención a mi alrededor.

Mi madre había recogido a Carmen hacía un ratito, cuando había acabado nuestra jornada laboral y me había ido directa a la sala de profesores, quería adelantar todo el trabajo que pudiera, ya comería en otra vida y esas cosas.

Nacho, supuse, se habría quedado en su aula haciendo algo, porque yo ya llevaba un rato en la sala de profesores.

Estaba muy implicada con la preparación de los adornos de Halloween.

Bien es cierto que todo el cole era engalanado con ornamentos de aquella fiesta, pero a mí me gustaba especialmente, por lo que en mi aula acentuaba la decoración.

Incluso quería poner un caldero de brujas en la puerta de la clase con largas tiras de papeles de todo tipo de colores que emergieran de su interior, simulando así peligrosas pócimas, utilizando un cubo de basura vacío y aderezado.

Además, desde que había tenido a Carmen, se había acentuado todo aquello, como también la Navidad y cualquier fiesta que se pudiese celebrar con niños pequeños.

En aquel momento me hallaba recortando pequeñas calabazas para decorar las paredes de la clase, como también fantasmas de caras sonrientes y sombreros de bruja.

—¿Morat? —me preguntó devolviéndome el auricular.

Sonreí.

—Me has asustado —le confesé suspirando—. Y sí, me encanta Morat, aunque todavía no he podido ir a ningún concierto suyo.

—Vaya, lo siento, no pretendía asustarte. —Hizo una mueca que me resultó adorable. —¿De verdad? ¡A mí también me gusta mucho! —exclamó sonriendo después de disculparse.

—No pasa nada. ¡Vaya! ¡Qué casualidad! Y qué bien conocer a alguien así más cercano que le guste, porque a mis amigas ni fu ni fa, la verdad.

—Pues ellas se lo pierden. ¿Qué haces? Es la hora de comer.

—Desde luego —le contesté quitándome el auricular que me quedaba en la otra oreja y volviendo a fijar la vista sobre la calabaza—. Lo sé, sé que es hora de que me marche, pero quería adelantar esto. Me gustaría que estuviera perfecto para la semana que viene.

Estábamos a mediados de octubre y poco a poco iba colgando todo lo que iba confeccionando.

—Relájate, todavía queda tiempo —me dijo sentándose a mi lado y llevándose los dedos al puente de la nariz.

—¿Cansado? —le pregunté, esta vez más atenta a él.

Resopló.

—Un poco. Los enanos, parece que no, pero cansan. —Sonrió al decirlo—. Pero, lo cierto es

que también me estaba preguntando algo.

—¿El qué?

—Supongo que haremos una fiesta aquí, en el cole.

—Ajá, por supuesto. Si no, ya me encargaría yo de montarla, aunque fuera sola —le dije convencida, logrando arrancarle una sonrisa.

—No lo dudo. Imagino que habrá que disfrazarse, ¿no?

Lo miré, parpadeando un par de veces, pensando si estaba de coña. ¿Una fiesta de Halloween en el cole sin disfraces? ¿Dónde se había visto eso?

—¡Por supuesto! ¿Lo dudabas?

—No, pero me estaba preguntando cuál podía ser mi disfraz.

—¿Sí? Sorpréndeme. Yo ya tengo el mío pensado. Morticia Addams —le dije muy orgullosa.

Qué poderío de mujer, qué divina. Era mi película favorita de aquella temática y, obviamente, tenía que disfrazarme de ella.

Nacho formó una “o” perfecta con sus labios y a mí se me secó la boca.

Santo Mickey, ¿cómo no me había dado cuenta antes de lo perfectos y rositas que eran?

Tragué saliva.

—Me encanta. Seguro que la peluca te queda genial —dijo, y entonces volví al instante en el que me encontraba y salí de aquella ensoñación a la que su boca me había mandado.

Carraspeé.

—Hombre, claro, es que tengo que llevar peluca sí o sí —le dije sonriendo, disimulando cuán turbada me sentía de pronto—. ¿Y tú?

—Pues... —titubeé, pensativo.

—¿Sabes quién creo que podría quedarte bien y es fácil de hacer?

—Dime —me instó a hablar, interesado.

—Frankenstein.

—Vaya...

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta, me gusta mucho. ¿Sabes que siempre creí que Frankenstein era el monstruo? —me preguntó, divertido e interesado en mi propuesta.

—¡No! —exclamé—. ¡Yo también! Después de leerlo, salí de mi error, claro.

—Una novela extraña donde las haya —dijo.

—Totalmente —coincidí con él—. Un poco turbia, ¿no crees?

—Desde luego, pero fascinante a partes iguales.

—Es cierto. —Le sonreí.

—Frankenstein, pues, aunque no me gustaría nada ser como ese doctor —dijo, divertido.

—Ni a mí que lo fueras —dije.

«¡Dios! ¿He dicho eso en voz alta?».

No me pasó inadvertida la sonrisa que entonces se formó en su boca, como tampoco su mirada socarrona y pagada de sí misma.

Carraspeé.

—Me alegro de que hayas elegido tu disfraz —comenté para cambiar de tema—. Lo pasaremos bien, será divertido. He preparado un dossier con actividades que voy a presentar en dirección.

Nacho reprimió una carcajada y le miré, con los morritos un poco fruncidos.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada, nada, solo que pareces tú más niña que ellos —me dijo levantándose de la silla para, supuse, marcharse.

—¿Es eso malo? —le pregunté, intrigada.

Nacho se aproximó a la puerta de salida.

—Para nada —aseguró—, a mí me encanta.

Sonreí, seguramente, con cara de idiota.

—Por cierto —le dije desde mi sitio antes de que se marchara—, el viernes tengo una cita. Te mantendré informado. —Sonreí con picardía.

Tenía puestas bastantes esperanzas y expectativas en mi próximo encuentro, el cual se había demorado un poco, pues desde unos días a esta parte, estaba seleccionando a mi próximo candidato a través de Tinder, cosa que, por cierto, no sabían mis amigas. Bueno, ni mis amigas ni nadie.

La sonrisa de Nacho pareció desaparecer por un instante. No obstante, no tardó en volver a hacer acto de presencia y Nacho asintió con la cabeza.

No negaré que a veces, aquellos cambios en su comportamiento, en la forma de mirarme y de expresar en su rostro sus emociones, me turbaban. Y aquello se debía a que no sabía interpretar todo aquello con exactitud, llegándome a preguntar en algunas ocasiones si es que hacía algo mal, si es que acaso decía algo que le ofendía y por eso su faz cambiaba.

Era algo que había sucedido varias veces y que no había pasado inadvertido para mí.

Quizá, como todo el mundo, tenía sus rarezas y esa era una de ellas, aunque algo dentro de mí, cada vez que ocurría aquello, me martirizaba pensando que jamás, no sabía por qué, podría perdonarme hacerle daño u ofenderle de algún modo.

## Capítulo 12

Admito que cuando descargué Tinder en mi teléfono móvil, no las tenía todas conmigo. Tanto me habían advertido mis amigas de que en aquella aplicación solo encontraría depravados, que durante algunos días atrás, como ya he dicho, y antes de concertar mi primer encuentro proveniente de la app de citas, hice una investigación y un cásting exhaustivo acerca de los pretendientes que me iban surgiendo en el camino.

Cuidado, que *PrincesaExploradora*, mi nombre en aquella aplicación, daba para mucho.

Por no hablar de mi biografía: *Busco Príncipe azul que no destiña en la lavadora y con el tiempo se convierta en rana. No me gustan los anfibios.*

Estuve ingeniosa, ¿no? Al menos a mí me lo parecía.

Me contactó un número de príncipes bastante apañado y que me dejó contenta y motivada. Supuse que tener una foto de mi cara en el perfil, una foto real y no de una playa o de un dibujo de perro cabezón, como tenían algunos, había ayudado.

Hablaba con algunos, a otros directamente ni les contestaba y con la mayoría dejaba de hablar pasados unos cuantos minutos de conversación.

No obstante, Félix, treintañero e informático, había captado mi atención después de unos cuantos días charlando con él, contándonos cosas de nuestra vida.

De momento, en principio, se había hasta ilusionado cuando le hablé de Carmen, y el chico salía bien parecido en su foto de perfil, por lo que pedí a los angelitos que aquella fuera su foto de perfil real.

Así que, cuando el viernes llegó y hube dejado a Carmen con Alejandra y Cayetana, una nueva ilusión nació en mi interior. Al menos, tenía la esperanza de poder tener dos citas con Félix, pues eso significaría que aquel primer encuentro que íbamos a tener había salido satisfactorio y merecía la pena.

La Latina me pareció un sitio estupendo para encontrarnos, pues era un barrio muy alegre y frecuentado de Madrid.

Era uno de mis sitios predilectos para tomar un par de cervezas los viernes, el día en el que comienza el fin de semana.

Félix me había advertido de que llevaría un polo de Ralph Lauren de color blanco.

Llegué yo la primera, como en casi todas mis citas, porque lo cierto es que me gustaba observarlos en el momento en el que llegaban, para así hacerlo sin presiones, antes de que me encontrasen o me reconocieran y pasar al momento de las presentaciones.

Llámame maniática, pero necesitaba ese momento de escrutinio a solas para crear en mi interior mi opinión a partir de aquella primera impresión.

Me senté a una mesita en la terraza de un bareto de cubos de cerveza cualquiera y oteé mi alrededor, buscando con desesperación aquel polo de marca blanco, el cual no tardó en aparecer.

Con alivio, suspiré, pues Félix era igual que en la fotografía de su perfil. Alto, pero sin llegar a ser espigado, castaño y con el cabello fino peinado hacia un lado, lacio y en apariencia suave.

Tenía los ojos azules y aparato dental, cosa que en la foto no reflejaba, pues en la sonrisa que

presentaba en aquel momento, no enseñaba los dientes.

—Eres todavía más guapa en persona —me dijo tras decirnos hola, justo cuando nos separamos después de darnos dos besos.

Un tufillo a algo que no supe identificar en aquel momento llegó a mis orificios nasales, no obstante, lo ignoré y me concentré en mi cita.

—Vaya, muchas gracias —le contesté sonriendo—. Tú también eres tal y como te había imaginado, igual que en la fotografía de tu perfil.

Félix sonrió y su ortodoncia no me dejó indiferente; aun así, aquello no me parecía un hándicap en su persona. Cuando aquel aparato desapareciera de su boca, seguramente tendría una sonrisa recta, limpia y perfecta.

—¿Has pedido algo? —me preguntó sentándose frente a mí.

—No, todavía no.

—Bien, podemos pedir cerveza, si quieres —me propuso.

Sonreí, dejando mi bolso en una de las sillas libres que había a nuestro lado.

—Claro, por mí perfecto.

Un cubo de cerveza y unas cuantas risas después, aquel tufillo volvió a hacerse a cada rato más persistente. Tanto, que llegué a preguntarme qué sería lo que lo desprendía, aunque intentaba quitarle importancia y centrarme en mi cita con Félix, porque lo cierto es que me lo estaba pasando muy bien.

—¿Pedimos otro? —me preguntó levantando un tanto en el aire su botellín de cerveza vacío.

Cuánto bebía aquel tío, todo había que decirlo. Se había bebido cuatro en lo que yo me había bebido dos.

—Claro, lo que quieras —le dije asintiendo con la cabeza.

—Tengo que confesarte algo —me susurró acercándose un poco a mí.

Aquello me intrigó.

—¿Confesarme? ¿Y eso? —pregunté, muy interesada.

—La verdad es que he venido un poco nervioso —me dijo.

El tufillo otra vez. Una sospecha cruzó entonces mi mente, aunque quise desterrarla de inmediato. Peeero, como venía siendo costumbre en mi vida, la realidad me golpeó y me animó a no desterrarla, pues Félix continuó hablando y el hedor volvió a aparecer.

—Y... —intentó continuar.

—¿Nervioso? ¿Por qué? —le corté, apartándome un poco y echándome hacia atrás, volviendo así a mi postura normal, pues me había echado un poco para adelante, creando así un ambiente más íntimo en el momento de aquella confesión.

Tragué saliva.

«Ay, Dios mío, tiene un pozo ciego por boca...», me lamenté mentalmente.

—Me gustas mucho, Nerea. Me empezaste a gustar cuando empezamos a hablar, por todo lo que me has contado —dijo acercándose todavía más.

«Por la reina Elsa, que no se acerque más».

—Vaya, Félix, la verdad es que me halaga que me digas eso... —le contesté alejándome unos centímetros.

Entonces él se cambió de sitio y se sentó en la silla que había a mi lado y que estaba libre.

«No puede ser».

—Te lo digo en serio, Nerea, estaba tanto tiempo esperando algo así... —dijo cerca, lo suficiente como para que llegase a mi nariz aquella peste proveniente de su boca.

«No si... algún fallo tenía que tener, ya lo sabía yo, la halitosis es su hándicap, me cago en Winnie the pooh. Qué asco de oso, de verdad».

«Asco el olor de su boca, querida, deja al osito en paz».

—¿Algo así? —pregunté con un hilito de voz, corriendo mi culete de la silla.

—Sí —dijo—, algo como lo que puede surgir entre nosotros. Alguien como tú.

Una motita de saliva salió de su boca y aterrizó en uno de mis pómulos, haciendo que abriera mis ojos por la sorpresa.

Redonditos, redonditos, así se me pusieron.

«A cubierto, Nereita».

—Félix, vaya, qué bonito... —comenté, corriéndome un poquito más.

No obstante, Félix volvió a salvar las distancias.

«Ay, ay, ay... No irá a besarme, ¿no?».

—Tan bonito como tú...—susurró, desprendiendo dióxido de carbono al tiempo que acercaba sus labios impregnados de saliva hacia los míos.

Quise alejarme más, tanto, que a mi culete se le terminó la silla y me caí al suelo.

Al suelo.

En medio de la terraza de aquel bareto.

El bareto estaba en La Latina.

En La Latina siempre hay gente.

¡Basta! Creo que son suficientes motivos para que mi cara se pusiera como un tomate, brillante de sudor por aguantar la situación y que mis ojos se aguaran de lágrimas por la impotencia.

—¡Nerea! —exclamó Félix cuando mi pandero aterrizó en el suelo, dándome un buen golpe, por cierto.

—¿Nerea? ¿Nerea? —le pregunté rabiosa y muerta de la vergüenza cuando me levanté del suelo, cerciorándome de que todo el mundo me estaba mirando, y me encaré con él.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, levantándose de su silla.

—¿Que si estoy bien? —pregunté yo a mi vez, toda airada—. Que si estoy bien, dice... ¡Ha sido por tu culpa!

—¿Por mi culpa? ¡Yo solo quería besarte!

—¡Por eso! Pero ¿tú de qué vas? ¿Qué haces? ¿Qué haces con tu vida, chico?

—¿Qué dices? ¿Por qué te pones así?

—¡No quería que me besaras! Me he apartado tanto que me he caído al suelo —le dije súper ofendida.

—Pero ¿por qué? Tú me gustas mucho, Nerea —dijo en una súplica, acercándose a mí de nuevo y cogiendo mis manos entre las suyas.

Otra mota de saliva, esta vez más grande que la anterior, me cayó cerca del ojo derecho.

—Ay, por Dios, qué asco —lloriqueé súper agobiada—. Voy a marcharme, Félix, perdona.

—Pero...

—Lo siento, me marchó. Yo te invito, te invito al cubo de cerveza, a lo que quieras, pero tengo que marcharme de aquí —le dije agobiada.

—Vale, pero...

—Pero nada, Félix, tu capa no es azul.

—Que mi capa no es... Pero si te dije que iba a venir con un polo de Ralph Lauren blanco. No entiendo nada de lo que dices, Nerea —me contestó indignado.

—Lo sé —le dije acariciándole la cara con brevedad—. Hasta luego, Félix.

Y me marché, me marché de allí porque estaba segura de que no podría haber aguantado ni un

momento más, y qué pena me dio, pues el chico me caía muy bien.

Pero había querido ir demasiado rápido, tenía halitosis y, además, escupía mucho, jolín.

Adelante, piénsalo, ponía demasiadas pegas a los demás, ¿verdad?

Quizá me puedas tachar de exigente, y pensar que a lo mejor pedía demasiado en los chicos, cuando yo realmente no era gran cosa. Es posible, no te lo niego, pero eran personas a las que acababa de conocer y que, jolines, te aseguro que, si tú hubieras tenido ese tipo de citas, también habrías salido huyendo de allí.

Piénsalo.

Félix fue de mis últimas citas, pero yo todavía no lo sabía. A veces el amor llama a tu puerta sin querer, cuando menos te lo esperas, cuando tu esperanza está a punto de perderse.

## Capítulo 13

Al día siguiente, sábado por la mañana, todavía no podía creerme que Félix hubiera salido tan rana.

Jolín, el chico era muy mono y todo eso y, además, no mintió cuando dijo que habíamos conectado, porque lo cierto es que fue así, nos pasamos varios días hablando y conociéndonos, y la verdad es que me gustó lo que había descubierto de él. Era interesante, le gustaba el mundo de la informática y, además, se dedicaba a eso profesionalmente, pues era creador de páginas web. Pero lo que no me gustó descubrir fue su halitosis.

Ay, por Blancanieves bendita, te prometo que eso era un hedor insoportable y, ya lo siento, pero sería incapaz de besar a alguien con semejante pestuza en el pozo.

No, no pongas esa cara, sabes perfectamente que tú harías lo mismo.

Demasiado amable fui al pedirle disculpas por marcharme de allí, te aseguro que si hubiese sido otra persona con otra forma de ser distinta a la mía le hubiera soltado un “Chico, que los de Bilbao te están oliendo el bozal desde aquí” o “Lávate la boca y llámame luego”.

Lo sabes, y yo también lo sé. Lo sabemos ambas.

Aun así, me sentí fatal, la verdad, porque a nadie le gusta ser rechazado y más por la persona que te gusta, y se suponía que yo le gustaba.

Pobre Félix...

Además, me pareció que iba demasiado deprisa, como ese tal Miguel, aunque Félix era una persona normal y corriente. Un poco enamorado y hediondo, pero normal y corriente, al fin y al cabo.

Me restregué los ojos con los dedos, suerte que la cita no duró demasiado y no llegué con cervezas de más, si no, te aseguro que mi cara en aquellos momentos sería la de un mapache, por no haberme desmaquillado, con un nido de pájaros en la cabeza en forma de moño rubio. Giré la cabeza a la derecha y contemplé a Carmen, quien todavía dormía profundamente, con las manitas cerradas en puños.

Tenía las pestañas tan largas como Daniel y de un color castaño precioso.

Fue entonces cuando abrió un poquito los ojos, lo suficiente como para darse cuenta de que la estaba mirando.

—*Nenos* días, mamá —susurró y yo me derretí un poquito.

Hay que ver, los niños, ¿cómo se darán cuenta de que alguien los observa?

Desde luego...

—Buenos días, pequeña flor.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —me preguntó acercándose a mí y tocándome el pendiente de la oreja derecha al tiempo que bostezaba.

—Pues... —le puse bien el pantalón de pijama —hoy comías con papá, ¿te acuerdas?

—Yupiiiiiiiiiiiiii —dijo levantándose y comenzando a saltar en la cama.

Me reí y yo también me incorporé, pues un nuevo día comenzaba y de nosotras dependía que fuera maravilloso.

—Carmen, termínate las galletas, te quedan dos todavía —le dije al tiempo que me cepillaba el pelo un rato después.

La había lavado, vestido y peinado, y había decidido desayunar frente al televisor, viendo *Enredados*.

Así que, como solemos hacer las madres para conseguir hacer todo lo que nos proponemos en el día, mientras ella desayunaba, ya que Carmen era muy lenta para comer a pesar de que se lo comía todo, yo ingería a sorbos el café de mi taza mientras me arreglaba aquel destrozo de enredos que tenía por pelo.

Ahí estaba el mayor defecto de mi cabello: por la noche se enredaba de una manera que no me podía explicar.

Pero de toda la vida, ¿eh?, de toda la vida del señor.

Carmen no me contestó, se limitó a mirarme y a coger la siguiente galleta.

No nos iríamos de inmediato, aun así, prefería tener a la niña preparada y entretenida con la película mientras yo intentaba hacer lo máximo posible en casa, por lo que una vez que me bebí el café, arreglé el nido de mi cabeza y retiré el plato vacío de Carmen, me puse manos a la obra con las lavadoras de la ropa del colegio de la niña, hacer la cama, fregar los cacharros de la cocina y un largo etcétera que parecía no terminar nunca.

Y así hasta que...

—Mamá, tu móvil suena.

—Que suene, Carmen.

—Mamá, suena mucho —insistió Carmen desde el comedor.

Lancé malhumorada el estropajo contra el fregadero, me sequé las manos en el trapo de cocina y me dirigí al comedor.

—A ver, ¿qué pasa?

—No lo *ce*, pero no para de sonar.

Puse los ojos en blanco, no había cosa que odiase más que hablar por WhatsApp o estar con el móvil.

«Ah, pero para hablar con el *bocapeste* de Félix, bien que estabas con el móvil», increpó mi subconsciente.

Marqué el código de desbloqueo y entré en la aplicación, pues tenía varios mensajes nuevos y por eso sonaba aquel cacharro como un poseso.

«Cállate, no estoy para...».

No obstante, mi mente dejó de pensar durante algunos instantes, solo unos instantes.

Los mensajes eran de un número que no tenía agendado y, sin entender el motivo, mi corazón se desbocó cuando leí el primero.

*Permíteme que haya cogido tu número del expediente de Carmen, no lo he podido evitar.*

*Sé que está mal, pero... contigo creo que me salto todas las barreras posibles.*

*¿Qué tal fue tu cita? Ya me contarás, espero que pases un súper fin de semana.*

*Besos, Nacho.*

Tragué saliva. Me sorprendió, he de ser sincera, pero tampoco demasiado, pues Nacho solía

tener detalles sencillos y bonitos que conseguían alegrarme muchos días desde que había empezado a trabajar, como, por ejemplo, traerme café aguado y caliente de una de las máquinas del colegio en un vasito de cartón junto a un sándwich de pollo, de otra máquina del colegio, para que almorzase, ya que muchos días se me iba el santo al cielo y no me llevaba nada.

Cosas así que, para algunos, son nimiedades, pero para mí detalles que, desde luego, hacen que la persona se gane un hueco importante dentro de ti.

Nacho era así, le gustaban los detalles y la sencillez al mismo tiempo.

Lo que todavía no entendía es por qué no tenía novia.

Debo admitir que muchas veces he pensado que, a lo mejor, podía ser gay. Y no pasaría nada, a mí ya ves tú. ¿Qué me importará lo que haga en su vida privada? Pues nada, porque bastante tenía yo con lidiar con la mía.

El caso es que después de pensar aquello me acordaba de los filetes que solía pegarse en la universidad, pues era de los alumnos más populares, y se me pasaba aquella tontería de que a Nacho le gustasen los tíos.

Si fuera gay... ¿cómo es que había algunas ocasiones en las que su mirada me parecía de lo más intensa?

Ah, pero, el mensaje no terminaba ahí, pues a aquellas palabras, se le sumaba un enlace de Youtube con una canción de Morat y una frase para terminar.

*No he podido evitar acordarme de ti al escuchar esta canción de Morat. Espero que... bueno, ahí te la dejo. Buenos días, súper profe.*

Morat – *Nunca te olvidé.*

Volví a tragar saliva, aunque confieso que de lo nerviosa que estaba mi boca se había vuelto pastosa y ni un poquito me quedaba.

¿Qué significaba todo aquello? No entendía nada en absoluto.

Sabía de qué canción se trataba, no obstante, no era una de las que más había escuchado.

Pinché en el enlace y pronto pude escuchar los primeros acordes de la melodía de la canción.

No recordaba aquella letra y mi corazón amenazó con salirse por la boca en cada estrofa.

Lo digo en serio.

En cada maldita estrofa.

Todas.

Y no supe qué hacer con lo que se formó en mi pecho.

*Tú lloraste primero,  
y aunque llegué a arrepentirme ya era tres meses muy tarde.*

*Pero seamos sinceros,  
yo no quería despedirme y tú no querías olvidarme.*

*Estoy tan arrepentido, tan arrepentido,  
porque fui un cobarde que por orgullo no está contigo.*

*Estoy tan arrepentido, tan arrepentido.  
Yo sé que a ti ya no te asustan con mi nombre, (no)*

*y de seguro no escondes un suspiro si me ves.*

*Yo sé que a ti te está fallando la memoria  
y a lo peor nuestra historia ya no cuelga de un tal vez.*

*Pero si todo sale bien ya no tendré más pesadillas, (no)  
ni raspadas las rodillas por rogar ante tus pies.*

*Y si te atreves a volver te acordarás sin que te diga,  
que nunca te olvidé.*

*Yo nunca ocultaré que fue mi error, porque yo me hice el sordo con tu voz y cuando me hizo  
falta ya no estaba...*

—La pensaba llevar al McDonald's —me dijo Dani una vez me vi dentro de su casa.

Mi móvil volvió a sonar y desvié la mirada, turbada todavía después de haber escuchado la canción que me había mandado Nacho.

Lo desbloqueé para poder leer lo que me decía, pues no habíamos parado de hablar desde que había escuchado la canción, estaba intentando que me explicara qué significaba todo aquello, pero Nacho no soltaba prenda y unas ganas inagotables de saber a qué venía ese tipo de canción y por qué le recordaba a mí, se apoderaron de mí.

—Muy bien, una vez al año no hace daño —le contesté a Dani distraída.

—Le pillaré el *Happy Meal* y a parte unos nuggets de pollo, le chiflan. ¿Te pasa algo? Estás... no sé, un poco ida, ¿no? Podrías venirte con nosotros.

—¿Al McDonald's? —pregunté.

Dani asintió con la cabeza y me miró de aquella forma capaz de convencer a cualquiera, después arqueó las cejitas, esperando mi respuesta.

—Pues...

¿Ir a comer? ¿Con Dani? ¿Los tres?

—Venga, no me hagas rogarte, rubia. Comemos y te vas —me dijo Dani.

—Venga, vale —dije entonces, pues podría aprovechar para preguntarle acerca de lo que pasó con Nacho, aunque bien podía salirme fatal la jugada, que todo podía pasar, y no andaba muy desencaminada.

—Moja, Carmen, moja la patata en el ketchup, verás qué buena —le pidió Dani tendiéndole una patata frita mientras con la otra mano sujetaba su gran hamburguesa.

Mi móvil sonó de nuevo, Nacho me recomendaba un libro de Carlos Ruiz Zafón. No, no le recordaba a mí, y menos mal, no podría con tanta incertidumbre por saber la razón.

Siempre he odiado aquella palabra, no me gusta no saber las cosas a ciencia cierta y dejarme llevar, así que lo cierto es que no sé cómo pude aguantar hace años la curiosidad por saber acerca de la salida de Nacho del grupo de amistades de Dani.

Supongo que fue porque tampoco éramos demasiado amigos, tan solo unos colegas que coincidían de vez en cuando, en el cine, en alguna fiesta, o en los cumpleaños de Dani o Víctor y que lo pasaban bien y reían juntos cuando aquello pasaba.

Eso y que Dani me tenía obnubilada con su pelo de punta y su carnet de coche recién aprobado.

Sonreí al leer el mensaje y tecleé después de limpiarme los dedos de salsa cheddar con la servilleta.

Carlos Ruiz Zafón era mi autor favorito y sí, era un delito que todavía me quedasen un par de libros suyos por leer.

*Marina* es el concretamente me estaba recomendando.

—¿Con quién hablas? —me preguntó Dani entonces, sacándome de aquella burbuja en la que solo parecíamos existir Nacho y yo.

—¿Qué? Con... nadie, es solo... Oye, Dani, ¿puedo hacerte una pregunta?

Hale, hale, alegría, de perdidos al río. Me lanzaba de lleno, ya vería después si el precipicio no era demasiado alto y la caída arriesgada.

Dani masticó el trozo de hamburguesa que se había metido en la boca después de hacerme la pregunta, tragó, bebió un sorbo de su refresco de cola y me dijo:

—Supongo. De paso me dices por qué estás tan rara.

—¿Qué pasó?

—¿A qué te refieres? —preguntó distraído, cogiendo una patata frita y metiéndosela a la boca, después cogió un nugget para Carmen y mojó la puntita en ketchup para dárselo.

Era un padrazo, joder, de verdad lo era y creo que era una de las cosas por las que le seguía teniendo ese cariño tan especial.

Sonreí al ver la imagen, pero pronto me obligué a contestar.

—¿Qué pasó con Nacho? —pregunté casi en un susurro.

Dani levantó la mirada y la pasó de su hamburguesa a mis ojos. Había algo en ellos que todavía no conseguía descifrar.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó. Se había puesto serio y tenía el entrecejo ligeramente fruncido.

—Me gustaría saberlo.

—¿Por? ¿Hablas con él o...?

—No, no —le mentí. ¿Por qué? No lo sé, lo prometo, a veces hago cosas que no tienen sentido, como comprobarás a lo largo de la lectura.

—Pues no lo entiendo.

—Nunca me lo dijiste, nunca le dijiste nada a nadie.

—Ni él tampoco.

—No, ni él tampoco —reconocí.

—¿Y ahora?

—No, no me ha dicho nada en ningún momento. Solo coincidimos a veces y comentamos cosas acerca de las clases, poco más —volví a mentirle.

Dani asintió, dejando la hamburguesa en su bandeja para limpiarse las manos con la servilleta a continuación.

—Mi profe *Naxo* mola mucho —comentó Carmen con la boca llena de ketchup.

—Come, cariño —la apremió Dani, cosa que me hizo contraer el ceño.

—¿Qué pasó, Dani? —insistí.

—No te dije nada en su momento y no pienso hacerlo ahora —dijo de malos modos.

—Pero ¿por qué te pones así? No lo entiendo.

—No hace falta que lo entiendas, Nere. No quiero hablar de eso y ya está. Deberías respetar esa decisión por mi parte.

Bueno, pues mi gozo en un pozo.

Caída peligrosa pero no lo suficiente como para rendirme; no obstante, tardaría un tiempo en

volver a hacer aquella pregunta, pues tenía cosas más importantes que hacer como, por ejemplo, seguir hablando con Nacho.

## Capítulo 14

Nacho se desternilló cuando le conté el desastre que tuve como cita y su risa logró contagiarme.

Fue poco tiempo, solo días... pero se había convertido en alguien importante para mí dentro de las cuatro paredes del colegio.

Un apoyo, supongo. Un amigo en el que confiar y con el que poder hablar de algo más que gráficas de evaluación, gomets, psicomotricidad fina, trazos y autonomía infantil.

Confesiones, risas, sonrisas ladeadas, miradas furtivas, cafés improvisados, conversaciones nocturnas.

¡Yo, usando el móvil para socializar! En la vida, querida.

Pero no me daba cuenta de cada pequeño cambio que hacía en mi vida y, por supuesto, en mi interior. No obstante, ahí estaban, y las sonrisas se escapaban de mis labios cuando, de repente, me acordaba de cualquier tontería que habíamos compartido en aquellos últimos días.

Y mis amigas me preguntaban si es que ya había encontrado a un próximo candidato a príncipe azul, porque tenía una cara de boba que no se me podía aguantar.

Y yo solo pensaba algo así como: «príncipe azul, no sé, solo es Nacho».

Y sí, podía solo ser Nacho, pero Nacho me hizo babear cuando le vi aparecer el día de la fiesta de Halloween.

Nunca había visto un Frankenstein tan espectacular, todo había que decirlo.

Aquel día fue especial, pues no se siguió la programación del proyecto educativo y, ¿cómo no? ¡Era Halloween! Y había que celebrarlo a lo grande.

Como ya sabes, presenté un escrito con actividades y dinámicas que podíamos hacer aquel día, adaptadas a cada curso y a cada edad. Un trabajazo, que no se diga.

Por no hablar de la decoración del colegio, un espectáculo.

Fantasmas hechos con sábanas viejas y bolsas de basura, esqueletos hechos de cartulinas blancas, calaveras y demás enseres que cada profesor tenía en casa, calabazas decorando las puertas y sombreros de bruja de cartulina negra por doquier, como arañas grandes y negras pegadas por las paredes de las aulas.

Por supuesto, mi disfraz de Morticia Adamms que no faltase, bien de rojo en los labios y con peluca negra. Le pedí a mi madre uno de sus vestidos negros y elegantes que tenía guardado en el armario y me calcé unas deportivas Nike porque, total, no se veían bajo el vestido.

Carmen quiso disfrazarse de calabaza y casi me la comí con patatas al verla tan pequeña y tan naranjita, con aquellos pies diminutos bajo el tutú del que se acompañaba el disfraz.

Varias actividades formaban la programación especial de Halloween, y el día comenzaba con la actividad de baile en el juego Just Dance, suerte que en Youtube estaban los videos, los cuales pusimos en el proyector de las aulas.

La banda sonora de *Los Cazafantasmas y Pesadilla antes de Navidad*, película que vimos más tarde, fueron el detonante para empezar aquel terrorífico día con verdadera ilusión.

Incluso algunos de mis alumnos, que solían ser más callados y reservados, se animaron a

mover el esqueleto.

Después de ver la película y almorzar, venía lo más divertido, algo en lo que todas las clases de preescolar de tres, cuatro y cinco años, se juntaban en el mismo patio, por lo que Nacho y yo estuvimos codo con codo junto a Marta, la tutora de cuatro años y las profesoras de apoyo.

Dos juegos súper divertidos y terroríficos nos esperaban en el patio, los cuales habían sido preparados por las profesoras de apoyo.

“En busca de los huevos del terror” y “¡Encuentra mis ojos!”

No sé si te puedes hacer una idea de la temática o las reglas de los juegos, pero igualmente te lo voy a contar todo.

El primero, “En busca de los huevos del terror”, era el mismo que el juego de encontrar los huevos pintados de Pascua, pero la temática era Halloween y estaban decorados con fantasmas, calabazas y calaveras. El objetivo era encontrar los máximos huevos posibles para después repartirlos entre todos.

Los niños se desvivieron buscando por el patio aquellos huevos de chocolate pintados con motivos horripilantes como si estuvieran bañados en oro y tuvieran un valor incalculable.

Corrían, saltaban, preguntaban, reían, competían y disfrutaban al máximo.

Pequeños vampiros, brujas, calabazas, esqueletos y payasos tenebrosos se esparcían por el patio aquí y allá al tiempo que gritaban emocionados.

Finalmente, cuando no quedó ningún huevo más para encontrar, cada uno se llevó un par que guardaron en su mochila.

Pero lo mejor fue el siguiente juego. “¡Encuentra mis ojos!” me puso en una situación que nunca llegué a imaginar.

Sigue leyendo, la cosa promete.

—¿Quién se atreve a ser el primero? —preguntó Nacho a sus pequeños de tres años.

Observé entonces a Carmen, con sus manitas juntas, sentada frente a Nacho, quien tenía una caja llena de espaguetis con tomate y ojos de juguete escondidos entre ellos.

Miraba con aprensión la mano de Nacho, quien había cogido un puñado de espaguetis, los cuales simulaban ser sesos.

Movía los dedos, amasando los espaguetis, y los pequeños más aprensivos hacían muecas, observando con recelo a su profesor.

—¿David? ¿Javier? ¿Sandra? —insistió.

—Yo quiero —dijo Lucas, uno de los míos.

Nacho lo miró y sonrió, contento.

—¿Estás seguro? ¡Da mucho asco! —dijo Nacho tendiéndole el puñado de espaguetis, el cual Lucas rechazó con sus manitas.

—De acuerdo, Lucas —le dije—, mete la mano y busca hasta encontrar algún ojo.

El pequeño me miró, desvió la mirada hacia el recipiente en el que se encontraban los espaguetis y después volvió a mirarme.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Sí, *seño*.

Asentí con la cabeza y le animé a que lo hiciera.

—¡Madre mía! —exclamó Lucas cuando tuvo la manita dentro de la pasta.

—¿Qué se siente, Lucas? —preguntó Mateo, otro de mis alumnos.

—¿Has tocado un ojo ya? —preguntó a su vez Mariló.

—¿Está suave?

—¿Huele mal?

—¡Qué asco! ¡Jamás metería ahí la mano!

Todo tipo de preguntas y exclamaciones llenaron el patio. Y cuando Lucas encontró el primer ojo, muchos de ellos se animaron también, por lo que se formó una fila de pequeños y pequeñas para meter sus manitas en los sesos de pasta y encontrar sus ojos.

Fue entonces cuando, sin esperarlo, Nacho se acercó a mí.

—¿Tú no te atreves? —me preguntó.

Todavía tenía el puñado de pasta con tomate en su mano y lo amasaba haciendo un ruidito bastante vomitivo y que te hacía pensar lo pegajoso que estaba aquel puñado.

Le miré a la cara, estaba demasiado atractivo vestido de Frankenstein, bueno, mejor dicho, del ser que creó el doctor Víctor Frankenstein.

—¿Estás de broma? No sé cómo puedes coger eso —le dije con aprensión.

Se rio a mandíbula abierta y a mí me volvió a dar un no sé qué, como la primera vez que le escuché reír, días atrás, después de tanto tiempo.

Se acercó a mí un tanto más, divertido.

—¿Qué haces? —le pregunté incluso asustada, me daba mucho asco aquella cosa, a pesar de que sabía perfectamente que era pasta con tomate frito.

Di un pasito atrás.

—¿Otra vez huyéndome? —me preguntó Nacho con una sonrisa.

Me reí yo también, nerviosa por lo que pudiera hacer en ese momento, que podía ser cualquier cosa.

Fue entonces cuando en un movimiento rápido me restregó los falsos sesos por la cara, partiéndose de risa.

—¡No! —exclamé al borde del colapso. ¿Cómo se había atrevido? ¿Cómo había sido capaz de mancharme toda la cara?

—¿A que no es para tanto? —me preguntó risueño.

Los espaguetis se despegaron de mi cara y cayeron al suelo de forma lenta, pero no todos, claro, algunos siguieron pegaditos a mi cara, toda manchada de tomate.

—Te voy a matar, Nacho Marín —le dije rabiosa.

Volvió a reírse, pero esta vez no me dejé encandilar por su risa y me acerqué al recipiente en el que los niños, por turnos y observados por las profesoras de apoyo, metían sus manos en busca de los ojos.

—Déjame un momento, Patricia —le pedí a una de mis alumnas.

—¿Qué vas a hacer, *profe* Nerea?

—¿Qué voy a hacer? —pregunté haciendo de tripas corazón y metiendo mi mano en el recipiente para coger un puñado—. Hacer que el *profe* Nacho se vaya directo a la ducha cuando salga de aquí.

Fue mala idea, mala en el sentido de que el hecho de que yo le devolviese la jugarreta, iniciara una pequeña batalla de sesos falsos.

Pero lo que nos reímos, incluidos los niños, quienes nos miraban atónitos y partidos de risa, no estaba pagado.

—¿Ves normal cómo me has puesto? —le pregunté en los aseos, mientras nos quitábamos toda la pasta que podíamos con papel higiénico.

—¿Y tú a mí? —le preguntó él a su vez.

Solté una risa.

—Encima te ríes... —dijo pasándose un trozo de papel por la frente, la cual tenía roja por el tomate.

—Ha sido divertido, ¿no crees? —le dije acercándome a él, con la peluca negra de Morticia en las manos, pues me la había quitado, ya que ya le habían caído unos cuantos espaguetis y si se me manchaba más me daría algo.

Mi pelo estaba recogido en un moño bajo algo despeluchado.

Nacho me miró, tenía la cara limpia de tomate, pero su maquillaje se había corrido y desaparecido en algunas zonas.

—Lo ha sido, sí —me contestó sonriendo, y se me quedó mirando unos segundos que a mí se me hicieron eternos.

—¿Qué? —le pregunté al fin.

—Tienes un... —acercó su mano hacia mí, dirigiéndola hacia mi cuello.

Con una leve caricia, despegó el largo fideo de mi piel y lo tiró al suelo.

—Oh, vaya... —comenté.

—No me extraña —dijo él para después tragar saliva, acercándose todavía más.

—¿A qué te refieres?

—No me extraña que Dani haya querido intentarlo contigo una y otra y otra vez... —susurró—. Eres...

Cerca, muy cerca, tanto, que su perfume invadía intensamente mis fosas nasales y hubiera podido contar sus pestañas.

Tragué saliva.

En aquel momento se repetía en mi cabeza la canción de La Sirenita que cantaba el cangrejo Sebastián en la escena en la que Ariel y el príncipe Erik, en su paseo en barca, estaban a punto de besarse.

*Shalalalala, ¿qué pasó? Él no se atrevió y no la besará.  
Shalalalaa, qué horror, qué lástima me da, ya que la perderá.*

Un paso más, solo un paso más. Nuestras caras ya estaban ladeadas y yo sentía dentro de mi pecho aquel deseo apremiante a la par que turbador de que me besara, de probar aquellos labios que no podía dejar de mirar en cada carcajada y en cada curva en forma de sonrisa.

Su respiración estaba acelerada, al igual que la mía.

Cerca, más cerca, a apenas un centímetro mis labios de los suyos.

Humedeció los suyos con la lengua y me sentí derretir.

Pero entonces...

*Toc, toc, toc.*

Parpadeé varias veces, confundida y con el corazón a mil.

—¡Joder! —exclamé sin querer, pues me salió del alma.

Nacho agachó la cabeza, como si estuviera avergonzado de lo que iba a hacer, y se rascó la nuca.

Acto seguido entró Marta.

—Lo siento, chicos, tardabais mucho —dijo.

Cerré los ojos con fuerza.

Boqueando, me había quedado boqueando como un maldito pez fuera del agua, como en aquella escena de la película *A 3 metros sobre el cielo* cuando Babi y Hache casi se dan su primer beso.

Tal cual.

Y encima había entrado Marta, no sé yo si vio algo o no, pero tampoco me importaba demasiado, en aquel momento sentía una vergüenza muy grande.

—Bueno, teníamos sesos por todas partes —dijo Nacho con una sonrisa.

Marta sonrió y asintió con la cabeza.

Por supuesto, ¿cómo ninguna chica iba a llevarle a Nacho la contraria con esa cara y esos ojos y...?

—Deberíamos volver —murmuró Nacho una vez Marta salió del aseo.

—Claro... —le contesté yo, turbada.

—Nerea, yo...

—Ahora, no, Nacho, estamos en el trabajo —le dije más seria.

No sabía dónde se había ido mi sentido de la responsabilidad en aquellos momentos, pero parecía haberlo recuperado. Bueno, sí lo sé, quizá en sus manos, en su boca... en esos ricitos castaños que me moría por enredar entre mis dedos.

Nacho parecía de otro planeta y quizá no me equivocaba.

## Capítulo 15

—Bien, sesión de dramas inaugurada —dijo Cayetana para después meterse una lonchita de jamón en la boca.

Era sábado por la tarde, justo al día siguiente de mi bochornoso casi beso con Nacho, y habíamos quedado las tres en El Museo del Jamón, en plena Plaza Mayor.

Nos encantaba ir a aquel lugar, pues, aunque toda Madrid siempre estaba llena de vida y de gente dispuesta a pasar un buen rato, la Plaza Mayor era de nuestros sitios favoritos.

—¿Quién empieza? —pregunté tras masticar y tragar una aceituna.

—Tú misma —dijo Alejandra.

—¿Yo? ¿Seguro?

—¡Claro! —exclamó ella quitándole importancia al asunto y bebiendo de su refresco de cola zero.

—No estás bebiendo cerveza —apunté mirándola con los ojos achinados.

—No, solo bebo cerveza cada mes cuando me llevo el disgusto —dijo refiriéndose al momento de su búsqueda de embarazo en el que se hacía el test y le daba negativo.

—¿Eso significa que...? —pregunté ilusionada, y Cayetana, tras mirarnos a una y a otra, se llevó las manitas a la boca.

—No, no —dijo ella haciendo movimientos con las manos—, todavía no.

—¿Te has hecho el test? —preguntó Cayetana.

—No —contestó Alejandra formando una perfecta “o” con sus labios.

Cayetana casi derramó su cerveza sobre la mesa al darle con la mano al vaso sin querer.

—Joder, me he puesto nerviosa —comentó cogiendo el vaso para estabilizarlo de nuevo, sin llegar a caer.

—¿A qué estás esperando? —le pregunté emocionada.

—Quiero esperar unos días más, que luego siempre me llevo la desilusión. A lo mejor me baja la regla por sí sola y mira, así me ahorro el test y el mal trago.

Cayetana y yo nos miramos.

—Yo me moriría por saberlo —comentó Cayetana.

—Y yo, Caye, pero esta vez prefiero esperar —le contestó Alejandra.

—De acuerdo, Ale, sabes que te apoyamos y Víctor también —le dije.

Alejandra sonrió y dio un traguito de su vaso.

—Eso sí, pienso comer jamón hasta que sepa el resultado —dijo soltando una carcajada.

Cayetana y yo nos contagiamos de su risa y subí mi cerveza en alto.

—Por la esperanza —dije, animándolas así a brindar conmigo.

Cayetana guiñó un ojo y subió su vaso también.

Por último, Alejandra la imitó, terminó de masticar la lonchita de jamón y dijo:

—Porque las tres encontremos lo que buscamos.

Chocamos el cristal de nuestros vasos y volvimos a dejarlos reposar sobre la mesa.

—¿Y bien? —preguntó Alejandra—. Caye, te toca.

—¿Yo? Yo... bueno, la verdad es que no tengo mucho que contar —dijo pasando el dedo índice por el borde del vaso.

Arqué una ceja, estaba mintiendo.

Cayetana, cuando mentía, perdía su toque mordaz en su forma de hablar.

—Súbete aquí y pedalea —le dijo Alejandra haciéndole una peineta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estás mintiendo, obviamente —dije yo, muy segura.

—Yo no digo mentiras —se defendió, aunque la noté nerviosa al instante.

Alejandra arrugó el entrecejo.

—Últimamente, sí. Algo nos ocultas, y lo sabes perfectamente —le dijo.

Cayetana se quedó blanca, pero ¿acaso se pensaba que no la conocíamos? ¿Acaso se pensaba que no íbamos a darnos cuenta de que estaba diferente?

—Bueno, yo... —titubeó.

—¿Qué pasa? ¿Es malo? —le pregunté preocupada.

—No, no... —Se tocó la frente con los dedos—. Es solo que...

Alejandra y yo nos miramos sin saber qué decir o qué pensar acerca de aquella situación, pues sí que era verdad que notábamos a Cayetana bastante rara, como aquel día en el que de repente se marchó del lugar en el que habíamos quedado porque “tenía que hacer cosas en casa”.

—¿De qué se trata? —le pregunté, instándola a hablar.

—Eso, ¿qué es lo que ocurre, Caye? —insistió Alejandra.

—Estoy... conociendo a alguien —dijo al fin, con la boquita pequeña.

«¿Cómo? ¿Cayetana, conociendo a alguien?».

Alejandra se llevó una mano a la boca, muy seria.

—Santa Vaiana... —murmuré muy sorprendida.

No era para menos, el amor para Cayetana era algo así como un aditivo alimenticio al que era

alérgica desde bien pequeña.

Cayetana nunca había tenido novio formal. Bueno, Cayetana nunca había tenido novio, que era distinto. Nunca se había enamorado porque decía que no creía en el amor, de ahí a que muchas veces me fuera molesta a mi casa después de nuestras quedadas, pues yo pensaba totalmente diferente acerca de ese tema.

Ya sabes, estaba en plena pesquisa de un príncipe azul del que realmente me daba miedo cerciorarme de que podía no existir.

Observé a Cayetana tragar saliva.

—Pero... —intenté decir.

—¿Quién es? —preguntó Alejandra por mí.

Las manos de Cayetana temblaron.

«Pero ¿qué le pasa?».

—Es...

—Oye, si no quieres compartirlo con nosotras, no tienes que hacerlo, ¿vale? Solo... solo queremos ayudarte. Te notábamos un poco rara y queríamos saber el motivo. Nada más —le dijo Alejandra posando una de sus manos sobre la de Cayetana.

—No es que no quiera, es que todavía no sé qué es lo que me está pasando ni lo que siento ni... —dijo haciendo aspavientos con sus manos temblorosas.

A punto de llorar, juro que estaba a punto de llorar. Y juro también que nunca la había visto así, ni siquiera en los años de universidad, donde una siempre cree que ha encontrado al amor de su vida.

En mi caso, fue rana. En el de Alejandra, por ejemplo, salió bien.

Pero Cayetana huía de las relaciones sentimentales como si fueran serpientes dispuestas a hacer que probaras la manzana, como Eva en el paraíso.

—Tranquila —le dijo Alejandra—, debe ser muy fuerte para que estés así. Si tú eres alérgica al amor. —Se rio y consiguió que Cayetana lo hiciera también.

—Tienes razón —le contestó ella, parecía que un ápice más tranquila—, pero él es...

Me eché hacia delante, interesada en lo que tenía que decir, porque lo cierto es que se le puso una cara de tonta que...

Levanté las cejitas repetidas veces, haciéndome la interesante.

—No me juzga, ¿sabéis? Es un chico sencillito que, además, tampoco mira que yo tenga dinero.

—Ajá.

—¿Dónde lo has conocido? —le pregunté, me hacía mucha ilusión todo aquello.

Cayetana hablaba de aquel chico como si fuera un príncipe azul para ella y deseé que así fuera, pues todas nos lo merecíamos.

—En mi casa —dijo agachando la cabeza.

Me eché hacia atrás, confundida, y Alejandra arrugó el ceño, supongo que en la misma situación que yo.

—¿Cómo? —preguntó.

—No entiendo —murmuré yo.

—A ver, Caye, cielo, no te ofendas, pero tu casa y tu familia, precisamente sencillas, no son. Y humildes tampoco, ya sabes —le dijo Alejandra.

Cayetana asintió con la cabeza, dándole así la razón.

Era cierto, el padre de Cayetana era uno de los hombres más ricos de Madrid, habiendo heredado años atrás una fortuna de unas acciones, por lo que Cayetana vivía entre algodones.

—Sí, es verdad, pero no os miento cuando os digo que lo he conocido en mi casa.

—Pero, no nos cuadra que...

—Es el jardinero —dijo agachando la cabeza y llevándose una mano a la frente.

—¿Que es el...? —intenté decir, pero las palabras no me salían.

Cayetana asintió.

—Empezamos a llevarnos mal, pero un día, una cosa llevó a la otra y...

Tanto los ojos de Alejandra como los míos se nos salían de las órbitas por la sorpresa.

—¿Y? —preguntó mi otra amiga, sedienta por saber.

—Pues que esa situación se repitió, él comenzó a tener interés en mí y yo en él y, ahora...

—¿Ahora qué?

—Pues eso digo yo, ¿ahora qué? Porque no sé ni cómo sentirme, ni cómo manejar lo que siento cuando estoy con él, ni cuando corta rosas para mí a sabiendas de que le puede caer una reprimenda por parte de mi padre...

—Claro, te da rosas porque como es jardinero —dije yo riéndome.

Mis dos amigas me miraron como si tuviera cuatro ojos en la cara y no dos como las personas normales.

—Perdón, es que estoy nerviosa... —me disculpé, después me llevé el vaso de cerveza a la boca para dar un sorbito.

Pues no sabía yo si aquella tarde era la oportuna para que llegase mi turno de contar mis dramas personales, pues no nos habíamos visto desde hacía bastantes días, y tenía para rato.

Cita con Félix, conversación con Dani acerca de Nacho, casi beso con Nacho...

Mucha tela.

«Eres tú el príncipe azul que yo soñé... La, la, la, la, la, la, la, la...».

¿Sabéis ese irritante sonido cuando la música se raya y vuelves a la realidad?

Lo sentí instantes después, cuando Alejandra me zarandeó de la manga del abrigo, pues estábamos en la terraza.

—Nere, que dice que es guapísimo y muy atento.

Parpadeé varias veces, volviendo a la realidad.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté, centrándome de nuevo en la conversación.

Cayetana se encogió de hombros, pero después se mordió el labio, reprimiendo una sonrisa sincera.

—¿Sabéis? Creo que, si siempre he renegado del amor, es porque he tenido miedo a enamorarme. Y también a que me hicieran daño. La gente suele juzgarme por mi manera de ser y mi manera de contestar, pero pocos saben que es mi escudo, mi manera de protegerme. Y él...

—¿Él...?

—Él ya sabía cómo era. Joder, chicas, me ha estado sirviendo... sirve en mi casa, trabaja para mi padre... Y a pesar de eso, a pesar de saber cómo soy y de saber cómo es mi carácter. No sé cómo, pero se acercó a mí, y me dejó conocerle y quiso él también conocerme a mí. Y no me juzga.

—Pero ¿cómo sabes que no quiere tu dinero? —le preguntó Alejandra.

He de reconocer que la magia del momento se apagó un tanto, pues la ilusión con la que estaba hablando Cayetana y la nostalgia reflejada en su rostro al hacerlo, desapareció, dejándola seria de nuevo.

—Porque es el chico más humilde y más sencillo que he conocido nunca. Y porque me lo ha dicho —le contestó, diría que un poco molesta.

—Di que sí, Caye —la animé—. Los príncipes azules sí existen.

—Siento... —tragó saliva —siento todas las veces que te hice no creer en el amor, Nerea. Lo

siento de veras, supongo que lo hacía porque yo nunca lo había experimentado o, porque por miedo, no me había permitido hacerlo.

Sonreí.

—Entonces, ¿te has enamorado de él? —le preguntó Alejandra atónita.

Cayetana se mordió los labios, después se llevó las manos a la cara, juntas las palmas una con otra, reposándolas sobre su nariz.

—No lo sé, solo sé que esto nunca lo había sentido. Jamás.

—¿Qué sientes? —le pregunté emocionada—. ¿Qué sientes cuando estás con él?

Cayetana me miró, dio un trago a su cerveza, sonrió y se arrancó a hablar:

—Pues... no lo sé, creo que siento un cosquilleo aquí —se señaló la boca del estómago—, que casi no me deja respirar cuando lo encuentro por los jardines y sus ojos se centran en los míos. Y mi corazón late muy rápido, tanto que parece que vaya a explotar. He sentido nervios muchas veces cuando subo al escenario, los días que tengo recital de piano, pero nunca ha trotado tanto mi corazón.

—Uy, uy, uy... —dijo Alejandra cogiendo una aceituna — esto es muy grave, querida. ¿Tienes fiebre?

Alejandra colocó una mano sobre la frente de Cayetana, riéndose.

—¡Tonta! ¡Para! No tengo fiebre, estoy segura de eso. Solo sé que he de dejarme llevar, no quiero que esto termine, pase lo que pase.

Abrí la boca por la sorpresa después de escuchar todo.

«Así precisamente es como me siento yo cuando estoy con Na...».

—Bueno, bueno, bueno —dijo Alejandra, arrebatándome aquel pensamiento de la cabeza —, esto merece otro brindis.

Levantó su vaso y las demás la imitamos.

—Por el jardinero —dijo Alejandra, haciendo reír a Cayetana.

Volvimos a brindar y fue entonces cuando me puse nerviosa, pues me había cerciorado de algo que había querido evitar a toda costa y, cuando había pasado porque en el fondo era inevitable, no había querido reconocer.

—Nena, te has quedado lela —me dijo Alejandra pasando su mano ante mis ojos.

—Es que tengo un problema —les confesé, de repente sentía mucha desazón en mi interior.

Bueno, creo que era desazón, aunque aquella sensación me oprimía de pronto tanto el pecho, que ya no sabía qué pensar al respecto.

—¿Un problema? ¿Cuál? Venga, es tu turno —me animó Cayetana.

—No, no, chicas, he de irme. Tengo que recoger a Carmen de casa de Dani y he de hacer una cosa.

—¿Qué dices? —preguntó Alejandra.

—Tía, va en serio —le dije súper agobiada—, tengo que hacer una cosa. Os prometo que os contaré todo, que no es poco, pero no ahora.

Saqué de mi cartera un billete de diez, lo dejé sobre la mesa, volví a guardarla en el bolso de nuevo y, después de recolocarme el abrigo y todo lo demás, me despedí de mis amigas.

Algo me había ocurrido, una fuerza sobrenatural o algo así corría por mi interior abrasándolo todo.

Las palabras de Cayetana habían hecho mella en mí y necesitaba comprobar, contra todo pronóstico, lo que había querido evitar por encima de todo.

No obstante, tenía la fórmula perfecta para llegar a aquella conclusión, aunque me diera miedo.

Saqué mi teléfono móvil del bolso y escribí aquel mensaje que lo cambiaría todo:

*¿Te viene bien vernos al final?*

## Capítulo 16

Caminaba a paso rápido mientras esperaba su respuesta. Era un chico perfecto, por lo tanto, la prueba perfecta y definitiva.

Es posible que él fuera mi príncipe azul, solo tenía que comprobarlo, aunque tenía claro que no me hacía falta ninguna calabaza convertida en carroza, ni una manzana que morder, ni una rueca con la que pincharme y caer en un sueño profundo del que despertarme con un beso de amor; tampoco me hacía falta perder mi voz y cambiar mi cola por unas piernas, ni enfrentarme a un poderoso hechicero para salvar Madrid como Jasmine hizo con Agrabah, ni siquiera un zapato de cristal como pista para que mi príncipe me encontrara.

Una cita, solamente necesitaba una cita más, y el elegido era Jesús, un chico demasiado perfecto que conocí en Tinder, porque Félix no me había quitado del todo la ilusión.

Me parecía muy interesante, divertido y conectábamos. Era rubio y alto, con ojos azules. Con él era el único, además, que había hecho video llamada por WhatsApp.

Era escritor, imagínate... sensible, educado, inteligente...

Mis pies caminaban todo lo rápido que podía y, la verdad, ni siquiera sabía a dónde iba, solo necesitaba andar y andar y andar.

Obviamente, no tenía que recoger a Carmen en ningún momento, aquello había sido una excusa que había puesto a mis amigas porque, de no haber dicho aquello, estoy segura de que no me hubieran dejado marcharme de allí.

Mi móvil entonces vibró en mi mano derecha, donde lo apretaba con fuerza, tornándose así mis nudillos blancos.

Tecleé rápido el código de desbloqueo y leí el mensaje.

*Hola, guapísima, me he organizado para trabajar hoy durante todo el día.  
¿Te apetece que vayamos mañana a pasear al Parque del Retiro?*

«Bien, Nere, tranquila. Casi mejor, porque ahora mismo no estás para citas».

Suspiré, aflojando mi rápido paso y los latidos de mi corazón se volvieron más lentos, bajando así mi nivel de tensión.

«Las cosas de palacio van despacio, sobre todo con los príncipes».

Mi subconsciente tenía toda la razón del mundo, por lo que frené en seco y me senté en un banco de una calle cualquiera.

Leí de nuevo aquella contestación a la que todavía no había respondido.

*¿Estás bien?*

Jesús insistió al ver que estaba en línea, pero no le contestaba. ¿Ves? Por eso no me gustaba nada estar con el móvil, había demasiada presión en hablar, en responder... no sé. Además, me

parecía muy frío, de ahí a que me gustara más una llamada de teléfono o una video llamada en la que podías escuchar la voz de la persona e incluso verla.

Tragué saliva y comencé a teclear.

*Me parece genial y un plan estupendo.  
Nos vemos mañana por la mañana. A las 10:00 en el Parque del Retiro.  
Hasta mañana. Besitos.*

Ya estaba hecho. Añadí al final de aquellas palabras un emoticono de un corazón azul, mi color favorito, y guardé el móvil de nuevo en el bolso.

Después me levanté del banquito y caminé, más tranquila, hasta la parada de metro más cercana.

Volvería a casa, me daría un baño y me relajaría. Utilizaría lo que quedaba del sábado para auto cuidarme y regalarme ese tiempo que siempre me faltaba entre unas cosas y otras.

Y eso hice, dejé el bolso en cualquier lugar nada más entrar, me quité los zapatos y la ropa y llené la bañera, a la que añadí una bomba de espuma de fresa que la inundó de color rosa en pocos segundos.

Me hice un moño en lo alto de la cabeza y cogí un botellín de cerveza del frigorífico.

Metí las piernas con cuidado en el agua calentita y me relajé cuando me sumergí del todo.

El botellín reposando en el borde de la bañera, sujetado por mi mano derecha, una ensalada preparada esperando dentro del frigo, una vela de vainilla sobre el wc, el agua de color rosa y con olor a fresa calentando mi piel, mi pierna derecha rozando con la izquierda, paz y, en mi mente, solamente las ganas de que llegara el momento que más esperaba, aunque un nombre lo nublara todo. Plan de sábado.

## Capítulo 17

El domingo amaneció soleado a pesar de que el fresquito ya se notaba en el ambiente, por lo que me enfundé en unos pitillos vaqueros y unas deportivas blancas a juego de un jersey finito de lana y una chaqueta vaquera.

Jesús no tardó en llegar, siendo perfectamente puntual, ya que yo había llegado un poquito antes.

El pulmón de Madrid resplandecía bajo los rayos del sol. Siempre me había gustado mucho aquel lugar. Era grandísimo y se podían hacer tantas actividades diferentes...

Solía llevar mucho a Carmen allí desde que era un bebé para que le diera el aire más puro y el sol.

—Hola —me saludó Jesús sonriendo como un bendito. Sus dientes blancos parecieron brillar con la claridad de la mañana.

Tenía una sonrisa muy bonita.

Llevaba puestos unos pantalones vaqueros, unos zapatos de vestir marrones, bufanda marrón a cuadritos y... ¡Un jersey verde!

Dios, odiaba el verde... lo siento, sé que representa la esperanza, pero a mí de nunca me ha gustado ese maldito color.

Lo odio, lo odio mucho, me da no sé qué...

—Hola, Jesús, ¿qué tal? —le saludé yo también sonriendo.

—Estás muy guapa, Nerea. Estoy un poco nervioso, la verdad —me confesó mirándome fijamente y de forma sincera con sus ojos azules.

—¿Nervioso?

«Nerviosa, yo, cariño, que estoy poniendo a mi corazón a prueba ahora mismo».

—¿Comenzamos el paseo? —me preguntó a su vez sin responder a mi cuestión anterior.

—Claro, empecemos.

Nuestro paso era lento y calmado, parecía como si la paz que se respirara en aquel lugar nos hubiera contagiado.

—Y...

—¿Sí?

—Estoy nervioso porque la verdad es que tenía muchas ganas de verte —me confesó.

Le miré y le sonreí.

Me sacaba dos cabezas, para mí la altura perfecta, igual que Nacho.

Zarandé la cabeza y me reprendí mentalmente.

«Céntrate, por el amor de Hércules».

—Vaya, yo también. Siento si lo de ayer fue un poco precipitado. ¿Qué tal llevas tu libro?

Jesús se rio.

—Tranquila, no pasa nada. Mi trabajo es un poco sacrificado. ¿Crees que me apetecía más quedarme a escribir que verte a ti? —me pregunté, después se humedeció los labios.

«Dios, es guapísimo».

—Pues... no lo sé, dímelo tú —le dije bajando la cabeza, avergonzada.

Llegamos entonces al Estanque Grande, que ofrecía diferentes actividades, tales como barcas de remo, barcos, aula solar y la Escuela Municipal de Piragüismo, dirigida a niños y jóvenes.

—¿Damos una vuelta en barca y te lo cuento? —preguntó de pronto, con la diversión reflejada en sus ojos, cosa de la que me di cuenta cuando levanté la cabeza de nuevo para mirarle.

—No sé nadar, ¿sabes?

Soltó una carcajada que me hizo cosquillas en el estómago. No obstante, no llegaba a ser una vibración.

Tragué saliva.

La risa era una de las fases de aquella prueba y no la había superado. No obstante, quedaba mucha cita por delante y la estaba disfrutando.

—Lo digo en serio.

Jesús volvió a reír.

—Das por hecho que la barca va a volcar antes incluso de montarnos —apuntó.

—No, yo no he dicho eso.

Jesús hizo una mueca graciosa que me hizo soltar una pequeña carcajada al tiempo que llegamos a la zona de las barcas, en las que no tuvimos que esperar nuestro turno, pues no había cola de gente esperando.

«Ay, Dios mío...», pensé nada más tener delante la barca, en la que Jesús ya se había montado.

—¿Confías en mí? —me preguntó Jesús, tendiéndome la mano desde delante.

Pues, oye, igualito que Aladdin cuando le pregunta lo mismo a Jasmine desde la alfombra mágica.

Asentí con la cabeza y agarré su mano, ayudándome así a subir a barca.

—Oye... esto se mueve mucho, ¿no?

—Tranquila, es porque tus piernas tiemblan —me dijo al tiempo que me sentaba en la barca, sin soltarme de su mano ni un solo momento. Después posó las palmas de sus manos sobre mis muslos, estabilizándose las piernas, que me temblaban como flanes.

Sus manos estaban cálidas y me dieron cierta seguridad. Eran grandes y de finos dedos, las llamadas de pianista, por su elegancia y finura.

Tragué saliva cuando las sentí sobre mis piernas a través de la tela de mi pantalón.

—¿Bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, sí, todo bien, gracias —le contesté un tanto avergonzada por ese tonto pánico que se había apoderado de mí.

Solo era una barquita y, aunque no supiera nadar, no tenía por qué volcar.

Sí, confiaba en Jesús, y no tenía por qué pasar nada malo.

Poco a poco, con el vaivén del agua y el suave balanceo de la barca, comencé a relajarme.

Intenté respirar profundo y disfrutar del paisaje, del paseo y de la compañía.

Jesús remaba hacia atrás, sentado frente a mí.

—Yo no te veo tan mal, ¿eh? —murmuró risueño.

Sonreí, enseñándole los dientes.

—Es que no estoy mal, estoy disfrutando. Lo estoy pasando bien.

—¿Sabes que tienes una sonrisa preciosa? —me preguntó, haciendo fuerza con los brazos hacia atrás para mover la barca.

—¿Y tú sabes que eres un galán de pico de oro? Eres escritor, sabes hablar y tienes labia. ¿Pretendes que me lo crea? Has de contestarme a la pregunta que te he hecho antes.

—Cierto —dijo parando de remar—, lo hago ahora mismo, pero antes quiero explicarte algo.  
Arqueé una ceja.

—¿Y eso? ¿De qué se trata?

La barca dejó de moverse, estabilizándose en las tranquilas aguas del estanque.

—Me da rabia, ¿sabes?

—¿El qué?

—A veces me siento juzgado por ser escritor.

Levanté las cejitas, no entendía de qué me hablaba.

—¿Juzgado? —pregunté interesada.

—Sí, es como... por motivo de que me dedico a escribir y, encima, novelas románticas, sé hablar y decir cosas bonitas, tal y como me has dicho, pero eso no quiere decir que sean mentira y que no las sienta de verdad.

—No, claro que no.

—Muchas veces me ha pasado, dar una imagen de alguien que no soy.

—Y, ¿cómo eres, pues? —le pregunté.

—Soy lo que ves, Nerea —dijo acercándose más a mí.

Tragué saliva.

Estaba cerca y era magnético. Su proximidad llegó a ponerme nerviosa. Esa cara no podía ser más guapa y vestía tan bien...

Encima era inteligente y sincero.

Bueno, ese jersey verde era un hándicap, de verdad.

—¿Sabes que odio el color verde? —le pregunté con picardía.

Acto seguido y de forma automática se miró el jersey.

Se rio y dijo:

—Y será verdad.

—Por supuesto.

—Eres de lo que no hay, Nerea. No querrás que me lo quite aquí en medio, ¿verdad? —preguntó haciéndose el interesante—. No voy al gimnasio ni nada de eso, pero... tampoco estoy tan mal para ser sedentario, siempre rodeado de libros y papeles.

Solté una carcajada y fue sincera. Me había hecho reír y me lo estaba pasando muy bien.

Por supuesto, no quería que se quitara ese horrible jersey allí en medio, pero sí quería bajar de la dichosa barquita ya, aunque me encontrara a gusto.

Como la tierra firme no había nada, al menos para mí.

—¿Tomamos un café? —le propuse—. Mientras, me pienso lo del jersey.

Le guiñé un ojo y Jesús volvió a coger los remos al tiempo que negaba con la cabeza sonriendo.

Me sentía rara, esa es la verdad. Abracé la taza de café humeante con mis manitas. Estábamos a la sombra de una sombrilla en una de aquellos barecitos que había por allí y podíamos observar a la gente que hacía deporte en las zonas de césped o que corría por la arena.

Me sentía muy a gusto en su compañía, mucho, y de momento no había habido silencios incómodos entre nosotros.

—Así que, preferías verme a mí en vez de quedarte a trabajar —le dije volviendo al tema de antes.

Después di un sorbo de mi café que, por cierto, estaba delicioso.

Él asintió con la cabeza, pasando el índice por el borde del pequeño vaso de su café solo.

Me encantaba el olor a café, no obstante, en aquel momento no me pregunté cómo sabría su boca después de darle un trago al suyo.

Me limitaba a mirarle a los ojos y no a la boca, a diferencia de él, quien no podía evitar, en ocasiones, que sus ojos se desviaran hacia mis labios.

—Por supuesto, pero he de tener disciplina con mi trabajo. Ponerme un horario, cumplirlo, ser constante...

—Claro, entiendo, como si tuvieras un horario en un trabajo fuera de casa.

—Eso es —dijo asintiendo con la cabeza—. Me quedé con las ganas, la verdad.

—Bueno, pero, ahora estamos juntos. Estamos aquí, tomando un café, mirándonos a la cara, pasando un rato agradable.

Jesús se rio.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sonriendo yo también.

—Nada, que tú también tienes un pico de oro —me contestó con una sonrisa ladeada.

Una sonrisa ladeada que tampoco me hizo click dentro de primeras.

—¿Eso es malo? —le pregunté, divertida.

Bebió el último trago de su café, apurándolo.

—Para nada —dijo echándose hacia delante, poniéndose más cerca de mí y haciendo que admirase más de cerca sus ojos—, me encanta que estés a gusto conmigo y que lo estés pasando bien.

En aquel momento sí miré sus labios. Después subí la mirada a sus ojos, en ese instante posados en mis labios.

Supuse entonces que había llegado el momento, pues él ladeó la cabeza y yo, de forma involuntaria, me aproximé más a su rostro.

Sus labios no tardaron en entrar en contacto con los míos. Eran suaves, pero no tan mullidos como esperaba. Acarició los míos y dejó espacio para que su lengua entrara en mi boca de forma suave y placentera.

Su mano derecha acarició mi cara y el beso se intensificó.

Sabía a café y el sabor no me desagradaba, no obstante...

Mi corazón.

Solo tenía que hacerle caso, escucharlo, pero mis latidos ni siquiera habían incrementado su intensidad, y mucho menos iban desbocados dentro de mí.

Abrí los ojos y contemplé los de Jesús, cerrados mientras seguía besándome.

Estudí mi respiración, la cual tampoco se había acelerado.

Atrapé su labio superior entre los míos y no tardé en separarme de él.

La expresión de su cara era relajada y parecía satisfecho.

Cuando abrió los ojos, observó la mía y entonces observé la decepción.

Tragó saliva y nuez subió y bajó. Chasqueó la lengua contra su paladar y volvió a su posición inicial.

Me sonrió tristemente.

—Dime la verdad, Nerea.

Me tapé el ojo derecho con esa misma mano, acariciando así mi ceja, al tiempo que resoplaba.

—No es...

—Ya... —sonrió sarcástico—. No eres tú, soy yo... pero el que pierde aquí, soy yo, ¿verdad? ¿Cuál es el problema?

—No, tú no... Tú eres... Dios, eres perfecto, Jesús, te lo prometo. Bueno, el jersey verde... Aun así, lo eres, pero...

—¿Pero?

«¿De verdad te ha hecho falta besar a otro y de alguna manera utilizarle para darte cuenta de la realidad?».

—Dime, Nerea, por favor. ¿Pero?

Suspiré, intentando infundirme valor a mí misma.

—Pero —Jesús me animó con la mirada— no eres Nacho.

Al pronunciar su nombre, sin embargo, mi corazón dio un vuelco, y fue tan fuerte, que me llevé una mano a la parte izquierda de mi pecho de forma automática.

Jesús observó aquel gesto.

—Entiendo —murmuró, aunque no había acritud en su tono de voz.

—Jesús, yo...—le dije un poco agobiada.

No obstante, ahí tenía la solución que quería, ahí tenía lo que estaba buscando.

—Nerea, ¿sabes qué? —me preguntó entonces.

Parpadeé varias veces, un poco perpleja.

—¿Qué? Dime.

—Que ese Nacho tiene una suerte muy grande, porque eres fantástica —dijo levantándose de la mesa.

—¿Dónde vas? —le pregunté, aterrada por un instante.

—Creo que necesitas estar sola —dijo acercándose a mí para depositar un tierno beso en mi mejilla.

Y se marchó. Jesús se marchó sin más, aceptando una derrota que, supongo, no se esperaba.

Pero no me quedé sola, me quedé con mi corazón, que no era poco.

## Capítulo 18

Me creerías si te dijera que aquella noche soñé con Nacho, ¿verdad?

Ya, lo suponía. Suponía que sí, porque, aunque me costó darme cuenta de todas las señales que iban apareciendo en mi camino para indicarme que me estaba pillando bastante por él, me costó entender lo evidente que era.

Y no, no te esperes un sueño tórrido de esos que serían propios de Cayetana. Además, ella sería la típica que contaría todo lo que sucedía en el sueño de pe a pa.

No, no era un sueño tórrido ni tampoco uno romántico en el que todo era magia y purpurina.

Era uno extraño, más bien de terror. Al menos, hizo que me levantara como un resorte del colchón, con el cuello y la frente perlados de sudor.

En el sueño le pedía a Nacho que hablase conmigo, le escribía un mensaje en el que le decía que necesitaba hablar con él y Nacho accedía.

No obstante, cuando lo tenía delante y conseguía que mis palabras nacieran de una maldita vez de mi garganta, Nacho se alejaba de mí. Así, sin decir nada, a cámara lenta, hacia atrás, como si tuviera una cuerda enganchada a la espalda que lo alejaba de mí continuamente y sin que yo pudiera evitarlo.

Yo gritaba su nombre, le llamaba destrozándome la garganta por dentro, pero Nacho me miraba sin verme o, al menos, eso parecía, pues sus ojos estaban huecos, sin vida, sin ningún tipo de expresión que pudiera darme una pista de lo que estaba sintiendo en aquel momento, después de decirle que me gustaba. No, no me gustaba, estaba consiguiendo que le quisiera, que mi corazón batiera contento dentro de mi pecho cuando le veía.

Aquello me desesperaba todavía más. El silencio, que no dijese ni una palabra.

Caía de rodillas y me las rasgaba con el asfalto de una carretera cualquiera. Era de noche y hacía frío, pues salía vaho por mi boca en cada grito pronunciando su nombre.

Se alejaba por mucho que corría tras él, después de volver a ponerme en pie. Se marchaba lejos de mí, de mis abrazos, de todo el amor que podía entregarle, de todos los besos que podían ser testigos de ello.

Y aunque mis piernas estaban cansadas y ya no daban más para seguir corriendo, sacaba un último impulso y continuaba con la esperanza de poder coger su mano y retenerlo hasta escuchar una respuesta a todo lo que le había dicho.

No obstante, Nacho siguió en silencio mientras yo corría tras él.

Hasta que, poco después, cuando me encontraba a punto de desfallecer, Nacho sí dijo algunas palabras, las cuales me hicieron frenar en seco y caer de rodillas de nuevo, ante él.

*Lo que nos separa es la cuerda del tiempo, que no espera por nadie, ni tampoco por ti.*

La cuerda del tiempo, que me alejaba de él, de una oportunidad para los dos de llevar a cabo algo que ni siquiera sabíamos que existía dentro de nosotros.

La cuerda del tiempo, que no me iba a esperar, me había dicho.

¿Qué significaba aquello? ¿Que si decidía hablar con él después de aquella cita con Jesús, llegaría tarde?

¿Por qué diantres no le besé en aquel baño? ¿Por qué no estampé mis labios contra los suyos?

¿Por qué no me atreví si mi cuerpo reaccionó ante su cercanía?

¿Por qué...?

Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta totalmente seca.

Me sequé el sudor de la frente y me pasé la mano por el cuello, también lleno de sudor.

Lamenté entonces no estar durmiendo con Carmen, al menos no me sentiría tan sola, porque con Carmen lo tenía todo. Por si te lo preguntas, el domingo por la tarde fui a recogerla a casa de Dani, pero me pidió que se la dejara aquella noche también, pues al día siguiente, su madre quería llevarla al cole, por lo que acepté.

Miré el reloj y marcaba las seis de la mañana, pronto amanecería y otro día comenzaría y, como tantas veces me había repetido mi madre durante toda mi vida, el día se determinaba por cómo nosotros nos tomáramos las cosas y nuestra actitud.

Supe en ese instante que ya no podría dormir, por lo que me levanté y me di una ducha con la intención de destensar los músculos de mis cervicales, los cuales masajeeé con el gel corporal, de arriba hacia abajo.

Me quedé un buen rato debajo del chorro de la ducha, sintiendo el agua mojar mi cuerpo y calmar mi sistema nervioso.

Nunca pensé que buscar príncipe azul fuera a afectarme tanto mentalmente o, quizá no fuera para tanto y era yo que, con el maldito sueño, lo veía todo negro. Sí, negro, como mi futuro con Nacho si seguía negando lo evidente.

Si hay una verdad universal en esta vida es la de que con el estómago lleno se piensa mejor y se toman mejores decisiones, pues con mi café con leche en una de mis tazas favoritas, la de la serie *Friends*, concretamente, decidí enfrentarme a mis miedos y, tal y como sucedía en el sueño, mandar aquel mensaje a Nacho.

Solo esperaba que no terminase de la misma manera, pero la parte racional y positiva de mi cerebro me decía que el que no arriesgaba no ganaba y que el sueño no tenía por qué hacerse realidad.

*Me gustaría hablar contigo*, escribí casi de forma atropellada en el teclado del móvil. Después lo dejé sobre la mesita baja del salón y me dediqué a limpiar esa estancia para distraerme hasta que se me hiciera la hora de irme al trabajo y no darle más vueltas a la cabeza.

No obstante, en cuanto escuché el sonido de un mensaje de WhatsApp entrante, di un respingo sobre mí misma y mis pulsaciones se aceleraron.

Corrí hacia la mesita, tropezándome con la aspiradora incluso, y cuando por fin tuve el aparato entre mis manos, me di cuenta de que estas me temblaban.

«Cual colegiala hormonada, chica, de verdad», me recriminó mi subconsciente.

*¿Del beso que no me diste o de la cita que tuviste ayer?*, me escribió, y tuve que quedarme pálida en escasos segundos, porque noté cómo la sangre se me iba de la cara y un escalofrío me recorría la espalda.

*Supongo que, de las dos cosas*, le contesté con el corazón en un puño, preguntándome cómo se había enterado de que tuve la cita con Jesús.

*Seré todo oídos, entonces*, me contestó de forma escueta.

Pensé entonces que el lunes había empezado regular, pero lo que no me imaginaba es lo que me esperaba al llegar al trabajo.

## Capítulo 19

No voy a mentir, pensar en verle me ponía de los nervios y no de la forma que estás pensando, que también, lo único que en aquellos momentos lo que más me preocupaba y hacía que me hiciera *cacota*, era ponerme frente a él y tener aquella conversación que tanto nos debíamos.

Sentía un batiburrillo de sentimientos y emociones dispares dentro de mí.

Anhelo por volver a ver a Carmen después de todo el fin de semana sin ella.

Nerviosismo por la conversación pendiente con Nacho, expectación por saber cómo acabaría todo, ganas de volver a verle y tenerle delante después de haberme cerciorado de que todas las citas que tuviera desde el momento en el que besé a Jesús y deseé que sus labios fueran los de Nacho, no funcionarían por muchas papeletas que tuviera el pretendiente para ser un príncipe azul excepcional.

Y no funcionarían simplemente porque no se llamarían Nacho ni se apellidarían Marín.

Así, sencillito. Lo parece, ¿verdad? Pues díselo a mi estómago, que más revuelto no podía estar, por lo que pasé el día entre retorcijones y con las palmas de las manos sudaditas cada vez que pensaba en ese momento.

A Carmen la recogería mi madre, como siempre, pues yo solía quedarme una horita más en la sala de profesores, adelantando trabajo o preparando actividades para el día siguiente.

Sabía que lo encontraría allí, sabía que allí volveríamos a vernos.

Y no me equivoqué.

—Hola, rompecorazones —me saludó sin acritud, aunque más serio de lo habitual.

Tragué saliva.

—Vaya, ese apodo no me halaga nada de nada, la verdad.

—Pero te hace justicia, creo —dijo sentándose a mi lado, en una silla.

No había nadie en la sala de profesores en aquel momento, y dudaba que alguien apareciese, pues era la hora de comer y los que comían en el centro educativo ya se encontrarían en el comedor.

Le miré, seria, sin decir nada porque, ¿qué narices le podía decir respecto a eso? Cerré mi cuaderno, en el que estaba apuntando cosas relacionadas con el material escolar.

—Nacho, yo...

Pero él me hizo un gesto con la mano para que guardase silencio. Le hice caso y asentí, dándole espacio para que dijera aquello que fuese a soltar por su boca.

—Primero, quiero que sepas que si sé lo de tu cita de ayer es porque te vi., estaba paseando precisamente por allí. Tampoco tienes la obligación de ponerme al día de cada movimiento que haces. Solo... me chocó, nada más. Más que nada porque...

Abrí los ojos por la sorpresa y ahora fui yo la que quiso parar su verborrea posando una de mis manos sobre su brazo.

—Necesito hablar contigo de forma urgente —le dije de forma rápida. Dios, si no lo soltaba moriría allí mismo por atragantamiento de mis propias palabras.

Él arqueó entonces una ceja.

—De acuerdo, dime.

—Era una prueba —le dije.

—¿Cómo? —preguntó sin entender demasiado bien a qué me refería, y no me extrañaba.

—No pensaba tener esa cita, al menos no tan pronto, y más después de lo que me pasó en la

anterior, ya sabes —le dije recordando aquel horror de encuentro con Félix, del que Nacho estaba al tanto porque solíamos compartir muchas cosas, aunque eso tú ya lo sabes.

Soltó una risita.

—Supongo que el aliento debía olerme igual que a ese Félix el otro día —comentó haciendo una mueca.

—Espera —hice un gesto con las manos para pedirle calma ante aquello, todo a su tiempo—, de eso también tengo algo que decir.

Nacho asintió, guardando silencio y dándome ese espacio para que continuara hablando.

—Como te he dicho —continué un poquito más tranquila—, era una prueba.

—Pero ¿una prueba para qué?

—Tenía que comprobar una cosa. Jesús era perfecto, ¿sabes?

Lo observé agachar un poco la cabeza.

—Supongo que por eso seguirás quedando más veces con él —murmuró, y yo negué con la cabeza, haciendo que él arqueara las cejas, sorprendido.

—¿Por qué?

—Tenía un pero, una tara, un hándicap.

Nacho asintió.

—¿Cuál es?

—Que no eras tú.

Fue entonces cuando sus ojos se tornaron redondos por la sorpresa y tragó saliva.

—Yo también quería besarte aquel día, en el baño —le solté por fin, exhalando todo el aire que sin querer había estado reteniendo en mis pulmones.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Sí. Bueno, no... no sé si es lo correcto, no sé si estoy haciendo las cosas bien y si voy a equivocarme. Tampoco sé si eres mi príncipe azul, pero...

—Eh, eh... frena, ¿vale?

Asentí con media sonrisa al tiempo que lo miraba a los ojos.

Juro por todas las Barbies del mundo que me parecía el tío más guapo del universo en aquellos momentos.

—Pero, dime algo, por favor.

—¿Qué quieres que te diga? —me preguntó.

—¿He llegado tarde? Claro, si es que la cuerda del tiempo tenía razón... —dije llevándome las manitas a la boca y dejando de mirarle.

—¿La cuerda del tiempo? Oye, no sé de qué me hablas... pero no has llegado tarde —dijo, y acto seguido le miré de nuevo. Me cogió una de las manos y una corriente eléctrica me recorrió la piel cuando lo hizo—. Tú nunca llegarías tarde.

Así era Nacho, te dejaba sin palabras, pues siempre tenía la coletilla perfecta para terminar cada frase.

—¿Eso significa que...?

—Eso significa que no he podido dormir en toda la noche pensando que te había visto besarte con alguien que no era yo, Nerea. Y que ha llegado un punto en el que creo que no podría soportar que me contaras las aventuras que vives en cada cita.

Tragué saliva.

«Dios mío de mi vida».

—Así que, bueno, tenía que intentarlo y te he traído esto —dijo sacando un sobre blanco del maletín que traía todos los días a trabajar en el que, suponía, guardaría su ordenador portátil y

documentos relacionados con sus alumnos.

Me tendió el sobre y yo lo cogí, intrigada.

—¿Qué es? —le pregunté dispuesta a abrirlo.

—Ábrelo en casa —me dijo—. Y escíbeme cuando lo hagas, necesitare una respuesta.

Asentí con la cabeza.

—Me marchó, ¿vale? —dijo.

Asentí con la cabeza, mirando el sobre, embelesada, preguntándome qué juego era aquel y qué podría haber dentro.

—Nacho —le dije justo cuando estaba a punto de salir de por la puerta—, todo está bien, ¿verdad?

Sonrió.

—Tú abre el sobre.

Sobra decir que corrí como alma que lleva el diablo para recoger a Carmen de casa de mi madre, lugar donde no iba a abrir el sobre, pues no sabía qué podría encontrarme dentro, aunque no parecía nada malo.

—Carmen, corazón, ¿te echas un poquito la siesta?

La pequeña hizo un mohín, aun así, accedió, y lo supe porque comenzó a quitarse los zapatos y a desnudarse para ponerse el pijama.

Si algo había heredado de mí, era el dormir con ropa cómoda, y un pijama era lo más cómodo del mundo mundial.

—No tengo sueño.

—Bueno, pero, ya sabes, te pones cómoda y mamá te pone en la tele Peppa Pig y baja las persianas para reposar.

Siempre le decía lo mismo y ella siempre se quejaba de que no tenía sueño, pero a los cinco minutos estaba como un tronco.

Así, tenía una hora más o menos para comer y abrir el sobre, por lo que me preparé en unos minutos una ensalada de pasta, tomate y mozzarella y me senté en la mesa de la cocina, desde la que tenía acceso visual al sofá, donde veía el pelo revuelto de Carmen desperdigado por el cojín.

Después de meterme un trozo de tomate a la boca, saqué el sobre del bolsillo trasero de mi pantalón y, con manos temblorosas, me decidí a abrirlo.

Cuando saqué lo que había en su interior, me costó tragar el tomate, pues para nada me lo esperaba y distaba mucho de la pesadilla que había sufrido por la noche mientras dormía.

Dos entradas para un concierto de Morat y una nota escrita a mano, pues era su letra.

*Siempre he sido muy fan de intentarlo todas las veces que haga falta.*

*Dudo de si puedo optar a ser un príncipe azul digno de ti, pero una oportunidad no se le niega a nadie, ¿no?*

*El concierto es este viernes.*

*Concédeme esta primera cita, al menos.*

*Escíbeme.*

*Nacho.*

Entenderás que no sabía si gritar, llorar, llamarle por teléfono y declararle mi amor eterno...

Pues yo no sabía ya si realmente los príncipes verdaderos existían después de tanta rana, pero Nacho, desde luego, todavía no había enseñado sus ancas, más bien tenía pinta de llevar una

corona real.

*¿Estás loco?*, le escribí rápidamente al WhatsApp.

Con la respiración agitada, tomé un sorbito de agua y me metí un trozo de mozzarella a la boca.

No tardó en contestarme, pues, como me había pedido, estaría esperando aquel mensaje.

*Sí, estoy loco porque me digas que sí*, me contestó.

Sonreí al leer aquello, incluso sentí arder mis mejillas y mis orejas.

Por el amor de Dios, ¿cuándo pensaba dejar de sonrojarme por cualquier cosa?

«Pues nunca, si es que tú eres así», me recordó mi subconsciente.

*Deseo concedido, entonces*, teclé mordéndome el labio.

Me envió varios emoticonos sonrientes y corazones de color rojo.

*¿Tienes complejo de hada madrina? Los deseos están para que te sean concedidos a ti, no al revés*, me contestó.

Solté una pequeña carcajada.

*De momento, no tengo más deseos para pedir, tengo todo lo que quiero*, le escribí.

## Capítulo 20

—Por favor, Ale, tía, quédate a dormir.

La semana se me había pasado horriblemente lenta, casi como una tortura. Aunque, lo bueno, es que me había ido retroalimentando de miradas cómplices de Nacho en la sala de profesores y algunas llamadas y mensajes al final de cada día.

Por fin había llegado el viernes y Ale estaba vistiéndose para venir a cuidar de Carmen mientras hablaba por teléfono conmigo.

—Nerea, tía, tienes un morro...

—¿Morro, yo? ¿Por qué? —le pregunté indignada.

—¡Tienes un millón de cosas que contarnos!

—¿Qué tiene que ver eso? No sé a la hora que voy a llegar y no quiero que molestes a Víctor. Mañana libras, ¿qué más te da?

—Que sí, que sí, que me llevo las cosas para dormir.

—Genial, aquí te espero, tengo que prepararme.

Supuse que en aquel momento Alejandra puso los ojos en blanco, era algo que solía hacer a menudo, la conocía perfectamente.

Me había comido un bocadillo de forma rápida para cenar, tampoco es que tuviera demasiada hambre, esperaba con ansias aquel momento y se me había cerrado el estómago.

Jolines... es que era demasiado. ¡Un concierto de Morat como primera cita con Nacho!

—Carmen, amor, va a venir Ale, ¿vale?

—Vale, mami —dijo asintiendo—. ¿Podemos ver Coco?

—Claro, cariño. Además, creo que a Ale esa película le gusta mucho.

Carmen sonrió y le revolvió el pelo.

—Eso también me lo hace mi *profe Naxo* cuando digo algo que le hace risa.

Sonreí.

—Se dice cuando algo le hace gracia —le dije sonriendo—. ¿De verdad? Qué guay.

—Sí, es *zúper* molón.

Me reí, Carmen era una maruja, pero en pequeño.

Un rato después llegó Alejandra y me marché de allí hecha un manojo de nervios.

—¿Coco, Carmen? Venga, pues nada, ¿dónde tiene tu madre los pañuelos desechables? —la escuché decir justo antes de cerrar la puerta.

Me miré en el espejo del ascensor una vez me hube montado, Nacho me esperaba abajo.

Sí, me veía perfecta y sentía que había acertado de lleno con el outfit de aquella noche: casual y desenfadado.

O eso o es que mis ganas por estar con él a solas y fuera del ámbito laboral hacían que me viese de la mejor forma.

El recinto en el que tendría lugar el concierto de mi grupo favorito estaba a reventar, aunque aquello era algo de esperar.

—Confieso que estoy muy nerviosa —le comenté observando maravillada mi alrededor. Nacho sonrió, ladino.  
—Vaya, y yo que pensaba que no surtía ningún efecto en ti tenerme delante —me dijo. Le pegué de forma cariñosa en el brazo con mi puñito cerrado.  
—¡Eh!  
—Es broma, sé que lo dices por el concierto —me dijo.  
—Bueno, estar contigo también me pone un poco nerviosa.  
—No es la primera vez —apuntó.  
—Lo sé, pero... esta vez es distinta.  
Arqueó una ceja, divertido.  
—¿Qué ha cambiado? —preguntó.  
Me giré entonces hacia él.  
—Estamos en una cita, ¿no?  
Nacho movió la cabeza de lado a lado, como sopesando en su cabeza las palabras con las que responderme.  
—Eh...  
Arrugó el ceño entonces y aquello le hizo reírse.  
Otra vez ese click dentro de mí, otra vez esos recuerdos activados.  
Se me hacía tan raro estar con Nacho así, sentir ese revoloteo en mi estómago cuando estábamos juntos...  
Pero a la vez estaba en una nube, muy, muy a gusto a su lado.  
—Tonta, es broma —me dijo y yo volví a respirar, aliviada—. Ven aquí, anda.  
Tragué saliva, pero no me moví.  
—No te voy a morder —me dijo cogiéndome de una de mis manos y acercándose a él.  
Me estrechó entre sus brazos y el olor de su perfume y suavizante para ropa invadió mis fosas nasales.  
Juro que, en aquel instante, me hizo sentir tan bien, que me hubiese quedado a vivir allí, en el hueco entre su cuello y su hombro.  
—No te imaginas lo feliz que me siento de estar aquí contigo —me susurró al oído.  
Me separé entonces de él para mirarlo directamente a los ojos.  
—¿Lo dices de verdad? —pregunté en un murmullo.  
Él tragó saliva y asintió con la cabeza.  
Fue entonces cuando la gente comenzó a gritar y a aplaudir con euforia y locura.  
Los chicos de Morat salieron al escenario y pusimos la atención sobre ellos.  
No tardaron en sonar los acordes del principio de la primera canción del concierto. Y, por supuesto, no podía ser otra que *Cómo te atreves*.

*Cuatro años sin mirarte, tres postales y un bolero.  
Dos meses y me olvidaste y ni siquiera me pensaste un 29 de febrero.*

Nacho daba palmas con sus manos, moviéndose al compás de la canción, muy animado y yo le imité.

*Andan diciendo por la calle que solo le eres fiel al viento, el mismo que nunca hizo falta para  
levantar tu falda cada día de por medio.*

Sin esperarlo y por motivo de que el estribillo estaba a punto de sonar, cogió mi mano y ambos

saltamos junto a todas las personas que nos rodeaban al tiempo que los cantantes se motivaban todavía más.

*¿Cómo te atreves a volver? (Oh-oh)  
¿A darle vida a lo que estaba muerto?  
La soledad me había tratado bien  
Y no eres quien para exigir derechos*

Hacía muchísimo tiempo que no me lo pasaba tan bien y estaba disfrutando muchísimo.  
*Nunca te olvidé* sonó de forma especial en nuestros oídos al tiempo que nos arrancaba sonrisas sinceras cuando nos mirábamos, y *Aprender a quererte* motivó a Nacho a agarrarme de la cintura.  
No obstante, el momento más especial de la noche fue cuando sonó *Ladrona*.

*Quisiera poder ver si te desnudas, y así poder perder todas mis dudas.*

Nacho me miró, yo embelesado mirando a Juan Pablo Villamil, uno de los componentes, a la guitarra. No obstante, sentí su mirada sobre mí.

*De si mi alma en tu piel está encerrada, de si yo la perdí con tu mirada.*

Fue entonces cuando le miré yo también. Estaba serio, aun así, creo que podría haber jurado que jamás me había parecido un rostro tan bonito como el de Nacho en aquel momento.

*Porque tal vez no es fácil poderme resistir a tus encantos.  
Y me hace falta el aire que tú no respiras a mi lado.*

Cogió mi mano, me atrajo hacia él y se posicionó muy cerca de mí, tanto que podía sentir el calor de su respiración en mi cara.

*Y aunque a ti te daba igual...*

Besó mis labios. Por fin. Y millones de fuegos artificiales parecieron estallar en el centro de mi pecho.

*Yo te amaré, ladrona, aunque te quedes con mi alma.  
Aunque me robes todo el tiempo, aunque tal vez lo hagas sin ganas.  
Yo te amaré, ladrona, aunque te metas en mis sueños para robarme cada beso que jamás te di  
despierto.  
Y, como no estás, voy a intentar seguir durmiendo.*

Una de sus manos bajó hacia mi cintura, acariciándola peligrosamente al tiempo que su lengua se hacía hueco dentro de mi boca, con la intención de no dejar ningún recoveco por explorar.

*Tus labios se peleaban con mis besos y aunque sobreviví no estoy ileso.  
Yo sé que no perdí, aunque ya es tarde para recuperar el corazón que me robaste.  
Porque tal vez, no es fácil poderme resistir a tus encantos.*

Enredé mis deditos en los caracoles de su cabello, como tantas veces había imaginado y él clavó las yemas de sus dedos de manera sutil en mi cintura.

*Y me hace falta el aire...  
Yo te amaré, ladrona, aunque te quedes con mi alma.  
Aunque me robes todo el tiempo, aunque tal vez lo hagas sin ganas.  
Yo te amaré, ladrona, aunque te metas en mis sueños para robarme cada beso que jamás te di  
despierto.  
Y, como no estás, voy a intentar seguir durmiendo.*

Me separé un tanto de su boca, solo para darme el gusto de mirarlo a los ojos así, tan de cerca. Fue entonces cuando me pareció leer en sus labios un “Por favor, no dejes de besarme”.

*Tú has ganado cada batalla, pero no has ganado la guerra  
No has pensado en esos latidos que me quedan.  
Aunque hay suficientes heridos, habrá más hasta que me quieras.*

En aquel momento sus deseos eran órdenes para mí, pero antes de volver a subir al cielo por medio de su boca, cantó en mi oído: *Yo juré que iba a enamorarte, aunque doliera.*

Nacho no dejó de besarme, al menos no en un buen rato, y dejamos de escuchar los vítores y aplausos de la gente hacia los artistas, solo escuchábamos la letra, imaginando que el trotar de nuestros corazones en nuestro pecho, solo por el hecho de, por fin, sentirse solo uno por haberse unido.

*Cuando nadie ve; Más de lo que aposté; Aprender a quererte; Cómo te atreves; Besos en guerra; Presiento; No se va; Enamórate de alguien más; Nunca te olvidé; Bajo la mesa; Tú conmigo, yo contigo; Mejores amigos; Amor con hielo; Mi vida entera y Causa perdida, entre otras, formaron la banda sonora del inicio de una historia de amor que presentía que me dejaría marcada para siempre.*

Y no me equivocaba.

## Capítulo 21

Algo perturbaba mi sueño, pero mi mente, aun soñando, divagaba recreándose en todos los momentos acontecidos la noche anterior, por lo que se negaba a ordenarme que abriera los ojos y atendiera a aquel sonido para hacerlo callar.

Con un gruñido, abrí los ojos con esfuerzo, pues lo cierto era que estaba durmiendo muy a gusto hasta que aquel sonido del infierno me había interrumpido la siesta.

Miré hacia mis pies, donde Carmen yacía tapada con una manta de coralina, ambas compartiendo el sofá desde que habíamos comido.

Habíamos puesto una película, pero ni siquiera recordaba cuál era.

La noche anterior llegué bastante tarde del concierto y ni siquiera me había enterado del momento en el que Alejandra se marchó, pues Carmen también estaba bastante dormidita y los fines de semana la dejaba dormir un poco más, por lo que cuando nos despertamos, Alejandra ya no estaba.

No obstante, Carmen no era la que no había trasnochado, sino yo, y tampoco tardó demasiado en despertarse, por lo que me tocó levantarme, obviamente, y atenderla.

Nos vestimos y desayunamos, y por petición de la pequeña, fuimos a un parque cercano a jugar y pasar la mañana, así que ahí estaba el resultado: Carmen rendida de parque y yo rendida de Nacho.

No, no pienses mal, sabes de sobra que no pasamos de aquellos maravillosos besos, arrojados por el calor que la gente le estaba dando al grupo.

Aquel sonido irritante volvió a sonar y me destapé para incorporarme con el ceño fruncido.

«Pero ¿qué narices...?», pensé al tiempo que sonaba de nuevo.

Vaya, me di cuenta en aquel instante de que se trataba del timbre.

«¿A estas horas? Un momento, ¿qué hora es?».

Miré mi reloj de pulsera, me levanté del sofá y me puse las zapatillas de estar por casa.

Una maravilla lo de dormir la siesta en pijama, por cierto; si no lo has probado te lo recomiendo.

Las seis de la tarde. Madre mía, menudas marmotas estábamos hechas.

Corrí hacia el telefonillo del portero, pensando que solo dos seres podían insistir tanto picando el timbre...

—Abre, sorda. ¿Acaso no escuchas la puerta? —Escuché que decía Cayetana al otro lado del aparato, desde abajo.

—Ya voy, ya voy... —contesté con pesadez, apretando el botoncito azul para abrirle la puerta de abajo y que pudieran subir a mi piso.

Sí, he dicho subieran, seguro que Ale venía también.

—Mami, te has parecido a la Cenicienta —dijo Carmen con la voz adormilada, consiguiendo que diera un respingo sobre mí misma.

La miré y estaba sonriendo. Puse los ojos en blanco y sonreí después yo también.

«Ay, esta hija mía...».

—¿Qué se supone que hacéis aquí? —pregunté cuando las vi salir del ascensor y aparecer en el descansillo de mi rellano.

¿Lo ves? Las dos juntas, como un pack.

—Venir a pedirte explicaciones. ¿Qué te pensabas? —dijo Cayetana atravesando el recibidor —. Hola, enana.

—Hola, Tana —le contestó Carmen.

—Solo he tenido que decirle la hora en la que llegaste anoche —dijo Alejandra encogiéndose de hombros.

Cerré la puerta tras de mí y la seguí hasta el comedor, donde se sentó en el sofá.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó cuando encendí una pequeña lámpara de pie que había a la derecha del sofá para que hubiera más claridad.

Me rasqué la cabeza, todavía un poco adormilada.

—Sí, lo cierto es que sí —reconocí—. Carmen, ¿quieres merendar?

—Sí, *lexe*.

—Vale, leche y galletas.

La pequeña asintió.

—¿Piensas ponernos al día? —preguntó Cayetana mirándose las uñas.

Cogí aire y lo solté lentamente, preparándome mentalmente para todo lo que tenía que contarles, pues era demasiado.

—¿Una cerveza? —pregunté.

—La duda ofende, querida —dijo mi amiga sonriendo.

Miré entonces a Alejandra, quien negó con la cabeza.

—¿Agua? —preguntó haciendo un mohín, y yo sonreí.

Una vez le hube preparado la merienda a Carmen y también una bandejita con las bebidas y algunos aperitivos que tenía por casa, tales como galletitas saladas y patatas de bolsa, me senté en el sofá, expectante por lo que pudieran pensar mis amigas después de mi relato.

—¡Por fin! —exclamó Cayetana, dándonos un susto a Alejandra y a mí, quienes dimos un saltito sobre nosotras mismas en el sofá—. Menudo príncipe azul ha salido de Tinder, ¿no? ¡Entradas para el concierto de Morat! Que no es que a mí me mate su música, pero está bien, pero es que a ti te chifla. ¡Qué nivel, Maribel! ¡Tuvo que haber sido lo más!

«No sabes cuánto», pensé intentando evitar que se pintara de forma automática en mis labios una sonrisa bobalicona.

—Pues... no es de Tinder precisamente. Al menos, este último, no.

—Ah, ¿es que ha habido más? ¡Me dejas muerta, Nerea! —exclamó Cayetana cogiendo su botellín de cerveza.

—Es que... es muy largo —dije suspirando.

—Empieza entonces por el principio —me dijo Alejandra sonriendo.

Y así lo hice, empezar por el principio, desde el momento en el que me descargué la aplicación en el móvil, siguiendo por Félix y su aliento fétido, continuando con el casi beso que nos dimos Nacho y yo en la fiesta de Halloween del colegio, prosiguiendo con la cita casi perfecta con Jesús y terminando con el concierto con Nacho y la promesa de seguir conociéndonos.

—Bueno... decid algo, me está matando la incertidumbre de no saber qué estáis pensando —les supliqué.

—Estoy flipando, tía —dijo Alejandra.

Suerte que Carmen, al terminar de merendar, se había ido a un rincón acondicionado que tenía

en un lado del comedor, con una cocinita y una pizarra de rotulador.

Más que nada porque, si llega a escuchar el nombre de Nacho tantas veces y no hubiera estado distraída jugando, no hubiera parado de preguntarme, estaba loca con Nacho.

No me extrañaba, yo también, pero yo en unos términos muy diferentes.

—¿Lo sabe Dani? —preguntó Cayetana.

—¿Dani? —pregunté yo a mi vez—. ¿Qué pinta Dani en todo esto?

Alejandra y Cayetana se miraron en silencio.

—¿Sabéis algo que yo no sepa? —pregunté con el ceño fruncido.

—No, no, de verdad que no —me tranquilizó Cayetana—, pero si te soy sincera, pienso que a Dani no le hará gracia cuando se entere de que estás saliendo con su ex amigo.

Hice una mueca.

Razón no le faltaba, pero Dani no podía controlar mis decisiones ni tampoco mi vida.

—Es posible, pero no puede estar de acuerdo en todo lo que haga o deje de hacer porque, en teoría, mi vida no debe importarle, ya no estamos juntos.

—Pero le importa, Nere, sabes que le importa —me dijo Alejandra.

Suspiré.

Era cierto, Dani seguía queriéndome. Y no es que yo no le quisiera, solo... solo estaba quemada de su amor, y lo que estaba naciendo en mi interior cuando estaba junto a Nacho, esas sensaciones tan puras y bonitas, eclipsaban ese pasado junto a Dani completamente.

—Lo sé, pero, bueno, en principio no sabe nada —dije encogiéndome de hombros, y noté acto seguido la mano de Alejandra acariciarme la espalda.

Fue en ese instante cuando Cayetana se empezó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Ale.

—Me acabo de acordar de lo del Félix ese, animalico, con lo de Nacho ha pasado desapercibido, pero... tiene tela.

Soltó otra carcajada y puse los ojos en blanco, riéndome también.

—¿Os acordáis de aquel capítulo de Friends en el que Phoebe le organiza una cita a Rachel con ese loco? —les pregunté riéndome.

—¡No! ¿Va en serio? ¿Tan mal fue? —preguntó Cayetana, pues sabía perfectamente que me estaba refiriendo al capítulo catorce de la temporada nueve.

Asentí con la cabeza, frunciendo los labios para no reírme. Era reírme o acordarme del olor de su aliento y hacer una mueca para contener la arcada.

Por cierto, hablando de arcadas...

—Ale —le dije—, ¿tu regla ha venido?

Ella puso morritos y negó con la cabeza.

—No y no se hace la prueba. Y eso que la lleva en el bolso...—dijo Cayetana rodando los ojos hacia arriba.

—Alejandra, por favor, ¿no te das cuenta de que todo esto retrasa las cosas? Háztelo y sales de dudas.

—¡No, Nere! ¿Y si sale negativo? —me preguntó angustiada.

—¿Y si sili niguitivi? —la arremedó Cayetana para después chasquear la lengua contra el paladar.

—Venga, bebe, bebe, bebe toda el agua de un trago. Has de ir a mear para saberlo. ¡Vamos!

Alejandra, por H o B, había de obedecernos, pues sabía que de allí no se marchaba aquella tarde sin haberse realizado la prueba de embarazo.

—Cómo tarda, ¿no? —pregunté a Cayetana mientras Ale estaba en el baño.

Caye asintió con la cabeza.

—Sí que tarda, sí.

La puerta del baño rechinó, haciéndonos callar y aguantar la respiración.

¿Por qué? Pues no sé, las amigas empatizamos muchísimo las unas con las otras, y sabíamos que Alejandra estaba pasando por un momento de tensión en aquel instante, por lo que nosotras nos mimetizamos con su sensación también.

—¿Y bien? —pregunté cuando estuvo con nosotras.

—He esperado los cinco minutos que ponía en el prospecto, aunque es algo que ya sé de memoria que hay que hacer.

—¿Y? ¿Qué ha salido? —preguntó Cayetana emocionada.

—No lo sé, no lo he mirado —confesó Alejandra haciéndose una coleta alta con su largo y oscuro cabello.

—Cielo Santo... —murmuró pasándome las manos por la cara.

—Ay, Nere, míralo tú... —me suplicó. Realmente vi apuro en sus ojos, y no me extrañaba, habían sido bastantes decepciones cuando el test salía negativo, entendía sus ganas, las de ambos, Víctor y ella, de ser papás, y el hecho de que no consiguieran aquello, los estaba agobiando, sobre todo porque ambos estaban sanos y llevaban buenos hábitos de vida.

Suspiré.

—De acuerdo, lo miraré yo. ¿Estás segura de que ya habrá salido el resultado?

Mi amiga asintió con la cabeza y, después de mirar a Cayetana durante un segundo, fijé mi vista en la cajita que me había tendido Alejandra, donde dentro descansaba la prueba.

—Bien, allá vamos...

—¿Estás preparada? —le preguntó Cayetana—. Recuerda que, si sale que no, tienes una nueva oportunidad por delante.

Alejandra asintió, aunque lo cierto es que no me pareció que estuviera demasiado convencida con todo aquello.

No sabía por qué, pero, intuía que aquellas palabras de Cayetana tampoco le habían infundido los ánimos que necesitaba. No obstante, los nervios que sentía en aquellos momentos, los entendía a la perfección, pues yo también había pasado por ese proceso cuando me quedé embarazada de Carmen.

—Bien, pues... —dije abriendo la cajita y sacando el predictor.

«Dios mío...», pensé, pero no dije nada, por un momento no sabía cómo decirlo por miedo a su reacción.

—¿Qué pone? ¿Qué ha salido? —preguntó Cayetana, con los nervios igual o más rotos que Alejandra por saber el resultado.

Alejandra se aproximó un poco hacia delante, seria y con las manitas juntas y entrelazadas.

—¿Qué dice, Nere? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Quieres verlo tú misma? —le pregunté con una sonrisa, tendiéndole su positivo.

—No... —dijo en un sollozo, cogiéndolo entre sus manos—. No me lo puedo creer...

Las lágrimas le caían por la cara y sus manitas temblaban sosteniendo el predictor.

Cayetana se llevó una mano al pecho, emocionada, y las tres nos pusimos en pie al mismo tiempo, sin saber realmente cómo reaccionar.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó llorando de felicidad.

—¡Ale! ¡Estás embarazada! —exclamó Cayetana, riendo de felicidad.

Carmen giró la cabeza hacia nosotras, embelesada ante aquel espectáculo.

—Mami, ¿qué pasa?

—¡Ale va a tener un bebé! —exclamé acercándome a ella para cogerla en brazos.

Carmen abrió muchísimo su boquita, y también sus ojos.

—¿De verdad? ¿Dónde está? ¿Tiene que comprarlo en el súper mercado?

Las tres nos echamos a reír y Alejandra la cogió de mis brazos para estrecharla entre los suyos.

—¿Tú quieres que yo te coma con tomate? —le preguntó juntando su nariz con la de la niña —.  
El bebé está en mi barriga.

—¡Wow, tía Ale! ¡Se va a comer toda tu comidita!

Volvimos a estallar en carcajadas y lo cierto es que me sentí en aquel momento muy dichosa, pues mi vida estaba en cauce, ya que Nacho apuntaba muchas maneras a ser mi príncipe azul, Cayetana se había enamorado por primera vez y parecía feliz y Alejandra por fin había conseguido quedarse embarazada.

Ya sabes, las cosas buenas atraen cosas buenas y sospechaba que aquello solo acababa de empezar.

## Capítulo 22

*Dos semanas después*

Dos semanas, dos semanas habían bastado para colarme hasta los huesecitos por Nacho.

Esa forma de besarme, de tocarme, de quererme... porque Nacho me quería, me quería mucho, y me quería bien, algo que también era muy importante.

Eran cosas que se notaban.

En la forma de mirar, directa, sincera, con luz.

En la forma de tocar, con maestría, pero miedo al mismo tiempo, como si mi piel pudiera deshacerse en cualquier momento.

En la forma de hablar en susurros al oído y mandar mensajes por que sí, para decir en cualquier momento del día, sin que eso tuviera importancia, lo mucho que me echaba de menos o lo mucho que le importaba.

Por supuesto, en el trabajo procurábamos mantener las distancias a pesar de que Nacho, al ser muy detallista, iba dejando porciones de su amor en forma de bombones, flores frescas o pendientes de plata, de forma inesperada, en el casillero de mi clase.

No obstante, un día cualquiera, a finales de noviembre, me sorprendió de manera inesperada.

—Recordad que cuando juntamos la letra P y la vocal A, suena PA —dije a mis pequeños alumnos, señalando la pizarra con mi mano.

—Sí, *profe* —contestó Lucas.

—No, es que luego, os inventáis la consonante y...

Unos golpes de nudillo me distrajeron de lo que estaba diciendo y guardé silencio un instante.

—Adelante —dije posando la mirada en la puerta de clase, la cual estaba cerrada.

Nacho asomó la cabeza y después medio cuerpo, de cintura para arriba, en el interior de mi clase y me buscó con la mirada.

No obstante, cuando me encontró, su sonrisa fue inmensa.

—Perdona que te moleste, ¿tienes un minuto?

—Sí, sí, por supuesto. Un segundo, chicos, en seguida estoy aquí. Practicad con la profesora de apoyo lo que estábamos trabajando —dije en voz alta, haciéndole una señal a la aludida.

La profesora asintió con la cabeza y me quedé tranquila cuando salí de la clase para reunirme con Nacho.

—¿Qué pasa? —pregunté cerrando la puerta tras de mí.

Ni siquiera me dio tiempo a soltar el pomo, pues Nacho me atrajo hacia sí de la cintura y me dio un tierno beso en los labios.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —le reprendí, separándome de él, aunque si he de ser sincera aquel beso me había sabido a gloria.

—Necesitaba verte, aunque fuera un segundo —me dijo, socarrón.

He de reconocer que en aquel instante sí vi al Nacho de años atrás, cuando era el chico más popular de la facultad.

Me reí.

—Tú no estás bien —le dije, negando con la cabeza repetidas veces—. Eres un irresponsable, dejar a tus niños por venir a decirme esto. ¡Mal *profe*!

Estaba de coña, obviamente, pues sabía de sobra que sus alumnetos y alumnetas, entre ellos Carmen, estaban con la profesora de apoyo y no había ningún problema.

—No, ahora en serio, solo quería preguntarte si podemos vernos en un rato, cuando terminemos las clases, en la sala de profes.

Arqueé una ceja.

—¿Y eso? ¿Vas a quedarte? La verdad es que hoy no pensaba quedarme.

—Sí, tengo que hacer unas cosas. Pásate, por fa.

Chasqué la lengua contra el paladar.

—Vale, me pasaré luego. Volvamos al trabajo.

—Sí, no sufras —dijo riéndose.

Suspiré, pero, cuando iba a girarme, volvió a llamarme:

—Nerea.

—Dime.

—Vas a clase, ¿no?

—Eh... sí, claro —le dije en un tono condescendiente, pues me parecía lo más obvio del mundo.

—Pues llévate esto —me dijo al tiempo que se acercaba rápidamente a mí boca y depositaba un rápido beso en mis labios.

Me reí.

—¡Idiota! —exclamé, aunque lo hice todo lo bajito que pude.

—Te quiero —dijo articulando las dos palabras, sin decirlo en voz alta.

Después se marchó y yo me quedé encandilada, como siempre que se iba y me besaba antes de hacerlo.

Si aquello no era amor, que bajara Mufasa, el padre de Simba, del cielo, y lo viera, porque a mí el corazón cualquier día me iba a explotar por quererle tanto.

—¿Se puede saber qué estamos haciendo aquí? —le pregunté una vez hubimos terminado el turno.

Nos encontrábamos en la sala de profesores, la cual estaba vacía, pues muchos de nuestros compañeros o estaban comiendo en el comedor del centro o se marchaban a casa una vez terminado el turno.

Nacho me miró y sonrió de forma pícaro. Después dejó sus cosas sobre una de las mesas y se dirigió hacia la puerta de la sala.

—¿Te apetece que nos divirtamos un poco? —preguntó enseñándome un juego de llaves al tiempo que se reía.

Arqueé una ceja

—¿Y esas llaves? ¿Son de aquí? No pensarás que...

Cerró por dentro, echando la llave y las dejó sobre la mesa, al lado de sus efectos personales.

—Nacho, ¿qué...?

Entonces se acercó mucho a mí, cogió mi cara entre sus manos y me besó en los labios de forma apasionada.

Lo prometo, un poco más y me deja tontita perdida.

—¿Sabes lo mucho que tengo que contenerme para no hacer esto cada vez que te veo? —me preguntó en un susurro.

Me separé un poco de él.

—Esto es una locura, Nacho, una locura.

—Pues solo hay dos tipos de persona que hacen locuras: los locos y los enamorados.

—Ah, qué bien, tú eres del primer grupo —le dije poniendo las manos sobre los hombros.

Negó con la cabeza lentamente, mientras me miraba.

—Soy de los segundos, Nerea. ¿Nunca te lo has montado en alguna clase de la facultad? —me preguntó.

Y, aunque realmente me acababa de decir que estaba enamorado de mí, la segunda pregunta me sorprendió.

Negué con la cabeza. Lo cierto es que había hecho mis cosillas y eso con Dani, ya sabes, pero nunca me lo había montado, tal y como él me había dicho, en ninguna clase de la facultad.

Negué con la cabeza levemente.

—¿Te atreves? —me preguntó con el brillo de la decisión en su mirada

Me mordí el labio y él humedeció los suyos con la lengua.

—Debo de haberme vuelto loca... —murmuré al tiempo que intentaba sacarle el jersey por la cabeza.

—¿Por mí? —me preguntó con la respiración agitada al tiempo que desabrochaba el botón de mi pantalón vaquero.

Me reí y le besé. Lengua, dientes, labios que se nos quedarían hinchados después, lo tenía claro.

No tardé en sentir su mano dentro de mis braguitas, acariciando aquel botoncito del placer con maestría.

—Estás empapada, cariño... —murmuró en mi oído como si de un ronroneo se tratase.

Aquello, reconozco, me puso a cien. Y, aunque no era la primera vez que hacíamos el amor, sí era la primera para mí en un sitio como aquel.

Me di cuenta entonces de que los príncipes azules no solo soltaban purpurina y arcoíris por la boca, también sabían hacerte gozar en otros ámbitos y, oye, gracias al cielo, porque si no, sería un príncipe azul muy incompleto.

Sus dedos se colaron en mi interior, primero uno y después el otro y comenzó a entrar y salir de mí, con ellos.

Pronto el pantalón empezó a molestar y, después de sacarme las zapatillas, me lo quité.

No obstante, era mi turno, y su abultada erección me estaba invitando de manera incesante a que la sacara de sus calzoncillos y la tratara como se merecía.

Volvimos a besarnos, pero esta vez acaricié su miembro con decisión, deleitándome en la suave piel que lo recubría.

Lo masturbaba mientras sus jadeos llenaban la sala y me ponían todavía más caliente.

—¿Llevas preservativo?

Nacho tragó saliva, haciendo subir y bajar su nuez, y me respondió después de asentir con la cabeza:

—En la cartera.

Diligente, saqué el profiláctico de donde me había dicho y se lo puse.

—Te necesito ya —le pedí subiéndome sobre una mesa.

—¿Cómo no voy a darte lo que necesitas? —me preguntó acercándose a mí, cogiendo su miembro y orientándolo en mi dirección.

Retiró un tanto la tela de mis braguitas y me penetró, haciendo que soltase una exclamación.

—Joder, cómo me pone que grites así... —comentó.

Dentro, fuera, dentro, fuera, dentro, fuera.

Tenía que ser algo rápido pero placentero, y lo bueno de aquellos polvos improvisados en sitios públicos, es que el morbo de que pudieran pillarnos a pesar de que la puerta estaba cerrada, se convertía en una excitación que me recorría de pies a cabeza.

—Nacho, como sigas así voy a terminar... —le susurré.

Él me embestía sin cesar, moviendo sus caderas, intentando entrar lo más hondo dentro de mí al tiempo que con una de sus manos acariciaba uno de mis pechos.

Una embestida más. Dos, tres, cuatro y...

Lo sentí desde la puntita de los pies, sentí cómo me recorría entera como si fuese una corriente eléctrica que arrasaba todo a su paso; el orgasmo me sacudió todo el cuerpo.

Nacho jadeaba sobre mí y nuestras respiraciones no tardaron en acompañarse.

—¿Qué tal? —me preguntó con la voz entrecortada y el corazón a mil, pues sentía sus latidos en mi pecho al estar tumbado sobre mí.

—Bien... muy bien.

Soltó una pequeña carcajada y se incorporó.

—¿Tienes algún *cleanex* o algo? —me preguntó.

—Sí, claro.

Bajé de la mesa, me re Coloqué de nuevo mis braguitas y busqué lo que me pedía.

Suerte que siempre llevaba un paquetito en el bolso.

Me puse los pantalones en lo que él se limpiaba y pronto estuvimos tan normales, como si allí no hubiera pasado nada.

Aun así, salimos de la sala y del centro rápidamente para que Nacho pudiera tirar el preservativo usado en cualquier papelería del exterior.

¿Te imaginas que lo tiramos en la papelería de la sala de profesores?

Podrían enterarse, y demasiado olía ya aquel lugar a sexo, como para añadirle ese detalle.

—Te quiero —me dijo una vez se hubo deshecho del preservativo, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo también a ti, aunque estés loco.

Sonrió.

—Ya te he dicho que soy del segundo grupo. Además, no he visto que te quejaras. —Me guiñó un ojo.

Me humedecí los labios con la lengua.

—¿Del grupo de los enamorados? Pues qué rápido te enamoras —le dije con picardía.

Se rio.

—Créeme que no, esto viene de lejos. Tengo que irme, nos vemos mañana —me dijo acercándose para darme un beso de despedida.

—Hasta mañana. Yo también te quiero —le dije una vez nos hubimos besado.

Claro que le quería, claro que me había pillado por él hasta las trancas y aquello cada día se estaba convirtiendo en algo más fuerte, en algo más intenso.

Nacho me parecía maravilloso y me encantaba que me hiciera salir de mi zona de confort para sentirme vivía, para sentirme libre.

No obstante, todavía me seguía escamando que no quisiera hablarme de lo que pasó entre Dani y él.

Y lo último que me había dicho aquella mañana, rebotó en mi cabeza unas cuantas veces luego de haberlo pronunciado.

*Créeme que no, esto viene de lejos.*

*Créeme que no, esto viene de lejos.*

*Créeme que no, esto viene de lejos.*

Claro que venía de lejos, eso por supuesto, lo que no me imaginaba era el momento exacto en el que comenzó ni mucho menos el lugar en el que me enteraría.

## Capítulo 23

Cartitas a través de los alumnos, notas adhesivas pegadas en mi casillero, salidas al cine, bombones, sexo desenfrenado en su casa, en el que me agarraba a aquella espalda ancha y llena de lunares que me volvía loca, cervezas los viernes, cenas en italianos y restaurantes thai como al que fuimos un día las chicas y que nos encantó, paseos por la Gran Vía, fotografías hechas con el móvil en el centro de la Plaza Mayor, la cata de vermouths para decidir cuál nos gustaba más en nuestro puesto favorito del Mercado de San Miguel, llamado “La hora del vermut”, visitas al Palacio de Cristal y al Templo de Debod, las tapas de orejita de cerdo y bravas en cualquier bareto que encontráramos...

Distinta, madura y especial eran los adjetivos con los que podría calificar nuestra relación.

Además, mi corazoncito me avisaba siempre de que era el indicado, así lo sentía, pues su boom boom me lo chivaba cada vez que rozaba mi piel y erizaba mi vello.

Quizá sentía así nuestra relación porque nosotros lo éramos, nosotros también habíamos madurado, porque ya habíamos cambiado el chip, porque queríamos algo serio, sincero y duradero, a pesar de todavía no habérselo contado ni a mis padres ni a Dani.

Así nos pasamos las semanas y los días hasta que llegó diciembre y el crudo invierno que solía azotar Madrid todos los años lo sentimos en los huesos.

Por lo que aprovechábamos, como todos los habitantes de la ciudad, cualquier día soleada y cálido que apareciera en nuestro calendario.

Como aquel domingo cualquiera, cercano ya a las Navidades, pues ya contábamos con toda la ciudad decorada con motivos de esta fiesta, en el que alquilamos un par de bicis y fuimos al Retiro.

No sé en qué estaba pensando, la verdad, cuando se lo propuse y me dijo que sí. Porque encima fui yo quien lo hizo.

Desde luego, ese chico me estaba volviendo loca.

¡Hacía años que no montaba en bicicleta! ¡Años!

Siempre se utiliza esa comparación para hablar de algo que nunca se olvida por mucho que pasen los años o por mucho que dejemos de hacer esa cosa de la que hablamos y perdamos práctica en ello.

Y es cierto, nunca se olvida, pero, jolines, cómo cuesta volver a retomarlo.

El manillar iba de lado a lado, loquito perdido y sin estabilidad cuando me monté la primera vez después de tanto tiempo, por lo que me movía a la derecha y a la izquierda con movimientos bruscos al tiempo que pedaleaba.

No fue fácil. No, claro que no, porque escuchar las risas de Nacho frente a mí, porque él siempre iba más rápido que yo, me ponía más nerviosa.

Pronto comencé a sudar y, lo admito, una vez nos pusimos en marcha y la bici avanzaba a buen ritmo, nunca conseguí posicionarme al lado de Nacho.

Piénsalo, piernas eternas, diestro con la bici porque solía salir a menudo por la sierra. Le gustaba el ciclismo.

«Claro, ya recuerdo, por eso le propuse dar un paseo en la maldita bici por el maldito retiro», pensé cabreada cuando el pie se me escapó del pedal y este me golpeó en la espinilla.

—¡Vas muy lenta! —exclamó Nacho desde más adelante, incorporado en su bici.

Tenía equilibrio y todo para ponerse sobre los pedales y ni siquiera sentarse en el sillín, el muy maldito.

—¡Pero si voy rápido! —me quejé, gritando para que me escuchara desde su posición.

—¿Rápido? —me preguntó socarrón, más de cerca, pues iba avanzando hacia él.

—Sí, ¿no lo ves?

Y esa era mi sensación, lo prometo, yo pedaleaba, pedaleaba, pedaleaba y seguía pedaleando todo el rato. Me dolían hasta las piernas, pero, no sé cómo, Nacho siempre iba más rápido que yo.

—Venga, Nerea... voy a ganarte.

«Ay, chico, pues gana. ¡Gana! Yo qué sé... estoy harta de pedalear y nunca avanzo».

No obstante, a pesar de mi actitud derrotista, quise darle una lección e hice el mayor esfuerzo de mi vida, después de parir a Carmen, claro, y comencé a pedalear todavía más, con todas mis fuerzas, aunque me estuvieran ardiendo los pulmones y las piernas dejara de sentir las de un momento a otro.

Es cierto, noté cómo avanzaba y cómo aumentaba la velocidad.

—¡Lo estoy consiguiendo, lo estoy consiguiendo, Nacho! —exclamé, feliz por mi hazaña.

—Nerea... Nerea frena, frena. ¡Frena!

—¿Que frene? Pero ¿no habías dicho que...?

Entonces lo vi, un árbol enorme había aparecido ante mí como por arte de magia y se había inmiscuido en mi camino.

—¡Ay, madre mía, madre mía, madre mía! —grité presa del pánico.

«Santa Sirenita que vive debajo del mar, esta no la cuento».

La rueda delante chocó de forma abrupta contra el árbol y la bici se desestabilizó, haciéndome caer al suelo y rasparme y golpearme toda la parte derecha de mi cuerpo.

Suerte que llevaba manga larga y mallas.

Me golpeé un poco la cabeza, por lo que el casco, al chocar contra el suelo, sonó como un golpe seco.

Solté un gemido de dolor, pues me sentía magullada toda la parte derecha de mi cuerpo.

Desde mi posición, observé cómo Nacho tiraba su bici al suelo y venía corriendo hacia mí.

—¡Nerea! Nerea... ¿estás bien?

—Sí... —dije en un murmullo—, aunque menudo golpe.

—Sí, joder, me has asustado. ¿Puedes levantarte?

Asentí con la cabeza, cogiendo su mano, la cual me estaba ofreciendo, e incorporándome y sintiendo punzadas de dolor, sobre todo en mi muslo y hombro derechos.

—Dios... menuda caída. A ver, mírame, ¿te has hecho algo en la cara?

Negué con la cabeza antes de mirarle, un poco aturdida.

—Uf... —se quejó él, nervioso—. Ven, sentémonos en el césped.

Me llevó cogida de la cintura hasta un trocito de césped y me ayudó a sentarme sobre él.

Después desabrochó mi casco y lo dejó a su lado.

Cerré los ojos un instante, solo un instante.

—¿Te mareas? Nerea, no me asustes, te lo pido por favor.

—No, no, estoy bien... es solo el susto.

—¿Seguro? —me preguntó. Parecía muy preocupado y en mi fuero interno aquello me gustaba.

Se quitó el casco, pues le estaba agobiando a él también, y lo dejó en un lado.

—Seguro, seguro. Solo ha sido el susto. Bueno, seguramente me salga un hematoma gigante en todo el lado derecho del culo —le dije sonriendo para después hacer una mueca.

Nacho resopló y se acercó a mí para rodearme los hombros con su brazo y besarme la frente.

Me dejé hacer, sintiéndome, dentro de lo que acababa de pasar, segura.

«Maldita bici, no vuelvo a subirme en una nunca más», pensé.

—Un beso en la frente —le dije.

Nacho sonrió.

—Soy muy fan de los besos en la frente.

—Ah, ¿sí? —le pregunté.

—En efecto —dijo dándome un toquecito en la punta de la nariz con su dedo índice.

—¿Qué son para ti?

Se quedó pensativo, mirando al cielo despejado de aquel día, sentado a mi lado, en el césped.

—¿Te hace falta pensarlo? —le pregunté para picarle.

Él me miró entonces.

Se rio y desvió su mirada hacia el césped. Chasqueó la lengua contra su paladar, como si alguna idea muy obvia acabara de cruzar su cabeza. Una idea de la que yo no sabía, por supuesto.

—Contigo no me hace falta pensar nada, Nerea.

Click. Boom. Chas. Pam.

Hay miles de formas de escribir ese momento en el que caes en la cuenta, ese instante en el que todo cambia dentro de ti y te invade la idea de que tiene que ser él y no otro.

El pecho se inunda de ese amor tan grande que parece haber crecido de golpe. O quizá ya había crecido lo suficiente y no te habías dado cuenta.

La cuestión es que te cuesta hasta respirar y el aire a tu alrededor se te antoja asfixiante, pues lo que tienes dentro tiene que salir de algún modo, aunque en un primer instante no sepas de qué manera.

—Nacho, yo...

Él arrugó una ceja, escrutándome con su mirada.

Se tumbó en el césped entonces, con los brazos debajo de su cabeza, bocarriba.

—¿Qué? —preguntó al ver que no decía nada.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Quiero quedarme aquí —le dije tumbándome sobre él—, siempre.

Sonrió. Aunque no lo vi, pues mi vista estaba puesta sobre el paisaje verde que teníamos delante, supe que lo estaba haciendo.

—No me puedo creer que te guste tanto la comida china, te estás poniendo como un cerdo —le dije carcajeándome de él.

Aquella noche quiso quedarse a dormir en mi casa, supuestamente, según él, tenía que cuidar de mí.

Pedimos comida china a domicilio y nuestro plan era ver alguna película en el televisor.

—No sabes disfrutar de la vida, Nerea. Esto —dijo señalando su plato de comida— es un manjar de los dioses.

Me carcajeé todavía más.

—Lo digo en serio —dijo un poco indignado para después meterse otra pinchada de tallarines fritos en la boca.

Reprimí una carcajada.

Estuve un rato con el móvil hablando con Dani acerca de Carmen, quien dormía aquella noche

allí también, pues a veces su abuela paterna la podía llevar al cole y le hacía ilusión.

Nacho terminó de cenar, recogió su plato y los desperdicios y, tras darle el último trago a su botellín de cerveza, se sentó a mi lado y colocó mis piernas sobre las suyas.

—¿Te duele? —preguntó acariciando mi muslo derecho.

Levanté la vista del móvil y le sonreí.

—Creo que mañana me dolerá más.

—Me has asustado, Nerea... pensaba que te habías hecho algo más grave.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué culpa tengo yo de que la bici no se me dé bien?

—Fue idea tuya, encanto.

—Lo sé, a veces no sé cómo pienso.

Nacho se rio.

—Por cierto, mañana llevará a Carmen al cole su abuela, ¿vale?

—¿Tu madre? —preguntó interesando.

—No, la madre de Dani —le dije un tanto incómoda.

—Bien —me respondió de forma seria y cogió su teléfono de encima de la mesa.

—Nacho...

—¿Mmm? —Se hizo el interesante mirando el móvil.

—Nacho, en serio.

Fue entonces cuando me miró a la cara.

—¿Qué?

—¿Qué pasa con Dani? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió? No entiendo esa hostilidad entre vosotros.

—No quiero hablar del tema, Nerea.

—Nunca quieres hablar del tema. Dani no quiere tampoco hablar del tema. Pero, digo yo, que en algún momento tendrá que saber que estamos juntos, ¿no?

Sus dedos pararon de clicar en la pantalla del teléfono.

—¿Acaso le has preguntado? —increpó con el ceño fruncido.

—Solo una vez, y no quiso decirme nada. ¿Es que voy a ser la única que no lo sepa?

—No lo sabe nadie, Nerea. Y no quiero hablar del tema.

—Pues muy bien —bufé molesta.

Nacho suspiró y yo torcí los morritos. No me cabía aquella idea en la cabeza, y me preocupaba mucho el momento en el que Dani se enterara de lo que estaba pasando entre Nacho y yo.

—Nerea... —dijo dirigiéndose a mí y acariciándome de nuevo la pierna.

Le miré, levantando la vista desde mi móvil hasta su cara, de forma seria.

—Por favor, no te enfades —me suplicó.

—No me enfado, solo quiero saber la verdad.

Resopló, supongo que cansado de aquel tema.

—Te prometo que, llegado el momento, le contaremos lo nuestro de la mejor forma posible —me dijo.

—Eso no es de lo que estamos hablando.

Volvió a suspirar, posando su mano en mi muslo y dejándola quieta.

—Creo que... no me corresponde a mí decirte nada.

—¿Cómo?

—Créeme, estabas con él cuando nuestra amistad se rompió. Y fue él quien la dio por finalizada. Es a él a quien le corresponde contarte lo que pasó. No quiero hablar del tema, en serio.

No lo dijo con acritud, solo parecía cansado y, supuse que, acordarse de aquella situación, no le hacía bien, incluso todavía le hacía daño, por lo que, muy a mi pesar, decidí dejar estar el tema.

—De acuerdo —le dije.

—¿De acuerdo? ¿Sin más? —preguntó sorprendido.

—Sí, entiendo que es algo que te afecta y de lo que no quieres hablar, así que... —suspiré — supongo que en algún momento de la vida me enteraré de lo que sucedió.

Me encogí de hombros y él se acercó más a mí.

—Ojalá sea pronto, porque la verdad es que no me gusta nada ocultarte cosas —me susurró, llevando su mano hacia el interior de mi muslo.

Besé su cabeza llena de caracoles y subió su rostro hacia el mío, quedando a escasos centímetros de distancia.

—¿Cómo te encuentras? —me susurró pegado a mi boca.

Di un pequeño besito en sus labios y él sonrió.

—Bien —le dije en un susurro.

—Prométemelo —me pidió.

Sonreí y chasquéé mi lengua contra el paladar.

—Te lo promeeteo —le dije de forma cansina—. Te pareces a Carmen.

Se rio.

—Todos los días me cuenta que Alejandra va a tener un bebé, pero que no se compran, que está dentro de su barriga.

Solté una carcajada.

—Sí, es cierto, fue lo primero que le preguntó cuando se enteró.

Nacho sonrió.

—¿Qué tal está Alejandra? ¿Y Cayetana? Con Víctor solía hablar a menudo, aunque hace mucho que no mantengo una conversación con él.

—Alejandra está muy feliz, dentro de poco creo que le hacen otra ecografía. Todo va bien y en orden. Víctor está como loco.

—Qué guay, debe ser flipante —dijo con cariño.

Sonreí.

—Lo es —le contesté.

—Lo hará bien, como tú. Eres una madre maravillosa, ¿lo sabías?

Aquello me encantó escucharlo.

—Gracias —le dije sintiendo cómo las mejillas se me sonrojaban.

—¿Qué tal Cayetana?

—Cayetana está... bueno, ya sabes cómo es. Sigue con el piano.

—Lo suponía —dijo sonriendo.

—Y ahora se ha enamorado —añadí encogiéndome de hombros.

—¿En serio? —preguntó Nacho incrédulo. Ya sabes, todo el que conociera a Cayetana se sorprendía, porque Cayetana era la de los hombres en su cama como si fueran de usar y tirar.

—Del jardinero —dije suspirando.

Nacho soltó una carcajada.

—Madre mía... —murmuró—. Vaya tres.

—Y luego estoy yo, que...

Nacho me miró interrogante.

—Creo que he encontrado a mi príncipe azul.

—Ah, ¿sí? —preguntó socarrón.

—Sí —le dije poniendo morritos.

—Vaya, me gusta saber eso... Porque la verdad es que me muero por...

—¿Por?

—Hacer muchas cosas. —Me guiñó un ojo—. Pero estás convaleciente.

—Te he dicho que estoy bien —me quejé haciendo un mohín.

Se rio a mandíbula abierta y metió su mano entre mis muslos hasta rozar de forma fugaz mi entrepierna.

—¿Me dejas llevarte a la cama, entonces?

—Sí que vas fuerte, ¿no?

—No te confundas, llevo mucho, mucho tiempo soñando con hacerte el amor y por fin se me están dando oportunidades. Déjame ser feliz todo el tiempo que pueda estar a tu lado.

Me conquistó en ese momento con aquella frase, pues le conocía y sabía que el momento que viviríamos a continuación sería uno de los más bonitos que viviéramos en nuestra relación, al menos de momento, por lo que no reparé en los detalles que había ocultos en aquella afirmación.

—De acuerdo. Tómame, soy tuya —le dije de broma.

Acto seguido, Nacho se levantó y me cogió en brazos.

—¿Vas a llevarme así? —le pregunté conteniendo la risa.

—Eres una princesa y yo soy tu príncipe, ¿no?

Asentí con la cabeza, feliz.

—Déjame demostrarte lo que siento por ti, Nerea —me susurró al oído, una vez estuvimos tumbados en mi cama.

—¿Cómo? —le pregunté interesada, en un murmullo.

—Así...

Sus labios comenzaron a depositar pequeños besos en mi cuello que consiguieron erizarme la piel al tiempo que sus manos viajaron por mi abdomen, acariciando cada centímetro de mi cuerpo que aparecía al paso de sus dedos.

Sus labios llegaron a los míos y con solo un beso mojado y caliente consiguió que un latigazo de placer recorriese mi bajo vientre.

Acaricé con las yemas de los dedos su espalda, por debajo de su jersey y sentí cómo se estremecía bajo mi tacto.

Pocos minutos después nos encontramos sin ropa, rozando nuestros cuerpos el uno con el otro, piel con piel, sexo contra sexo, y sus dedos se arquearon dentro de mí, provocando que mi espalda se arqueara de placer.

Besó mis senos y lamió y mordió mis pezones de forma sutil, provocando que mi piel se erizara de excitación.

No tardó en rozar la punta de su glande contra mi apertura, exhalando un jadeo de placer al tiempo que lo hacía.

—Lo necesito... —lloriqueé.

—¿El qué?

—Necesito sentirte dentro de mí, Nacho —le contesté.

Tragó saliva y sacó un preservativo de mi mesita de noche.

Una vez se lo hubo puesto, me pidió que fuese yo quien llevara el mando aquella vez, por lo que me coloqué sobre él, a horcajadas.

Gemí una vez lo tuve en mi interior y comencé a mover mi cintura en círculos, sintiendo cómo se endurecía todavía más.

—Eres preciosa, nena... —me confesó. Bajé la vista y le miré a los ojos, oscuros de excitación los suyos, nublados de pasión los míos.

Creí en ese momento y, además, podría jurarlo, que nunca había sentido lo que sentí en ese instante por Nacho Marín encontrándose bajo mi cuerpo, cabalgando sobre su cintura, tal y como a él le gustaba.

Ni siquiera por Dani, que fue la primera persona de la que me había enamorado.

Ni siquiera por él.

Nacho había conseguido que mi corazón al completo latiera por él, solo por él, y si lo nuestro no salía bien, sabía que jamás se borraría su nombre de dentro de mí, pues se había colado en mi corazón de una forma tan pura, sencilla y mágica, que lo creía casi imposible.

Bajé mi tronco superior hasta posicionarme al borde de sus labios, rozándolos con los míos.

—Te quiero muchísimo, Nacho.

—Yo te he querido siempre, Nerea —me confesó al tiempo que comenzaba a embestirme en aquella posición, posando las manos en cada una de mis nalgas y apretándolas con las yemas de sus dedos.

El orgasmo me paralizó durante algunos segundos, no obstante, después me sentí agradecida por haber tener a mi lado a una persona tan buena como él.

## Capítulo 24

A la mañana siguiente, mi príncipe azul se marchó bastante pronto de mi casa, pues tenía que pasar por la suya para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa, a pesar de que la noche anterior se había duchado en mi casa, después de aquella sesión de sexo y un par más que vinieron después.

Me besó antes de irse, y yo me cobijé en el edredón de mi cama después de sentir sus labios sobre mi frente y el eco lejano de su voz despidiéndose.

Aquel lunes fue menos lunes solo por eso, y lo cierto es que me levanté de muy buen humor y con ganas de darlo todo en aquel comienzo de semana.

Incluso tararéé mientras la cafetera hacía su labor y el aroma del café, ese que tanto me gustaba, inundaba mi casa.

Recogí un par de cosas y ordené otras tantas, me vestí y arreglé y me marché al colegio, donde la mañana se me pasó volando entre asambleas, canciones, juegos y lecciones acerca de la letra M y los números.

No obstante, no me crucé con Nacho en todo el día, tan solo en el momento del patio, en el que lo observé tomarse un café preparado mientras observaba a sus alumnos.

Me guiñó un ojo y yo le sonreí, pero nada más.

Extrañé entonces sus besos y caricias, el roce de sus manos en mi cuerpo, tanto por encima de la ropa como por debajo, pero entendí que no era el lugar más idóneo ni siquiera para darle un piquito en los labios, pues seguramente no verían con buenos ojos que siendo compañeros de trabajo y, además, el profesor de mi hija, hiciéramos esas cosas precisamente en el centro educativo.

Tampoco a mí misma me parecía lo más ético, por lo que me contuve con la esperanza de verlo a la salida.

No obstante, aquello tampoco sucedió y me marché a casa de mi madre a recoger a Carmen un tanto cabizbaja.

Lo cierto es que empezaba a notar una dependencia de él que tampoco me hacía demasiada gracia, aun así, supuse también que sería cosa de los primeros días, todos sabemos que en los principios de las relaciones estamos un poco más cariñosos y empalagosos que cuando ya la relación está más avanzada.

Cuando llegué a casa de mi madre, Carmen me recibió con los brazos abiertos y me dio un súper abrazo de varios minutos que me llenó de vida e hizo que se me olvidara esa melancolía momentánea por su profesor.

—¿Cómo estás, princesa? ¿Qué tal en el cole? ¿Y con papá?

—¡*Mamocho!* El cole bien —dijo llevándose la manita a sus partes, cosa que me hizo fruncir un poco el ceño—. Y papi es *súper molongo*.

Me reí.

—Tú sí que eres súper *molonga*. Anda, petarda. ¿Qué te pasa? ¿Te haces pipí?

—Se ha comido todo el guisado de pollo —dijo mi madre, que entraba dentro de mi campo de visión en ese momento—. Por cierto, me ha dicho Nacho que no ha querido ir al aseo en todo el día y que se quejaba de la barriga o de que le dolía y por eso no quería ir, algo así. Tampoco Nacho sabía demasiado bien qué era lo que le sucedía porque no le ha querido decir la chiquilla demasiado.

—Vaya. ¿Qué pasa, cielo? ¿No has querido hacer pipí? ¿Por qué?

—Es que me duele, mami. Y entonces me aguanto.

—Pero no tienes que aguantarte, cielo —le expliqué—. Venga, vamos a casa y lo intentamos.

—¿No te quedas a comer?

—No, mamá, ya como lo que sea en casa.

—Bueno, nena, como tú quieras —me contestó mi madre un poco desganada.

Le sonreí, le di un beso, me despedí de mi padre en lo que mi madre cogía las cositas de Carmen, y me marché a mi casa.

Llevaba desde el viernes sin verla y me apetecía disfrutar de ella, aunque lo que me había dicho mi madre, la verdad es que me había dejado bastante preocupada.

¿Le dolía al hacer pis? Aquello me recordaba a cuando cogí durante el embarazo infección de orina varias veces, pero lo cierto es que dudaba de que Carmen, siendo tan pequeña, pudiera coger aquello tan fuerte como para que no quisiera de ninguna de las maneras hacer pis.

Me dio por mirar el móvil y tenía un mensaje de Nacho en el que me lo explicaba todo, tal y como me había dicho mi madre.

No obstante, cuando llegamos a casa, le di un baño de agua caliente y la insté a que, dentro de la bañera, con el agua calentita rodeándola, hiciera pis.

Lo hizo, pero se quejó de que le dolía, por lo que me quedé un poco más tranquila, pero decidí que al día siguiente la llevaría a su pediatra.

Sobre todo, también, después de haber llamado a Alejandra por teléfono para preguntarle cómo estaba y, ya de paso, preguntarle acerca del tema y que ella me aconsejase llevarla al médico al día siguiente, a ver qué opinaba él al respecto.

Después del baño le hice cacao caliente con galletas de dinosaurios y le puse una película de dibujos animados, acomodándola en el sofá hasta la hora de cenar mientras yo le hacía compañía preparando unas actividades para esa misma semana.

La vigilé durante toda la tarde y hasta que, después de cenar, nos acostamos en mi cama, a dormir, y parecía estar bastante bien, por lo que dejé las preocupaciones a un lado y le mandé un mensaje a Nacho para decirle que le echaba de menos.

*No llevas ni un día entero sin verme, cariño, me contestó.*

Sonreí al leerlo.

*Lo sé, pero, mira, debo quererte mucho para que me esté pasando esto,* le respondí.

Me mordí el labio cuando me dijo que él me quería más y, derrotada por el cansancio de todo el día, le di las buenas noches y me despedí.

Apagué la lamparita de la mesita de noche con la ilusión anidada en mi pecho, hacía mucho tiempo que no me acostaba tan feliz por sentir lo que sentía hacia otra persona.

Y así me dormí, serena; no obstante, aquella serenidad desapareció cuando, de madrugada, Carmen me despertó tirándome de la tela de la manga de mi pijama.

—¿Qué pasa, cielo? —le pregunté con voz adormilada.

—Mami —me susurró y yo abrí los ojos y me giré para accionar el interruptor de la lamparita.

Carmen estaba sentada en la cama con la carita roja como los tomates y la frente perlada de sudor.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, incorporándome yo también.

—Tengo mucho frío...

—¿Tienes mucho...? —le quise preguntar, pero me callé de pronto al tocar su frente con la palma de la mano.

—Carmen, estás ardiendo.

Me levanté corriendo de la cama y descalza fui a buscar el termómetro.

—No te muevas de aquí —le pedí, y lo último que vi antes de salir de mi habitación fue su cabecita negando levemente.

Cuando volví con el termómetro y se lo puse, no tardó en encenderse la lucecita naranja que indicaba que tenía fiebre.

Me asusté un poco, pero todavía me asusté más cuando comprobé que era fiebre bastante alta.

—Dios mío... Espera un momento, tesoro, mamá se va a vestir.

Cogí mi móvil al tiempo que buscaba en el armario unos vaqueros y una sudadera.

Busqué en llamadas y marqué el número de Dani, activando el “manos libres” mientras dejaba caer al suelo mis pantalones de pijama.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Dani no contestaba y yo ya estaba vestida a falta de ponerme el sujetador y la sudadera.

Me hice una cola de caballo imperfecta y me calcé las zapatillas.

—¿Estás bien, cariño? Estoy llamando a papá, ¿vale? —le dije acercándome a ella y dándole un beso en la cabeza—. Te vas a poner buena.

Hacía tiempo que se me había roto el coche y lo había llevado a desguazar, por lo que tenía que encontrar el modo de llevar a Carmen al hospital cuanto antes.

El maldito Dani no me respondía, así que recordé en ese instante que Alejandra tenía guardia en el hospital.

Como estaba en recepción, todavía podía seguir trabajando durante un tiempo más.

Le escribí un mensaje, pidiéndole que me mandase una ambulancia, que Carmen tenía fiebre muy alta y Dani no me respondía a las llamadas.

Después pensé que quizá no estaría pendiente del móvil porque, obviamente, estaría trabajando, pero Carmen necesitaba un médico y comencé a desesperarme.

Mis padres tampoco tenían coche, así que tampoco podía contar con ellos en ese aspecto.

Volví a llamar a Dani, pero seguía sin responder a las llamadas.

Hubiese sido sencillo llamar a una ambulancia o a un taxi, pero mi cerebro decidió llamar a Nacho, quien, con voz adormilada, me dijo que tardaba lo menos posible en ir a buscarnos y que le diera un baño de agua templada.

—De acuerdo, un baño de agua templada, sí —le contesté como si de un robot se tratase.

—Tranquila, me visto y voy para allá.

Asentí con la cabeza, aunque sabía que no podía verme, y me aproximé a Carmen tras colgar la llamada, subir el volumen por si Dani me devolvía las que le había hecho y guardar el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Ven, *cariñete*, vamos a darnos un baño para que no tengas frío —le dije.

Asintió y observé sus labios, blanquecinos y un tanto amoratados.

Procuré no pensar en que la fiebre le podía estar subiéndole y la desnudé para llevármela en brazos después hasta el baño, donde llené la bañera sin despegarme de ella.

—Mamá, no, quiero quedarme *contigo*.

—Con el agua templada dejarás de tener frío, ya verás.

Conseguí meterla dentro de la bañera y la observé tiritar.

La mojó suavemente, tirándole agua por el cuerpo y se dejó hacer a pesar de los temblores.

—¿Sientes menos frío?

—Quiero hacer pipí, pero me duele mucho —lloriqueó con desazón.

—Hazlo, cariño. Si lo necesitas, hazlo, no tengas miedo. Mamá ha llamado al *profe* Nacho, ¿sabes? Para que nos lleve al médico y te den jarabe.

Aquello pareció tranquilizarla y se quejó cuando decidió dejarse llevar y orinar.

Un par de gotitas de sangre tiñeron el agua cristalina y entonces supe con exactitud que lo más probable es que tuviera una fuerte infección de orina.

—De acuerdo. Ya está.

Le toqué la frente, pero seguía ardiendo y ella tiritando como minutos antes.

La sequé rápidamente y la vestí con ropa cómoda. Después le puse sus zapatitos de estar por casa y la bata por debajo de la manta en la que la enrollé y la acuné como si todavía fuera un pequeño bebé, porque así era como la veía en aquellos momentos.

Preparé su mochila con el termómetro y sus cositas personales, mi bolso y mi móvil del bolsillo, pues había comenzado a sonar.

Nacho nos esperaba abajo y, después de ponerme una chaqueta gorda y coger una botella de agua, bajé con Carmen en los brazos.

—Déjame que te ayude— me pidió cogiendo a Carmen de mis brazos.

—No lleva la silleta, la tiene Dani en su coche.

—No importa. Sube, llévala en brazos, es una emergencia.

Asentí e hice lo que me pedía. Una vez sentada en el asiento del copiloto, me puse el cinturón y cogí a Carmen entre mis brazos, quien parecía estar quedándose dormida.

—¿Has llamado a Dani? —me preguntó Nacho de forma seria.

—Sí, pero no me coge las llamadas.

Nacho suspiró.

—Tan responsable como siempre —dijo mirando por el espejo retrovisor central.

—Para Carmen suele serlo, seguramente tenga el móvil en silencio —le contesté, no quería entrar en disputas de ese tipo.

No sabía qué era lo que había pasado entre ellos y, obviamente, había un resquemor en Nacho hacia Dani que se notaba a kilómetros, pero tampoco iba a centrarme en aquello en ese momento, porque Carmen necesitaba con urgencia ir al hospital y era lo único que me preocupaba en aquellos momentos.

—Seguramente —me contestó pisando el acelerador.

Por suerte y, tal y como era de esperar, las calles estaban desiertas siendo las cuatro de la madrugada, por lo que llegamos al hospital en seguida.

Después de dar los datos y esperar unos cuantos minutos en la sala de espera de pediatría, el médico nos hizo pasar a Carmen y a mí, quedándose Nacho fuera.

Desde triaje le habían comentado los síntomas y me pidió llevarse a Carmen junto a una enfermera para que le hicieran unas pruebas, dado que tenía mucha fiebre.

—Pero ¿no puedo ir con ella? —le pregunté en un sollozo al doctor.

—Como poder, puede, señorita, pero preferimos que no, porque suelen portarse mejor.

Asentí con la cabeza, besé a Carmen en la suya y se la tendí a la enfermera.

—Pórtate bien con los médicos, cariño, mamá te verá en seguida.

—Ven, pequeña —le dijo la enfermera cuando la cogió en brazos.

—No te preocupes, yo estaré con ella.

Volví a asentir y me pasé un clínex arrugado por la nariz.

Se llevaban a lo más bonito que tenía en el mundo y yo solo tenía que esperar en aquella sala vacía y solitaria a que me dijeran algo.

Mal asunto.

## Capítulo 25

Salí de la consulta y vislumbré a Nacho sentado en una de las sillas de la sala de espera en la que se había quedado, mirando el móvil.

Me senté a su lado y comencé a llorar sin poder evitarlo.

—¿Dónde está Carmen? —me preguntó preocupado.

Me llevé las manos a la cara y me acodé en mis rodillas.

—Se la han llevado a hacerle unas pruebas. En un rato me avisarán —le dije—. Voy a enviarle un mensaje a Dani y a bajar el volumen del teléfono.

Nacho asintió.

—Puedes... en fin... si quieres irte, lo entenderé.

Nacho me miró a los ojos fijamente.

—No voy a moverme de aquí, Nerea, no voy a dejarte sola.

Le sonreí, pero al instante volví a llorar.

—Estoy muy asustada, sé que no será nada, pero...

—Lo sé, lo sé, y te entiendo. Yo también lo estoy.

Acaricié mi espalda con la palma de su mano y aquello en parte me reconfortó. Pero creo que me entenderás si te digo que realmente quien tenía que estar allí era Dani, su padre, mi apoyo en todo lo que acontecía a Carmen.

—Voy a por un café a las máquinas. ¿Quieres uno? —dijo Nacho, sacándome de mis cavilaciones.

Asentí con la cabeza.

—Que sea descafeinado, tengo los nervios de punta.

—Claro.

Nacho se levantó y se marchó en busca de las máquinas.

Fue entonces cuando, pocos minutos después, Dani me devolvió la llamada.

—Rubia, ¿qué ha pasado? Joder, tenía el volumen silenciado y, ahora que me he desvelado un poco, he mirado el móvil y me encuentro con esto —me dijo cuando descolgué la llamada.

Volví a llorar de nuevo, estaba muy nerviosa y era mi vía de escape en aquella situación.

—Es Carmen... —le dije en un sollozo.

—Voy para allá enseguida. Es el hospital de siempre, ¿verdad? ¿Ella está bien?

—Sí, es el de siempre. Pues... es que tiene mucha fiebre, Dani. Creo que tiene infección de orina, pero tenía fiebre y la he traído y...

—Vale, vale, tranquila, en seguida estoy allí. No te preocupes.

Colgué la llamada y me limpié las lágrimas de nuevo.

—Aquí lo tienes —dijo Nacho cuando llegó con los cafés—. ¿Hablabas con Dani?

—Gracias —le contesté cogiendo el mío, que humeaba—. Sí, era Dani. Viene hacia aquí. Joder, Nacho, lo siento... siento mucho haberte puesto en esta situación, no sabía qué hacer ni a quién llamar y ahora va a venir Dani y no quiero que estés incómodo.

—Si prefieres que me vaya, me iré, pero lo hago por ti, no por mí. Llegados a este punto me da

igual que venga o no.

—¿A este punto? —pregunté, no entendía.

—Yo te quiero, Nerea, y quiero estar contigo. En algún momento tenía que enterarse, digo yo.

Asentí con la cabeza, tenía razón.

—Lo sé, lo sé. Haz lo que tú sientas, Nacho.

—Ven aquí —dijo al tiempo que me rodeaba con su brazo izquierdo y me cobijaba en su pecho mientras me tomaba el café.

Supongo que sintió que debía quedarse, pues de allí no se marchó, solo un ratito después, para ir al baño.

Momento en el que llegó Dani.

Momento en el que pensé que no sabría dónde meterme cuando Nacho saliera del baño y se viera en aquella situación.

—Ey, rubia, ¿qué tal? —dijo preocupado nada más llegar. Besó mi mejilla y me dio un abrazo, impregnándose de su ya conocido aroma—. ¿Dónde está Carmen?

Le abracé y me dejé hacerlo por él.

—Se la han llevado a hacerle pruebas, no me han dejado pasar con ella.

Dani suspiró y se sentó justo donde había estado sentado Nacho minutos antes.

Sabía que estaba muy preocupado y que había venido todo lo rápido que había podido. Le necesitaba, le necesitaba allí.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —le pregunté sollozando de nuevo.

Dani me miró a la cara.

—Pues claro que sí. Si es una infección de orina le mandarán medicamento y en nada le bajará la fiebre.

Asentí, pasándome el pañuelo por los pómulos mojados de lágrimas.

—Solo espero que se ponga bien rápido. Sé que se encontraba muy malita, Dani.

—¿Sí? —me preguntó, seguramente, con un nudo en la garganta.

Carmen era para Dani una debilidad. Estaban muy unidos y yo sabía que no soportaría que algo malo le pasase.

Pensarás que como a cualquier padre, y es normal, pero te aseguro que Dani tenía una relación muy especial con Carmen.

—Temblaba y tenía los labios un poquito morados de la fiebre...

—Joder, tía, no me digas eso. Es...

Se calló. Se calló y cerré los ojos con fuerza, pues sabía el motivo de su silencio.

Se levantó acto seguido y miré rápidamente en su dirección.

Nacho se aproximaba hacia él con pasos tranquilos y actitud serena, pero Dani no pudo evitar apretar la mandíbula.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Dani de malas maneras, aunque sin alzar la voz.

—Ofrecer mi ayuda —contestó Nacho de forma tranquila.

Dani soltó una risotada.

—¿Tu ayuda? ¿Qué ayuda?

—He ido a buscar a Nerea a casa, necesitaba un vehículo para traer a Carmen al hospital.

—¿Que has...? Escúchame, tío, no quiero problemas, ¿vale? En serio —le dijo de forma chulesca—. Me parece genial que las hayas traído, eso ha sido porque yo tenía el volumen del teléfono silenciado, pero no por nada más. Puedes irte, Carmen tiene aquí a las dos personas más importantes de su vida. Repito, dos.

—Relájate, no quiero robarte a tu hija, Dani.

Miraba atónita a un lado y a otra, como si estuviera en un partido de tenis, prestando una total atención a aquella conversación.

—No sería la primera vez que intentas quitarme algo.

Nacho se rio amargamente y cogió su chaqueta de la silla de forma lenta.

—¿Vas a marcharte? —le pregunté acercándome a él y cogiéndole del brazo suavemente sin poder evitarlo.

—Por supuesto que va a marcharse. Que sea el profesor de Carmen no significa que...

Supongo que entonces se percató de aquel gesto entre los dos, de la forma de mirarnos, de la mano de Nacho posada en una de mis mejillas, rescatando una lágrima que moriría en mi cuello, al finalizar su recorrido.

—Nerea —me llamó.

Agaché la cabeza y cerré los ojos. El momento había llegado.

Dani se acercó un poco más.

—Nerea, dime que no.

No levanté la cabeza, mantuve la mirada fija en mis zapatillas.

—¡Nacho, tío, no me jodas! —exclamó entonces, haciéndose eco su voz en la sala vacía.

—No grites aquí, por favor —le pedí.

—¿Que no grite? —me dijo intentando no hacerlo, rojo de rabia y sorprendido a más no poder.

—Relájate, podemos darte una explicación... —Nacho intentó que la situación no se fuese de madre, pero Dani no estaba por la labor.

—Fuera —dije yo entonces, muy decidida.

—¿Cómo? —preguntó Dani, atónito.

—Fuera los dos —repetí—. Este no es el momento ni tampoco el lugar. Carmen está ahí dentro.

Dani se frotó la nuca y paseó en círculos, nervioso.

—Necesito un cigarro —dijo, y se marchó.

Nacho y yo volvimos a quedarnos solos y me tapé los ojos con las manos, presa de los nervios por el estado de Carmen y también por la situación.

—Nerea —dijo Nacho llamando mi atención. Levanté la cabeza para mirarle—, voy a salir a hablar con él.

—¿Estás seguro?

Nacho asintió con la cabeza.

—No tengo porqué esconderme de nada.

Aquella respuesta me sorprendió, no obstante, le dejé hacer y me quedé, esta vez sí, sola.

## Capítulo 26

*Nacho*

No me importó, no me importó en absoluto quedarme con Nerea. Solía ser sincero en prácticamente todos los momentos que se me presentaban delante y en este no iba a serlo menos.

Sabía perfectamente que Dani llegaría en cualquier momento, y sabía que tendríamos que enfrentarnos a esa situación ya fuera aquel día o más adelante.

Se había quedado impactado, lo sabía perfectamente porque lo conocía de sobra.

Dani era de los que no cambiaban y tampoco me extrañaba aquella reacción, por lo que me decidí a coger el toro por los cuernos y enfrentarme ya no a la situación, que también, pero más bien a mi verdad, esa verdad que llevaba tanto tiempo carcomiéndome por dentro.

Lo encontré fumando en la acera de enfrente del hospital.

Crucé la calle, me acerqué a él y soporté su mirada de odio.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—¿Podemos hablar? —le pregunté yo a mi vez.

Bufó.

—No. Dudo que tengamos nada que hablar.

—Pues yo creo que sí.

—¿Qué quieres contarme, tío? ¿Que te estás follando a mi ex, a la madre de mi hija?

Suspiré. Sabía que sería difícil.

—No es lo que piensas. No es solo... sexo.

Me miró.

—Nerea cuando quiere a alguien, lo quiere de verdad, ¿sabes?

—¿Qué quieres decirme con eso? —le pregunté tragando saliva.

—No irás a negarme que le has vendido el cuento del príncipe azul, porque ella se lo cree.

—Dame un pitillo.

Dani chasqueó la lengua contra el paladar, pero no cambió el gesto de su cara.

Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de su anorak y me lo tendió.

—¿Sabes algo? Nunca voy a entender la razón por la que me traicionaste de esa forma.

—Yo no te traicioné, Dani.

—Sí lo hiciste.

—Yo no te traicioné —repetí.

—¡Sí lo hiciste! —me gritó en la cara.

Cerré los ojos, rememorando momentos que cada día me obligaba a olvidar.

Tenía los ojos desorbitados de la rabia y el labio inferior le temblaba.

Una congoja se apoderó de mi pecho, no quería recordar lo que pasó, no quería recordar que mi mejor amigo me partiera la ceja y el labio.

—¡Eras mi amigo, joder! ¡Mi puto mejor amigo! —me gritó.

—Dani, basta ya. —La voz de Nerea sonó fría en el silencio de la madrugada. Estaba a punto de amanecer y nadie paseaba por las calles.

—¡Joder! —exclamó él, dándome un empujón en el pecho, desestabilizándome un tanto.

Tiré el cigarrillo al suelo con rabia y quise abalanzarme sobre él, pero Nerea se puso en medio.

—No —me suplicó poniendo las palmas de sus pequeñas manos sobre mi pecho de forma suave.

Apreté la mandíbula y di un puñetazo a la pared del edificio que teníamos al lado, consiguiendo que se asustara.

—¿Estáis locos? ¿Estáis los dos mal de la puta cabeza? Acaban de decirme que Carmen tiene infección de orina. Le han dado medicación para que baje su fiebre y se quedará ingresada esta noche en observación. La están llevando hacia allí.

Dani se tapó los ojos con las manos, sabía que estaba ocultando las lágrimas que salían de sus ojos para que ninguno de los dos nos percatáramos. Bien por la situación, bien por la tensión acumulada al no saber los resultados de las pruebas de Carmen,

—Dani... —insistió—. ¿Podéis parar, por favor?

—¡No! ¡No puedo parar!

—Pero ¿qué coño os pasa? ¿Qué sucedió? ¿Tan malo fue?

—¿Por qué no me has dicho que estabas con él? —le echó en cara con los ojos rojos y aguados de lágrimas.

—Porque no sabía cómo hacerlo. Además, no tengo por qué darte explicaciones, Daniel.

Asintió, apretando tanto los labios que se tornaron una fina línea blanca.

—¿Qué te ha hecho? ¿Por qué eres así con él? —le preguntó harta de la situación.

—Nerea, no...

—No, Nacho, quiero saberlo —me dijo mirándome. —Tengo que saberlo —recalcó, mirándome de forma seria.

—¿No se ha atrevido a decírtelo? —Dani se rio de forma amarga.

—¿De qué habla? —me preguntó directamente a mí.

—¡De que te quería! ¡Se enamoró de ti y me traicionó como un perro! —exclamó Dani, dejándonos totalmente perplejos a ambos.

Supuse entonces que Nerea ató cabos en su cabeza a toda velocidad, cada frase y detalle que ahora tenían sentido.

—¿Tú... me querías? —me preguntó.

—Me voy con mi hija —dijo Dani.

Dani se marchó y yo, tragando saliva, observé a Nerea para después bajar la cabeza.

—No hablas —me dijo.

Levanté entonces la vista hasta sus ojos. No, no hablaba, no sabía qué decirle, qué excusa ponerle para justificar mi decisión de habérselo ocultado.

—Sí, me enamoré de ti.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Y, ¿por qué sí? Es el pasado, Nerea...

—No, no es el pasado, Nacho. Estamos juntos, ahora, en el presente. Yo...

—¿Tú...?

No sé lo que quería decirme, pero sí sabía con exactitud que su mente y su corazón estaban con Carmen en aquel momento.

—Habla de esto, ¿vale? —le dije.

—He de volver con Carmen. Gracias por lo que has hecho por nosotras hoy.

Asentí con la cabeza, me acerqué a ella y le di un beso casto en los labios.

No sabía por qué, pero de repente la tensión entre nosotros se podía cortar como un cuchillo.

Supuse que se sentiría extraña, le había ocultado aquel dato tan importante, lo había delegado en Dani, y sabía perfectamente que Dani jamás le diría algo así.

Dani siempre había sido muy protector con ella, nunca se lo hubiera confesado si no se hubiera visto acorralado así, como en la situación anterior.

Me alejé hacia mi coche, aparcado no muy lejos de allí, y ella me observó marcharme desde la puerta del hospital.

Tenía clara su prioridad en aquel momento y, obviamente, no era yo.

## Capítulo 27

Carmen se despertó sobre las ocho y, cuando después de buscar mi mirada fijó sus ojitos sobre los míos, me sonrió levemente y me señaló con su dedito a Dani, quien dormitaba en un sillón de cuero negro algo anticuado que había en la habitación con la boca entreabierta.

Reprimí una carcajada.

—¿Cómo estás? —le pregunté acercándome a la camilla, donde estaba acostada.

Llevaba un pijamita que le habían dado horas atrás y sus calcetines de *Bambi*.

Le habían puesto una sonda para que hiciera pis y me parecía que le molestaba un poco.

—Tengo un poco de *hambie* —dijo con su vocecita.

Me reí.

—¿Tienes un poco de hambre? Te han traído un vaso de leche.

—Jo, mami, pero a mí me apetece un donut.

—Vaaaale, ¿quieres que vaya a por un donut?

—Sí, pero quiero despertar a papi.

—Vale, despertémosle entonces —le contesté rodeando la cama donde ella se quedó tumbada y me acerqué a Dani.

—Ey... —le dije acariciándole el brazo.

Dani abrió los ojos de golpe, un poco sobresaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, nada, solo que alguien quería que te despertara —le contesté sonriendo.

Dani se incorporó y se asomó tras de mí, donde Carmen le esperaba con una sonrisita en sus labios.

—Pero, cariño, ¿ya te has despertado? —le preguntó acercándose a ella para besarle la cabeza.

—¡*Papocho!*

—Hola, princesa. ¿Cómo te encuentras?

Movió la cabecita de un lado a otro para terminar diciendo:

—Ya le he dicho a mami que tengo un poco de *hambie* y que quiero un donut.

Dani se rio.

—¿Quieres que papá vaya a comprarte el donut y te suba los cuentos que tienes en el coche?

—Sí, papá.

—Bien. Rubia, ahora subo. ¿Has llamado al curro y eso? Si quieres puedo quedarme yo, tengo el turno de tarde.

Lo sopesé unos instantes, y la verdad es que si me daba prisa podía llegar al cole, aunque fuera un poquitito desaliñada.

—Vale, no tardes en subir, me da tiempo a llegar —le dije sonriendo.

En lo que Dani bajaba y subía para traer lo que Carmen había pedido, me arreglé un poco en el aseo de la habitación y agradecí llevar en mi bolso polvos de sol y un poco de máscara de pestañas.

Atusé mi pelo con los dedos, peinando mi coleta y haciéndomela de nuevo y me puse un poco de agua de colonia de Carmen, la cual estaba en su mochila.

—¿Qué tal estoy? —le pregunté cuando salí del baño.

—Guapísima, como la princesa Aurora.

Me reí.

—Pues espero no ser tan dormilona como esa princesa, menudo aburrimiento.

—Ya, pero la besa el príncipe azul.

Sonreí, aunque en ese instante invadió mi mente de nuevo la situación vivida junto a Nacho y a Dani horas atrás.

Con todo lo de Carmen y con el hecho de estar velando su sueño, preocupada por su bienestar, aquello había pasado a un segundo plano.

La imagen de Nacho llegó a mi cabeza y una sensación me invadió por dentro. No sabía cómo actuar ante él, si acaso nos debíamos una conversación o deberíamos dejar el tema así.

No obstante, con Dani sí que daba ya el tema por zanjado, le había visto afectado. Y, aunque lo entiendo, pues era su mejor amigo, también me cercioré de que le tiene mucho rencor.

Hablando del rey de Roma, apareció de nuevo en la habitación y besé a Carmen para despedirme.

—En salir del trabajo está aquí mami, ¿vale?

Carmen asintió.

—Hasta luego, Dani.

—Hasta luego, no te preocupes por nada. Yo me quedo.

Asentí con la cabeza y salí pitando del hospital para dirigirme al trabajo todo lo deprisa que me daban las piernas para llegar a la parada de metro más próxima.

Durante el trayecto me entretuve poniendo al día a mis amigas mediante un grupo de WhatsApp que teníamos las tres, ya que Alejandra se había quedado bastante preocupada.

Y también avisé a mi madre a través de una llamada telefónica, ya que era ella la que normalmente recogía a Carmen.

—Pero, Nerea, cariño, ¿seguro que está bien? —me preguntó angustiada.

—Sí, mamá, tenía un poquito de febrícula esta mañana. En cuando se le baje del todo, imagino que la mandarán a casa. Dani está con ella hasta que yo vaya.

—Vale, cielo, avísame de todo. Si sigue allí esta tarde, pasaremos a verla tu padre y yo.

—De acuerdo. Mamá, te dejo, entro al cole.

—Vale, cariño. Hasta luego.

—Hasta luego, mamá.

Recé para no cruzarme con Nacho, no estaba del todo tranquila con Carmen todavía en el hospital como para poner las cartas sobre la mesa, aunque, si lo pensaba, en el fondo tampoco tenía tanta importancia.

No obstante, estaba enfocada en que la mañana se me pasase lo más rápido posible y en volver al hospital al terminar mi jornada como un rayo.

Y así fue.

Asamblea, un cuento para trabajar la diversidad, números, patio y almuerzo, hábitos y rutinas, letras y a casa.

Cuando quise darme cuenta era la hora de la salida, ni siquiera me había cruzado con Nacho en la hora del patio, pues no me había puesto en la misma zona en la que solía ponerme para observar el juego de los niños, por lo que no le pude ver, y estaba corriendo de nuevo hacia el metro para volver junto a mi gusanito.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí, ya estoy aquí —dije como un disco rayado cuando llegué a la habitación—. ¿Qué tal la mañana?

Me los encontré comiendo cada uno un McDonald's, poniéndose como cerditos y arqueé las cejas.

—Yo preocupada y vosotros así —dije poniendo los brazos en jarras.

Carmen soltó una carcajadita y se me infló el corazón de amor.

—Somos unos tramposos, mami —dijo la muy sinvergüenza.

—¿Y la fiebre? —pregunté mirando a Dani, al tiempo que le ponía la palma de mi mano en la frente a la niña.

—Ni rastro, los antibióticos han hecho efecto. En un rato nos vamos.

—Ay, qué bien —dije con un suspiro, aliviada. —Jolines, qué hambre —murmuré robándole a Dani una patata frita.

—¿Quieres media? —me preguntó refiriéndose a la hamburguesa que se estaba comiendo.

—Te diría que sí, pero, jo, *Danielo*, es tu comida —le dije poniendo morritos.

—Anda, ven aquí y toma la mitad, no seas tonta. Ya me pillaré algo a media tarde —me dijo.

—¿En serio? —le pregunté con un mohín.

—¿Quieres comerte esa pechuga de pollo tan sosa que Carmen dice que está asquerosa? —me preguntó.

Miré la bandeja de comida que le habían traído e hice una mueca.

—Puag, no. ¿Cómo has podido comprar esto?

—Me lo ha traído mi madre —me dijo con una sonrisa.

Sonreí yo también y me senté a su lado.

—¿Qué tal el día? —me preguntó.

—Atacada por venir aquí, pero bien. ¿Qué tal vosotros?

—Bien, tranquila, Carmen ha estado bien. Se está recuperando.

Asentí con la cabeza y sonreí.

Terminamos de comer y lo cierto es que aquella hamburguesa me supo a gloria.

Carmen, que estaba cansada, se quedó dormidita mirando en el móvil de Dani un capítulo de *La Patrulla Canina* y terminé de tranquilizarme cuando la vi descansar plácidamente, pues eso significaba que había una mejoría en el tema de la infección y que pronto podríamos irnos a casa.

Dani le quitó el móvil con cuidado de que no se despertara, pausó el video y bloqueó la pantalla.

—Rubia, yo... respecto a lo de esta mañana —comenzó a decirme.

Suspiré, no quería hablar de ello, no quería sacar el tema.

—¿Qué? —le pregunté, dispuesta a hacer de tripas corazón.

—No quiero que pienses que soy un mal padre. De verdad, tenía el móvil en silencio y estaba dormido. No tenía forma de enterarme. Joder, todavía pienso que, si no me hubiera desvelado, no me hubiera enterado hasta a saber cuándo. Lo siento mucho, Nere, te lo juro.

—Dani, no pasa nada, en serio.

—No, joder, no lo entiendes. Lo sois todo para mí, ¿sabes? Todo. Y de algún modo siento que os he fallado cuando más me habéis necesitado.

Mi corazón se arrugó un poquito y me latió rápido. La verdad es que no sabía qué decirle a aquello que me acababa de soltar.

—No, Dani, no nos has fallado... yo no pienso eso.

Bajó la cabeza y se frotó la barba con la palma de la mano.

—Quiero pedirte perdón. No tendrías que haber llamado a nadie si yo hubiera estado para ti.  
Tragué saliva.

Sus ojos estaban aguados, parecían tristes, no sabía exactamente qué era lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Dani, por favor...

—¿Te acuerdas cuando nació Carmen? —me preguntó y me rompió todos los esquemas—. Me atreví a sacarla, tal y como me había dicho el médico, en aquella sala de partos, y la vi llorar, gritar al mundo que ella ya había llegado para pisar fuerte y convertirse en una chica de puta madre.

Me reí ante la coletilla del final.

—Claro que lo recuerdo. Creo que no podría olvidarlo nunca.

—Estabas... —se humedeció los labios con la lengua y después tragó saliva —tan guapa aquel día...

—¿Qué dices? ¡No seas mentiroso! —exclamé dándole un empujoncito cariñoso, cosa que le hizo reír.

—Te juro que no te estoy mintiendo, estabas de locos aquel día. Y lo hiciste tan bien... Lo sigues haciendo muy bien. Y yo, que soy tan desastre... —dijo desviando la mirada y sonriendo.

—Eres un padrazo, Dani.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí, es que no tengo ninguna duda. Eres perfecto para Carmen, ¿no lo ves?

Asintió con la cabeza, orgulloso, sonriendo feliz por las palabras que le acababa de dedicar.

Dani había sido todo para mí, habíamos pasado muchísimas cosas juntos, muchos momentos y vivencias que, seguramente, si hubieran sido con otras personas y no con él, hubieran sido muy diferentes.

Había sido la primera persona en robarme el corazón, con su cara de niño malo y su perfecta forma de besar.

Me vinieron a la cabeza todos los momentos, las risas, las salidas a la discoteca, donde nos besábamos apasionadamente entre luces de neón y humo de fresa.

—Carmen es lo más bonito de mi vida —dijo mirándola y sonriendo al tiempo —, pero siempre he querido ser perfecto para ti —añadió.

Apreté los labios y le sostuve la mirada.

Acarició mi mejilla con sus dedos y puse la palma de mi mano sobre ellos, apretándola con cariño.

—Y lo fuiste, te lo puedo asegurar.

—Hablas en pasado.

Asentí, mordiéndome el labio, aguantando la tensión que se estaba almacenando en mi pecho y el fuerte trotar de mi corazón.

«No me hagas esto, Dani, por Frozen».

Sus largas pestañas se movieron cuando parpadeó y mis ojos no pudieron evitar mirar su boca, esa que tanto me había hecho gozar antaño y tanto amor me había demostrado con besos.

—Es que...

—¿De verdad no me quieres? ¿De verdad has olvidado todo lo que vivimos? Si es así, me rindo, rubia, pero necesito oírlo de ti.

¿Cómo se lo explicaba? ¿Cómo le explicaba que muchas veces no se trataba de querer o no, que muchas veces el amor no bastaba como parche?

Dani se aproximó a mí y juntó sus labios con los míos.

Sin poderlo evitar, las lágrimas saltaron de mis ojos, haciéndome sentir una catarsis que no me esperaba.

Recuerdos, imágenes, momentos únicos...

Dani riendo conmigo en la cama, desnudos bajos las sábanas.

Dani y yo tomando una foto del primer diente que le salió a Carmen.

Sexo salvaje en los baños de nuestra discoteca favorita.

Carmen durmiendo entre los dos con apenas un par de meses, enganchada a mi pecho y con su pequeño pie rozando el abdomen de Dani.

La lengua de Dani invadió mi boca y su imagen se distorsionó en mi cabeza con la de Nacho levantándose del suelo en mi caída de la bici, Nacho vestido de Frankenstein, su vaso de vermut chocando con el mío en el Mercado de San Miguel...

—Para, para, por favor...

Cerró los ojos y bajó la cabeza, haciendo una mueca.

Me tapé la boca, maldiciéndome mentalmente.

—Esto no puede volver a pasar, Daniel.

Asintió de forma triste, mirándose.

—Nerea, yo...

—Dani, lo nuestro no funciona. ¿No lo ves? No se trata de que te quiera o te deje de querer.

—Pero...

—Eres una persona muy importante en mi vida, pero ya no estoy enamorada de ti. Y no podemos seguir haciéndonos daño discutiendo. Creía que lo tenías claro.

—Lo pillo. Me marcho al curro, ¿vale?

—Dani...

—Dime.

—Por favor, no te vayas mal.

—No lo hago, rubia. Solo... solo quiero que estés bien. Hablamos.

Cuando Dani se marchó no es que me hubiera quedado rota, pero sí sentí mi corazón un tanto resquebrajado.

Lo que no sabía es que pronto se rompería.

Cuando le dieron el alta a Carmen y salimos de la habitación, pocos minutos más tarde de que Dani se marchara, mi pequeña se tropezó con una flor que había en el suelo.

Aquello me pareció muy extraño, esa es la verdad, pero tampoco le di demasiada importancia. Podía ser de cualquier persona.

—Una flor, mami.

—Ya, cielo, no sé de quién será, pero la gente suele dejar cualquier cosa en cualquier sitio.

No sabía lo que decía, está claro. No obstante, lo descubrí más tarde.

# Capítulo 28

## *Nacho*

El día en el que me enamoré de Nerea, bueno, mejor dicho, el día en el que descubrí que lo estaba, porque estoy seguro de que ese cambio dentro de mí, sucedió mucho antes, mi chica estaba preciosa.

Me reí amargamente, preguntándome si en aquel momento y a esas alturas podía seguir llamándola así.

Descubrir que la quería desde hacía mucho tiempo parecía haberla perturbado y, justo antes de despedirnos, me dio la sensación de que se quedó con ganas de decirme algo, pero eso, estaba casi convencido, de que me quedaría con las ganas de saberlo.

No, no estaba seguro de si podía seguir llamándola así: “mi chica”, “mi novia”, “mi princesa” ... tal y como ella se consideraba. Y no se equivocaba en hacerlo, pues es lo que era.

Una princesa de la cabeza a los pies, pero una princesa que, al fin y al cabo, me había traicionado.

Acudí al hospital después del trabajo para hablar con ella.

Aunque no habíamos cruzado palabra alguna a través del móvil ni tampoco nos habíamos encontrado en el colegio, cosa que, todo hay que decirlo, me parecía raro, creía de manera sincera que nos debíamos una conversación.

Una conversación que liberase de dudas el hecho de por qué no le dije nada antes, de por qué desaparecí de mi grupo de amistades, de por qué siempre fui un maldito cobarde para decirle lo que sentía.

Joder... eran tantos los motivos, tantas las razones por las que me había tenido que obligar a convencerme casi de manera inútil a no abrir la boca y no decirle nada...

Una de ella era Dani, mi mejor amigo en aquellos momentos.

Cutre, patético, mal amigo... esos adjetivos eran las únicas palabras que pasaban por mi mente cuando me lamentaba de que mi corazón la hubiera elegido precisamente a ella, a sabiendas de que, en el terreno del amor, nadie tiene elección.

Pero, maldita sea, seguía siendo ella, Nerea, la novia de mi mejor amigo, y Dani estaba hasta las trancas.

«Te entiendo, tío, yo también lo estoy», pensaba cada vez que me hablaba de ella, cosa que era normal, ya que compartíamos una amistad muy grande.

La segunda razón, entre otras, era mi sentido de la moralidad. ¿Con qué cara me presentaba ante Nerea y le decía que me había vuelto loco por ella?

Pues con la de lo que era, un sinvergüenza sin escrúpulos.

Todo eso me lo había estado repitiendo años tras año desde que Dani me pidió que me alejase de él y de todo lo que le rodaba después de partirme la boca y la ceja.

Como he dicho, la noche en la que a Dani le confesé la verdad, Nerea estaba preciosa.

Al menos, para mí, brillaba, y se convertía en el foco de atención de toda la fiesta a la que habíamos acudido en nuestro tercer año de carrera.

Era sencilla, que no por ello menos apetecible e interesante, y eso me gustaba.

Compartíamos opiniones y risas, lo pasábamos muy bien.

Entre lo que veía de ella y lo que Dani me contaba, cuanto más la conocía, más me pillaba por ella.

Esa noche no aguanté más y, después de haberla visto reír a carcajada limpia y bailar como si nada que no fuese la canción que estaba sonando importara, tuve que confesarle a Dani la verdad.

Recuerdo que le pedí que saliéramos fuera de la casa donde se daba la fiesta, lo que menos quería era montar un espectáculo, bastante tenía con tener algo de popularidad en la facultad, cosa que no entendía y que odiaba, por cierto.

Cuando le dije lo que me estaba pasando, Dani entró en cólera, pues siempre había sido muy celoso.

No me extrañaba, si mi mejor amigo me confesara algo así, supongo que también me hubiese vuelto loco.

Me pidió que lo retirase, que retirase aquellas palabras que le habían hecho hervir la sangre dentro de sus venas.

Me negué.

No pude.

¿Cómo negar lo evidente? ¿Por qué tenía que retirar aquellas palabras si eso era lo que sentía?

La rabia le pudo y nos peleamos hasta hacernos daño.

Bueno, más bien, traté de defenderme todo lo que pude, dejándole la nariz sangrando.

Nuestra amistad murió aquel día, justo cuando mi corazón me gritó el nombre de la tía más especial del planeta dentro de mi caja torácica.

A partir de ese momento, me refugié en otros brazos, en otros besos, en otras piernas...

Hasta que, por azar o fortuna, volvimos a encontrarnos.

No voy a mentir y a decir que no sabía cómo le había ido en la vida a Nerea.

La veía por redes sociales a pesar de que no era demasiado activa en sus cuentas. No obstante, Dani sí posteó las ecografías del embarazo de Nerea; su barriga; la mano de Carmen recién nacida; sus pequeños pies juntitos, apoyados en los labios de Dani; Nerea besando la cabeza de Carmen; Dani y Nerea besándose...

Cerré los ojos con fuerza y tiré las otras dos flores que llevaba en las manos a la basura justo cuando salí del hospital.

Una de ellas se me debía haber caído en algún sitio, pero eso ya no importaba.

Había ido a buscarla, quería explicarle las cosas, darle mis razones y allí estaba ella, besando a Dani.

Besando a su ex novio, al padre de Carmen, al que era mi mejor amigo.

Había hecho el idiota, me sentía muy imbécil.

¿Acaso todo lo que habíamos vivido era una mentira? ¿Acaso yo no era en realidad ese príncipe azul que tanto ansiaba encontrar?

Me dolía.

Lo juro, me dolía el corazón solo de recordar la imagen de lo que había visto en la habitación de Carmen.

Ahí sí entendí a Dani, yo también le hubiera partido la cara.

Pero la traición de Nerea a mí sí me partía en dos.

Me sentía humillado. Y ni siquiera sabía cómo enfrentar aquella situación ni si decirle lo que

había visto, por desgracia.

Joder...

Le hubiera dado tanto, pero tanto.

Y nuestros labios no merecían tanto daño, los suyos ya no eran míos, porque pensaba en aquel momento que nunca lo habían sido.

Le podría haber dado tanto, si ella hubiera querido. Hubiera hecho lo imposible, todo lo que estuviera en mi mano.

El pasado había podido con ella, conmigo, con los dos. No habíamos salido vivos de aquella pesquisa del príncipe azul inexistente.

No sabía qué había visto en mí, ni de qué se había enamorado, ni siquiera si lo había hecho de forma real.

Hubiera caminado descalzo, con frío, si hubiera querido, como decía Pablo Alborán en aquella canción que gustó tanto a la gente.

Me senté en el coche y apreté con mis manos el volante hasta que mis nudillos se volvieron blancos.

Las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos y las dejé nacer, llevándome las manos a la cara.

Lloré, lloré por Nerea.

Por los abrazos que no supe darle, los besos que no fueron suficientes...

Le diría que se marchara, que se fuera de mi vida. No obstante, el que se iría sería yo.

Habíamos pasado de ser todo, de comernos con los ojos entre clase y clase, en el patio del recreo y en la sala de profesores, a ser nada.

El aire comenzó a pesar dentro del vehículo y me obligué a relajarme, aquello no me llevaba a ningún sitio.

Solo sentía que no podía volver a verla, que no podía mirarla a la cara, me dolía demasiado.

Mi sueño se rompió en ese momento, solo tenía que pensar cómo hacerla despertar de él a ella también.

Mi teléfono móvil sonó y leí las palabras que me había escrito. Me preguntaba cómo estaba.

Me armé de valor y escribí...

## Capítulo 29

*Roto. Esto acaba aquí, Nerea. Tu príncipe azul siempre ha estado contigo, y no soy yo. Espero que la reconciliación con Dani te merezca la pena. Dicen que siempre ha besado muy bien.*

*Besos, princesa.*

Cuando cogí mi móvil para ver la respuesta de Nacho una vez le hube preguntado yo qué tal estaba y leí aquello, mi ritmo cardiaco aumentó hasta un punto en el que mi respiración se aceleró.

Ya habíamos llegado a casa cuando leí aquel mensaje, y paseé de forma nerviosa por el comedor, intentando pensar qué hacer con todo lo que se me venía encima.

Mi estado de nervios parecía ser permanente con lo que había pasado con Carmen y ahora se sumaba esto.

—Mami, ¿qué te pasa? No estés triste, yo ya estoy buena —me dijo Carmen sentándose de un saltito en el sofá.

La miré y corrí hacia ella, sentándome a su lado.

—No, cariño, ya no estoy triste —le dije.

—Sí —insistió ella.

Suspiré, conteniendo las lágrimas. Entonces decidí hacer algo que, quizá, en otro momento no hubiera hecho.

—Oye, mi vida, ¿tú qué harías si hubieras hecho algo malo y una persona a la que quieras mucho se hubiera puesto muy triste por tu culpa?

Carmen se quedó callada un momento, pensando la respuesta.

—¿Y llora?

—Sí —dije con un nudo en la garganta—, creo que sí.

—Pues...

Me humedecí los labios con la lengua, esperando sus palabras.

—Le pediría perdón —dijo al fin, encogiéndose de hombros.

Asentí con la cabeza.

—Claro, cariño, muy bien.

—¿Tú también le pides perdón?

—Por supuesto.

Carmen sonrió y se tumbó en el sofá.

—¿Quieres que nos demos un baño y nos pongamos el pijama? —le pregunté sonriendo.

—¡Sí! Me encanta llevar pijama.

Sonreí de forma triste, pero sincera,

—Y a mí.

—Venga, ve al baño y ves quitándote la ropita. Hago una cosa y voy a por los pijamas, ¿vale?

Carmen asintió y se marchó a hacer lo que le había pedido.

Acto seguido, escribí: *Puedo explicártelo, no es lo que piensas. Si has visto algo, que intuyo*

*que sí, no lo has visto todo.*

Estaba en línea, por lo que esperé a que contestara.

*¿Que no lo he visto todo? Nerea, ¿me estás vacilando? Pues si no lo he visto todo, tampoco quiero ver nada más, me dijo.*

*Nacho, por favor, vamos a hablar las cosas. Lo siento, perdóname, te pido disculpas por lo que viste, déjame explicártelo.*

Sabía que no iba a ser tan fácil y, aunque la rabia me invadía y me hacía llorar por no poder hacer nada, le entendía, pues sabía perfectamente que, si yo hubiera visto lo mismo o algo parecido, también estaría de la misma forma.

El teléfono vibró entre mis manos y leí con aprensión: *Déjalo estar, por favor.*

No le respondí, no era el medio idóneo para hablar las cosas y menos ese tipo de cosas.

Decidí entonces que mañana después de clase, en la sala de profesores, quemaría mi último cartucho.

Tuve la esperanza en aquel momento de que podía arreglarlo todo en persona, cara a cara. Si iba a dejarme, al menos que me lo dijera mirándome a la cara y no por teléfono.

Dejé el móvil de cualquier manera sobre el sofá y me levanté para preparar las cosas del baño.

—¡Mamá, ven ya!

—Voy, voy.

Al día siguiente no di pie con bola en el trabajo, pasándome la mañana siendo una torpe de cuidado y estando distraída dando las clases.

No obstante, cuando la mañana terminó y dejó de ser eterna, salí pitando hacia la sala de profesores, donde sabía que Nacho estaría porque siempre solía quedarse unos minutos más.

Como siempre, estaba vacía y no había nadie, salvo él, con su libreta de programación abierta sobre la mesa.

Entré como un vendaval, dejé mis cosas a su lado, haciéndolo suspirar, supongo, de pesadez, y corrí a cerrar la puerta con el pestillo interior, corriéndolo para que nadie pudiera entrar desde fuera. Aunque dudaba mucho que alguien quisiera hacer eso.

—Ahora me vas a escuchar —le dije parándome frente a él.

—Nerea, no tengo ganas —me dijo con dejadez.

Tenía unas ojeras que no le había visto nunca, y los caracolitos castaños de su pelo estaban revueltos, como su barba, que lucía un aspecto algo desaliñado.

—Me da lo mismo que no tengas ganas, Nacho. Necesito explicártelo, no quiero que pienses cosas que no son —le dije de forma nerviosa.

Nacho sonrió, pero aquella sonrisa no tenía nada que ver con las que me dedicaba días atrás, que eran todo dientes y perfección. La de aquel momento era forzada, amarga, pequeña.

—¿Cosas que no son? Sé lo que vi, Nerea. Sé lo que vi perfectamente y no me hizo falta ver más.

—No viste lo que pasó luego.

—¿Cómo? —me preguntó de malos modos—. ¡Te comió la boca, joder! ¡Dani te estaba comiendo la boca! Y estás conmigo, Nerea, conmigo —dijo señalándose con dos dedos a sí mismo—. Bueno, estabas, porque esto se termina aquí.

—Nacho, por favor... —le supliqué desesperada—. Sí, es cierto, me besó, nos besamos, pero puedo explicarlo... Dios, se trata de Dani, siempre estamos con idas y venidas, me pilló con las defensas bajas, había pasado lo de Carmen y yo... Es su padre, Nacho. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba pasando me aparté de él y lo hice por ti.

—Oh, vaya, muchísimas gracias —dijo sarcástico—, muy amable por tu parte. Por eso, como es el padre de tu hija, inténtalo con él tantas veces como te dé la gana, yo me aparto del medio.

—No quiero intentar nada con él, quiero intentarlo contigo, ¿no lo ves?

—Menuda forma de demostrarlo. No debería haberme arriesgado, ¿sabes? —Resopló—. Joder, tía, después de haber pasado el tiempo, cuando creía que te había olvidado, te encontré aquí y... se me despertó todo otra vez. Pasábamos tiempo juntos, me hablabas de ti y de tus citas desastrosas y, mientras, yo pensaba en lo patéticos que me parecían y en cómo podría yo prepararte una cita especial, una que no olvidarás nunca.

—Y lo hiciste —le recordé con un atisbo de esperanza de que se ablandara.

—Sí, lo hice. Y ahí empezó todo y siguió igual o mejor. Hasta ayer...

—Nacho, por favor, ya te lo he explicado.

—¿Sabes el problema? Que desde que te he encontrado he visto cómo dos tíos te han besado en mis narices y, créeme, no es plato de buen gusto.

—No estábamos juntos cuando salí con Jesús, no tenía por qué guardarte ningún tipo de respeto de ese tipo.

—Es cierto, pero eso no significa que me duela menos. Aunque es verdad, no tengo nada que recriminarte de ese beso. Pero lo de ayer... Nerea, no puedo estar con alguien en quien no confío.

—¿No confías en mí?

—No confío en tus sentimientos por Dani, ellos siempre mandan y nunca se equivocan.

—Nacho, por favor —le imploré con las lágrimas resbalando por mis mejillas.

Me acerqué a él y le cogí de la mano.

—Nerea, no puede ser. No puedo hacerlo, lo siento mucho.

—Pero tú me quieres... me has querido desde siempre. Además, me lo ocultaste.

—No juegues a las comparaciones. Te lo oculté porque estoy en mi derecho de no contarle todo a todo el mundo.

—Pero yo no soy todo el mundo.

Nacho suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—No tengo ganas de seguir con esta conversación. Si quieres, más adelante, podemos hablar de este tema con más calma, pero ahora solo quiero irme a casa y dormir un poco.

Tragué saliva y asentí. Ahí estaba, el final, un final que no era para nada feliz.

Nacho se marchó de la sala sin ni siquiera mirarme y ahí me quedé, sola, llorando desconsoladamente por un príncipe azul que seguía con la capa resplandeciente, pues quien no había estado a la altura, había sido yo.

## Capítulo 30

Los últimos días de curso hasta que llegaron las vacaciones de Navidad pasaron y, aunque se me habían hecho eternos por las circunstancias, por fin habían llegado a su fin.

No había sido fácil trabajar sabiendo que Nacho estaba en el mismo centro; que podía cruzarme con él en cualquier momento; que tenía que poner cosas en común con él, pues las tres clases de infantil solíamos hacer cosas juntos y a parte del resto, que eran las clases de primaria.

Compartir patio tampoco fue sencillo, ya no existían las miradas furtivas. Los primeros días de nuestra separación alguna que otra mirada me parecía de desdén, después vino la indiferencia, que era lo que más daño me hacía, lo que más me dolía, pues pensar que había dejado de importarle o que era imposible a mí, me partía en dos.

Mi alrededor estaba al tanto de lo sucedido, por supuesto, pero había pasado lo gordo, que fueron los primeros días, en los que mis amigas vinieron a ponerme las pilas, a sacarme de casa y a obligarme a peinarme el nido de pájaros que llevaba 24/7 en lo alto de la cabeza.

Me recordaron que no podía perderme, no podía dejarme a mí misma por aquella ruptura que, si bien había sido bastante dolorosa, no dejaba de ser eso: una ruptura que, un día u otro, dejaría de doler.

No obstante, aunque el dolor sí se había amortiguado con el paso de los días, todavía lo sentía dentro, todavía me invadían nuestros recuerdos juntos, sus besos, sus tonterías para hacerme reír, sus caricias, el sexo en mi cama...

Y la Navidad la sentí vacía sin él a pesar de lo mucho que me gustaba y a pesar de vivirla al máximo con Carmen.

No estaba siendo fácil, pero, para mi sorpresa, aunque en un principio creí que sería imposible, poco a poco lo estaba consiguiendo, poco a poco estaba superando a Nacho Marín.

—O empiezas a sonreír de verdad o voy a tener que hacer algo al respecto —me dijo Dani el día de Navidad, después de comer.

Solíamos comer juntos aquel día por Carmen, incluidos sus padres y los míos, para abrir junto a ella todos los regalos que Papá Noel le había traído.

Estábamos en casa de sus padres, la cual era más amplia para que todos estuviéramos más cómodos y me había pillado en la cocina, cogiendo más hielo para servirme otro vaquero de crema de whiskey.

—No sé de qué me hablas —le dije haciéndome la loca, maldiciéndome en mi interior.

—Ya, claro, como siempre. Escúchame —me dijo tocando mi brazo suavemente para llamar mi atención —, es su problema, ¿vale? Es su puto problema si no quiere ceder.

—¿Tú cederías? —le pregunté para pillarlo—. ¿Cederías si estuvieras enamorado de mí y vieras algo así estando juntos?

Tragó saliva.

—Precisamente con él, además.

—Pues...

—Ahí lo tienes —le dije cerrando la puerta del congelador con la cintura, con el hielo quemando mis manos.

Lo deposité en un plato hondo para llevarlo a la mesa.

—Lo haría.

Arqueé las cejas. No me lo creía, Dani no haría eso ni harto de vino.

—No flipes.

—Si te quiere de verdad, lo hará, te perdonará. Fue un beso de mierda, joder... si supiera todo lo que sigo soñando con hacerte sí que montaría el drama.

Le miré, parpadeando varias veces.

—Deja de flipar —insistí.

Dani resopló, sentándose en la pequeña mesa de la cocina, para encenderse un cigarro y fumar allí, pues en el comedor, con Carmen pululando por allí, lo evitaba.

—Que sí, rubia, que ya sé que eso no va a pasar. Solo había sido un ejemplo para que me entendieras.

Me senté frente a él.

—¿Por qué nunca me contaste el motivo de vuestra separación? Tenía relación directa conmigo.

Dani dio una calada y tiró el humo lentamente por la nariz.

—¿Y demostrarte que fui un celoso de mierda y actué desde la inseguridad? Le partí la boca aquella noche, tía. No te imaginas lo mucho que me arrepiento de aquella reacción... —se pasó la mano por la cara—. Supongo que era más crío y... yo qué sé.

—Era tu mejor amigo.

—Lo sé, y no te imaginas lo que me dolió verme en aquella situación. Tú estabas conmigo, rubia, y estaba hasta las trancas por ti. Vino él y me dijo aquello y me acojoné.

Abrí los ojos por la sorpresa.

—¿Cómo? ¿Por qué? Si yo estaba contigo.

—Por si él te decía la verdad, por si él te decía lo que sentía y... yo qué sé, te ibas con él o algo. Fue un error, ya lo sé. Pero te quería y me acojonaba estar sin ti.

Sonreí, de alguna manera me dio ternura.

Era Dani, mi Dani, el de siempre. Uno de los pilares más importantes de mi vida y aquello no cambiaría nunca, pasara lo que pasara.

—Tú has sido muy especial para mí, Dani —le dije.

Sonrió y me pasó el cigarrillo, como antaño, al principio del todo.

Sonreí.

—Y tú para mí, por eso voy a arreglar esto.

—¿Qué? ¿Eso qué significa?

—Tú, déjame hacer un par de cosas, ¿vale?

Puse los ojos en blanco, después asentí con la cabeza.

Pasaron las fiestas que quedaban y al nuevo año solo le pedí un deseo: encontrar la felicidad. Y no me importara que fuera en soledad, sentimentalmente hablando, solo quería sentirme dichosa y feliz.

Así, cuando me tocó volver a clase, sabiendo las consecuencias que aquello traería consigo, lo hice de otra forma, más fuerte, más animada, pensando en todo lo bueno que tenía en la vida.

Dolía, sí, pero el mundo no se terminaba, aunque el mío sí comenzara con Nacho en mi cabeza, todavía, cada mañana.

Tenía una vida plena, a pesar de todo, Nacho solo la completaba.

A Alejandra se le notaba ya un poquito su pequeña barriga, Cayetana cada día estaba más insoportable hablando de su jardinero, por quien babeaba, Carmen crecía feliz y yo... bueno, yo también lo sería en un tiempo, al menos de forma completa.

Desde aquella conversación con Dani, tenía la esperanza de que todo podría cambiar de un momento a otro.

No obstante, todavía me tocó esperar unos días más.

# Capítulo 31

## *Nacho*

No voy a mentir, no había sido para nada fácil ni sencillo no tenerla más junto a mí, no estrecharla entre mis brazos ni robarle besos por los pasillos.

Me obligué a mí mismo a no torturarme más mirándola de soslayo o, por el contrario, buscar su mirada solo para saber cómo se sentía de nuevo al estar bajo sus ojos.

Quizá no estaba siendo el príncipe azul que ella esperaba, pero reconozco que yo tampoco esperaba lo que vi. No obstante, ya no dolía tanto y cuando la tenía delante y la veía entregarse a aquellos niños, el corazón me seguía dando un vuelco.

Tragaba saliva, dejaba de mirarla e intentaba arrancarla de mi pecho de forma inútil.

Ni todos los años que habían pasado desde que dejé de verla habían conseguido borrarla, ¿cómo podía hacerlo un beso después de haberla sentido piel con piel tantas veces?

Todo aquello lo vi más claro cuando, un día cualquiera, cerca del último día del año, Dani vino a verme a mi casa.

Seguía viviendo en el mismo sitio al que me fui cuando me independicé, un apartamento minúsculo por el que pagaba una pasta en plena Plaza Mayor.

Me sorprendí al abrir la puerta y verlo ahí, chulito, apoyado en el marco.

—¿Dani? ¿Ha pasado algo? —le pregunté asustado, pues como no me esperaba su visita, me asusté pensando lo peor.

—¿Puedo pasar? —me preguntó sin más.

—Claro, pero ¿qué pasa? ¿Carmen?

No me contestó, por lo que insistí:

—¿Nerea está...?

—Ella no sabe que estoy aquí —dijo sin más—. Está todo bien.

Suspiré, aliviado.

—Vale, déjame adivinar, vienes a partirme la cara —le dije socarrón, sentándome en el sofá.

Dani se quedó de pie unos instantes, dudando, después se sentó a mi lado y se acodó sobre sus rodillas tras quitarse la chaqueta; después llevó sus manos a sus labios, juntas y apoyadas sobre ellos.

—Si no arranco ya, no voy a hacerlo nunca, así que, 'cállate y deja de parlotear.

—Está bien —dije cerrando el libro que había estado leyendo y que había dejado encima del sofá para ir a abrir la puerta y lo dejé sobre la mesa.

Concretamente era *Marina* de Carlos Ruiz Zafón.

Dani posó la mirada sobre él y lo cogió para leer el título.

—Uno de los favoritos de Nerea, lo dijo el otro día... —dijo, y lo volvió a dejar sobre la mesa.

—Lo sé —le confesé.

—Joder, me cago en la puta, hasta en eso...

Arqueé una ceja.

—¿Qué? No entiendo nada, Dani.

Fue entonces cuando se giró hacia mí para hablarme de frente.

—Mira, tío, estoy aquí para decirte...

Presté atención atentamente.

—¿Sí?

—Para... Me cago en la puta, Nacho, la rubia te quiere. Te quiero mucho. Y me jode decirlo porque yo sigo por ella, ¿sabes? Y lo que viste... lo que viste solo fue culpa mía. Ella estaba afectada por lo de Carmen y comencé a recordarle cosas que habíamos vivido porque así lo sentí, porque la sentí lejos de mí al enterarme de que estaba... de que tú...

—¿Cómo?

—Está arrepentida, me dejó claro que aquello no podía volver a pasar y... lo entiendo. Solo... quería que lo supieras.

—Pero no entiendo nada.

—Pues es muy fácil. Cuando Nerea quiere a alguien, lo quiere de verdad y ya has visto lo exigente que es con los chicos.

Tragué saliva.

—Y, la verdad, no sé qué habrá visto en ti, ya no eres popular ni nada —bromeó sonriendo—, pero te quiere. Está enamorada, joder... y yo no puedo verla mal y menos por un ricitos como tú.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté al tiempo que se levantaba, supuse que, para marcharse, pues se estaba poniendo la chaqueta.

Dani se encaminó hacia la puerta.

—Porque la quiero, la quiero de verdad. Y he comprendido que es más importante querer bien que querer mucho. Quiero quererla bien y si quererla bien significa aceptar que yo ya no estoy en su corazón, pues lo acepto.

—Vaya, ¿quién eres y qué has hecho con Dani? —le pregunté sorprendido.

—Soy yo, tío, solo estoy madurando. Habla con ella y no seas idiota o te juro que soy capaz de volver con ella con tal de joderte por tonto.

Asentí con la cabeza, dispuesto a pensar en todo aquello que me había dicho.

Dani bajó los dos primeros escalones, pero todavía no podía marcharse, no sin que antes yo hiciese otra cosa.

—Dani —le llamé.

Él volvió a mirarme, prestándome atención.

—Gracias.

Él suspiró, pero no dijo nada.

—Nos vemos —murmuró girándose para marcharse.

—Otra cosa más, la distancia me dolió más que las hostias.

Aquello le hizo parar, pero mantuvo su mirada en el frente e hizo una mueca.

—Habla con ella, no puedo verla jodida más tiempo.

Después sí se marchó de allí y me quedé solo de nuevo, pero con una sensación diferente en mi interior.

Algo que hacía tiempo que no sentía: esperanza.

## Capítulo 32

Recordaré para siempre aquel diez de enero, pero para poder afirmar aquello, tuve que esperar hasta media mañana de aquel día.

Me había acostumbrado a entrar corriendo y salir corriendo del centro de educativo, no fuera a ser que me encontrase con Nacho o algo parecido. Bastante tenía con trabajar en el mismo lugar.

No es que no quisiera verle, lo que no quería era enfrentarme a la situación de tenerlo delante y que las cosas no estuvieran entre nosotros como me gustaría.

Por lo tanto, me limitaba a verle y dirigirle la palabra solamente en casa necesario, es decir, para todo lo relacionado con nuestro trabajo y para de contar.

Pero aquel día parecía ser diferente, pues cuando salimos al patio para almorzar, no lo vi espaldas como solía hacer cada día al dirigirme a mi posición de vigilancia en el patio.

Nacho no estaba por ninguna parte y, según tenía entendido, no había faltado.

Decidí no darle más importancia de la que aquel detalle se merecía y quité el plástico que cerraba mi café con leche preparado.

—¡Sebastián, Sebastián! ¡No te tires tan de prisa del tobogán, puedes darle a algún compañero! —le grité desde lejos a uno de mis alumnos, pues estaba siendo muy bruto y podía hacer daño a los demás.

Con todo aquel alboroto, no me cercioré de la canción que estaba sonando en aquel momento.

Que sonase música por los altavoces a la hora del patio no me sorprendía, pues solían poner canciones infantiles a la entrada, a la salida y durante algunos minutos de patio, para amenizar el ambiente.

—Parece que hoy se han decantado por música más normal, estaba de *El patio de mi casa* hasta el mismísimo moño —me comentó Marta.

Agudicé mi oído entonces, prestando atención a la canción, sobre todo después de lo que me había dicho Marta.

«No puede ser», pensé con el corazón comenzando a latir cada vez más rápido.

—Tiene ritmo, ¿eh? —dijo Marta moviendo la cabeza al ritmo de una de las canciones más bonitas que tiene Morat, concretamente, *Aprender a quererte*.

Mi respiración estaba agitada y mi corazón trotaba como un caballo salvaje.

Pero si hubo un momento en el que sentí que se me saldría por la boca, fue cuando le vi a lo lejos, con aquel jersey de color crema y los rizos alborotados.

Me miraba fijamente, seguramente estudiando mi reacción y tenía un atisbo de sonrisa dibujado en su rostro.

«Dios de mi vida... ¿qué está pasando?».

—*Profe Nerea, profe Nerea* —me llamó Valeria, una de mis alumnas.

«Bendiciones, algo que me distraiga de todo esto, porque la verdad es que no entiendo absolutamente nada».

—¿Qué ocurre? —le pregunté acucillándome frente a ella, quien me tendía algo que sujetaba en sus manos.

—Esto me lo ha dado Pablo, de cuatro años y dice que se lo ha dado David, de tres años.

Arrugué el ceño.

—¿Es para mí?

Asentí.

—Sí, es para ti. Voy a enterarme de quién se lo ha dado a David.

No me dio tiempo a contestarle, Valeria se escabulló demasiado rápido.

Era una hojita de papel en la que había unas letras escritas a mano.

Valeria todavía no había vuelto cuando leí aquellas palabras, pero no hacía falta que me dijera de quién era aquella nota, pues no tenía ninguna duda de quién era el emisario.

*Quiero tenerte, aunque sea solo un momento y, si me dejas, tal vez todos los días.*

Tragué saliva y lo busqué con la mirada. Por un momento pensé que no iba a hacer ni decir nada, pero entonces me hizo una seña con los dedos, como queriéndome dar a entender que más tarde pasaría algo. Supuse que hablaríamos nada más, aun así, mi estómago se revolvió.

No hace falta que te jure que lo que restaba de mañana lo pasé temblando como un flanecito de huevo de los nervios tan tontos que se me cogieron al estómago.

Por suerte, todo lo que tenía programado para hacer con los niños, ayudó a que me distrajera y no pensase demasiado.

—Y no te olvides de traer mañana la carpeta, ¿de acuerdo, María? —me despedí de la última alumna, quien se marchó junto a su mamá muy contenta.

Volví a la clase al tiempo que respiraba hondo para intentar enfocarme en el momento que tendría que vivir a continuación.

Lo que no me esperaba fue encontrarme a Nacho sentado en mi mesa.

—¡Joder! ¿Qué haces aquí? ¡Me has asustado!

Intentó reprimir la carcajada, pero lo cierto es que le salió un poco mal la jugada, porque me contagié y sonreí, presa de los nervios y aliviada a partes iguales.

Lo sé, suena contradictorio, pero estaba histérica en aquellos momentos y no sabía muy bien qué sentir.

—Tu madre acaba de llevarse a Carmen —me comentó, tamborileando las yemas de los dedos en mi mesa.

—Muy bien —le dije.

Nos quedamos callados, mirándonos, hasta que decidí comenzar a recoger mis cosas, solamente por tener las manos ocupadas y evitar aquella mirada que me estaba traspasando completamente.

—Nerea —dijo entonces.

Cerré los ojos y tragué saliva.

—Dime.

—¿No me dices nada?

—Estoy muy nerviosa, Nacho, yo... no sé ni qué decirte. Creo que el que deberías decirme algo a mí eres tú.

Se levantó de la mesa y se acercó a mí.

—Pues... estamos buenos porque, llevo días queriendo enfrentar este momento, retrasando todo lo que tengo que decirte, porque no me atrevía.

Le miré a los ojos, pensando qué decirle.

—¿De qué se trata?

—Así que —prosiguió—, por eso he puesto la canción y te he dado la nota. Siento... cómo me puse, siento haber sido tan drástico. Supongo que necesitaba mi tiempo.

Asentí con la cabeza. Lo entendía, lo entendía perfectamente.

—Creí que... joder, he sido un estúpido. Llegué incluso a pensar que solo querías estar conmigo para averiguar cuál era el secreto.

Arqueé una ceja.

—¿El secreto?

—Sí, el motivo por el que Dani y yo rompimos nuestra amistad. Cuando te enteraste pareció que quisieras decirme algo, sin embargo, no...

—No lo hice —le corté.

—No.

—Lo sé. No te imaginas cuánto me arrepentí después.

—¿Por qué?

—Porque tenía que haberte dicho que me había enamorado de ti, Nacho. Esas cosas siempre hay que decirlas.

Se quedó parado, como si no se esperara aquella confesión. No obstante, era cierto. Solamente me estaba limitando a ser sincera.

—Ya, bastante me machaco yo mismo por no haberte dicho la verdad en su momento, no hace falta que lo hagas tú también.

—No lo voy a hacer, tranquilo. Aquí quien más tiene que callar, soy yo. Lo que hice no estuvo bien y lo asumo —le dije de forma triste pero segura, pues había tenido tiempo suficiente para digerir aquello.

—Sé lo que sucedió después, sé que rechazaste a Dani, que lo que me contaste era cierto.

Achiné un poco los ojos, algo no me olía bien.

—¿Cómo? ¿Tú has hablado con Dani? —le pregunté.

Se rio.

—Lo cierto es que vino a verme, pero para haberme quedado hecho una mierda no necesito a nadie. Me partiste en dos, pero... bueno, supongo que puedo perdonar y... joder, te echo tanto de menos que me duele y...

La voz se le quebró y miró hacia otro lado.

—Nachó... Nacho, por favor, no me hagas esto.

Un nudo se me puso en la garganta y llenó mis ojos de lágrimas.

No podía verlo, no. No podía verlo así, tan afectado por algo que yo había hecho.

—Nachó...—susurré acercándome a él—. Nacho, mírame.

Lo hizo y sus ojos se clavaron en los míos.

Posó sus manos en mi cintura y me atrajo un tanto hacia sí.

¿Era posible querer así? ¿Era posible mirarle y sentir que mi corazón iba a explotar de amor por él en cualquier momento?

—Nerea, yo... Dios, me tienes hasta las trancas y, no sé si saldrá bien, pero, al menos...

Le besé. Sí, le besé, le besé, le tuve que besar para saciar de una maldita vez la necesidad de su boca que tenía desde que rompió conmigo.

Le besé y él me correspondió de forma hambrienta, voraz, como si estuviera tan necesitado de mí como yo lo estaba de él.

—Te quiero muchísimo, Nacho. Te juro que nunca te haría daño a propósito. Fue... una equivocación, un error, yo...

—Shh. —Puso sus dedos sobre mis labios y bajó su mano hacia mi trasero—. Aprenderemos a querernos, princesa.

Asentí con la cabeza y refugié mi rostro en aquel lugar que consideraba mi favorito, entre su cuello y su hombro.

Ahí, sintiendo su calor, ya podían venir dragones y brujas malvadas, que me sentiría a salvo siempre.

Al fin y al cabo, no todos los príncipes habían sido ranas, y yo me había llevado al mejor.

# Epílogo

*Meses más tarde*

—Parece un conejo sin piel —comentó Cayetana.

Las tres giramos la cabeza en una dirección diferente cada una, sobrevolando la pequeña cabeza del bebé.

Ahí estaba Estrellita, la hija de Alejandra y Víctor, arrugadita como una pasa.

—A mí me parece mona —dije sonriendo.

—¿A qué sí? —dijo Alejandra feliz de tener a su niña junto a ella.

Se bajó de la cama, todavía con el camisón del hospital puesto, y acarició la mata de pelo negro que adornaba la cabeza de Estrella.

—Víctor estará contento —comentó Cayetana—, él quería una niña.

—¿Víctor? Estoy por ponerle uno de los baberos de la niña —dijo con una carcajada mi amiga.

No habían querido saber el sexo de la bebé hasta que naciera, y cuando eso había sucedido, apenas el día anterior, se habían llevado la gran sorpresa de que era una niña, pues todos teníamos el palpito de que sería niño, ya que le había dado muchas patadas en el embarazo.

Ya ves tú, la tontería, pero así éramos nosotras.

Tan diferentes la una de la otra, pero siempre tan unidas...

Cayetana seguía en la burbuja de su jardinero, el cual se llamaba Bruno, y estaba encochada, pero de verdad.

Y yo, bueno, Nacho seguía llevando puesta la corona de príncipe, sobre todo cuando me traía el desayuno a la cama cada domingo desde que nos habíamos decidido a vivir juntos.

La verdad es que había conseguido la felicidad y me sentía muy dichosa.

A veces coincidía con Dani y, bueno, aunque no todo era de color de rosa, al menos podían estar en la misma habitación y compartir entre los tres la educación de Carmen, quien estaba encantada de que Nacho hubiera comenzado a formar parte de nuestras vidas.

No sabía qué me depararía el futuro, pero de momento comía perdices junto a él en nuestro castillo de cuento de hadas particular, aquel pisito que me alquilé en un barrio sencillo de Madrid al separarme, tiempo atrás, de Dani, y que ahora no se me hacía tan grande siendo tres.

Recuerda, princesa, no todos los príncipes han sido ranas en esta historia.